



Universidad  
Autónoma  
de Coahuila

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COAHUILA  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

FCPYS



# La Tropa del silencio

---

MEMORIAS PERIODÍSTICAS  
DESDE UN CAMPO DE BATALLA

JOSÉ CARLOS NAVA VARGAS

# **La tropa del silencio**

Memorias periodísticas desde un campo de batalla

José Carlos Nava Vargas

Primera edición: abril de 2019

D.R. © Universidad Autónoma de Coahuila  
Boulevard Venustiano Carranza s/n. Colonia República  
25280. Saltillo, Coahuila

© Facultad de Ciencias Políticas y Sociales  
Boulevard Revolución y calle García Carrillo s/n.  
27000. Torreón, Coahuila

© José Carlos Nava Vargas

ISBN: 978-607-506-363-8

Corrección de estilo: Mariana Ramírez Estrada  
Diseño de portada: Francisco Rocha Cervantes  
Diseño editorial: Carmona Impresores  
Foto del autor: Manuel Guadarrama

Impreso en México

La publicación de este libro contó con el financiamiento de recursos provenientes del Programa Federal para el Aumento de la Calidad en la Educación (PFCE).

A partir de un trabajo de reedición y actualización, los relatos expuestos en esta obra se originan en las historias de vida del estudio *Desde la agresión centrada en el reportero al atentado corporativo-organizacional: el caso de la Comarca Lagunera en Coahuila y Durango*; tesina presentada por el autor para concluir estudios de Maestría en Periodismo y Asuntos Públicos, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Ciudad de México. Año 2014.

## Índice de contenido

La Comarca Lagunera. Entorno físico y demográfico	3
Marco previo: el inicio del trayecto	4
Presentación	6
Prólogo	9
Introducción	12
Contexto	14
Los orígenes	14
El ensamble teórico	16
La inevitable estadística de un saldo negativo	17
Balance y perspectiva	19
<b>La tropa del silencio</b>	22
Alberto	23
Alejandro	27
Ángeles	31
Angélica	35
Daniela	39
Ezequiel	43
Francisco	46
Isabel	50
Javier	54
Joaquín	60
Jorge	64
Leonor	67
Lizeth	71
Lucrecia	74
Mariana	77
Rodolfo	81
Rosario	85
Valentina	88
Fuentes consultadas	92
<b>Anexo1. Contexto de inseguridad regional (2006-2016)</b>	95
Incidencia delictiva y percepción de inseguridad. Número de homicidios dolosos	95
Tasa de homicidios dolosos por cada 100 mil habitantes	96
Número de secuestros	97
Tasa de secuestro por cada 100 mil habitantes	98
Casos de extorsión	99
Tasa de extorsión por cada 100 mil habitantes	100
Percepción de inseguridad	101
Coahuila	101
Durango	102

Nivel de percepción sobre la confianza que la sociedad manifiesta respecto de autoridades: mucha o algo de confianza	103
Nivel de percepción sobre la corrupción de las autoridades de seguridad y justicia (marzo-abril del 2017)	104
Distribución porcentual de las principales preocupaciones sobre la seguridad pública	105
Coahuila	105
Durango	106
<b>Anexo 2. Secuencia fotográfica sobre aspectos de inseguridad</b>	107
2007-2008-2009	107
2010-2011	108
2012-2013	109
Epílogo	110
Acerca de quienes colaboraron en la primera edición de esta obra	113

## La Comarca Lagunera. Entorno físico y demográfico



Mapa administrativo de la Comarca Lagunera en Coahuila y Durango (Semarnat, 2012)

Ilustración: [noticiaspv.com](http://noticiaspv.com) (2013)

Ubicada en el suroeste de Coahuila y el noreste de Durango, la Comarca Lagunera es una región interestatal conformada por 16 municipios, cinco del estado de Coahuila: Torreón, Matamoros, San Pedro de las Colonias, Francisco I. Madero y Viesca; y 11 del estado de Durango: Gómez Palacio, Lerdo, Tlahualilo, Mapimí, San Pedro del Gallo, San Luis Cordero, Rodeo, Nazas, Cuencamé de Ceniceros, General Simón Bolívar y San Juan Guadalupe (Semarnat, 2012)

En esta región viven un millón 675 mil 661 personas, y representan 34.7% de la población total de Coahuila y Durango. El trabajo de campo que origina este libro se desarrolló en las ciudades de Torreón, Gómez Palacio y Lerdo, poblaciones que concentran a 73.1% de los habitantes de la región (Conapo, 2017).

Una de sus características geográficas fundamentales se relaciona con su ubicación territorial neurálgica. Sobre la zona de La Laguna se localizan un cruce carretero nodal y una intersección ferroviaria y terrestre interoceánicas, que interconectan a la capital del país con Ciudad Juárez, Chihuahua, así como el trayecto Matamoros, Tamaulipas-Mazatlán, Sinaloa.

## Marco previo: el inicio del trayecto

Manteniendo el compromiso de vinculación con su entorno regional, la Facultad de Ciencias Políticas y sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila-unidad Torreón, y su Cuerpo Académico Sociedad, Comunicación y Cultura, decidieron ofrecer al lector temas nuevamente relacionados muy estrechamente con la región lagunera, tal como los títulos que lo habían precedido: *Como La Laguna ninguna* y *Referentes identitarios de lo lagunero*; solo que a diferencia de los temas anteriores, en la siguiente ocasión se abordaron cinco situaciones de la región que dado su carácter quedaron enmarcadas en el tema general denominado *Conflicto, comunicación y actores sociales en La Laguna*. Libro que debido a la estrechez de los recursos económicos en esos momentos solamente pudo publicarse digitalmente en un número reducido de copias.

Ahora bien, se ha convertido en un lugar común asegurar de buenas a primeras que así como la prensa oculta la corrupción de los personajes políticos y empresariales importantes y los financiamientos ilegales en las campañas electorales entre otros, los diarios laguneros tampoco se detienen a informar sobre los graves acontecimientos de violencia que ha vivido la región lagunera como consecuencia de “la guerra contra el narcotráfico”, principalmente durante los años de 2007 a 2013, así como las balaceras en las calles entre células de los cárteles por el control de las plazas o con la policía y el ejército, los colgados, los descabezados, los ametrallamientos a las reuniones en los centros de fiesta familiares con saldo de decenas de víctimas mortales, y la derivación delictiva del narcomenudeo, el secuestro, la extorsión y el aumento en el número de homicidios.

Sin embargo, al saberse que el coordinador del proyecto del libro Doctor José Luz Ornelas López y al mismo tiempo uno de los autores participantes como miembro del Cuerpo Académico, tuvo conocimiento de que el profesor José Carlos Nava Vargas estaba realizando por cuenta propia una investigación estrechamente ligada al tema adoptado. Así que, conocidos los elementos de su trabajo, se invitó al maestro en el 2015 como colaborador con un artículo no mayor de treinta y cinco cuartillas en donde se viera reflejado lo esencial de su preocupación.

Es por medio de dicho estudio que se analizaron las causas de ese no informar de la prensa lagunera -durante aquel periodo- cuando Nava Vargas presenta por boca de los

directamente afectados cómo evolucionó la violencia contra los reporteros y las reporteras, los fotógrafos de prensa, el personal administrativo y los trabajadores de los diarios, incluido el secuestro y la muerte de periodistas, junto con el ametrallamiento y las explosiones a las fachadas de los edificios de los diarios. En conclusión, hoy sabemos que en todos los casos la lógica no fue otra sino generar el terror y el miedo en contra de los medios de comunicación, a fin de que éstos se abstuvieran de informar a la sociedad lagunera sobre asuntos del crimen organizado.

Así que, en esta investigación, sin caer en el morbo y más bien en un riguroso tratamiento analítico y académico, el investigador expuso los síndromes postraumáticos que presentaron los reporteros y los trabajadores de la prensa cuando le fueron contando sus experiencias en las entrevistas, varios de cuyos nombres se sustituyeron por elemental protección. Pero a través de esas experiencias relatadas, también se dejó entrever que los reporteros hombres y mujeres estaban muy molestos porque las circunstancias de violencia los obligaban a guardar silencio contraviniendo su celo profesional como periodistas.

Por todo lo anterior, nada mejor que quien esto escribe se congratule de que el maestro Nava Vargas haya continuado y profundizado mucho más ampliamente en *La tropa del silencio. Memorias periodísticas desde un campo de batalla*. Más aún, porque de esa forma hace una contribución al conocimiento científico social de la gran problemática prevalente en el país, y en lo particular, al estudio del periodismo regional de La Laguna durante el periodo 2007-2013, tiempo en que tuvo lugar la crisis de seguridad más profunda de su historia.

Dr. José Luz Ornelas López  
Torreón, Coahuila. Septiembre de 2018

## Presentación

Como lo hace la niebla, de manera sigilosa y por debajo de la puerta, la violencia se nos fue metiendo de a poco en la Comarca Lagunera, llegando —literalmente— hasta la cocina, cuando durante el desayuno, la comida o la cena se convirtió en el tema principal de las conversaciones de las familias: cuántos muertos habían aparecido en las últimas horas, dónde se habían registrado balaceras y enfrentamientos, a quién habían *levantado*. Entre 2007 y 2013 la narrativa de la guerra de los seis años se volvió parte de nuestra experiencia diaria, hasta “normalizar” los ejes de nuestro diálogo cotidiano.

La vida, las costumbres y hasta el lenguaje de los habitantes de esta zona conurbada se transformaron. Para que los niños no supieran con claridad de lo que los adultos conversaban, se decía que había un *baile* (balacera) y que la *fiesta* estaba en grande (cuando el enfrentamiento era muy intenso); que habían aparecido tantas *macetas* (cuando se habían encontrado cabezas humanas en algún punto de la región).

Otro cambio dramático fue la forma de hacer periodismo. De pronto los periodistas nos encontramos en un punto que jamás elegimos, justo en medio del fuego cruzado, de los grupos del crimen organizado que se disputaban el control de la plaza, y de éstos con las corporaciones policíacas municipales, estatales y federales, y el ejército.

La espiral de violencia creció a tal grado que durante un trimestre de 2012 Torreón desplazó del vergonzoso primer lugar como la ciudad más violenta de México al puerto de Acapulco, Morelia y Ciudad Juárez. La Laguna se convirtió en una de las zonas más violentas del mundo para un país que no está en guerra. En la misma proporción se acrecentaron los riesgos de los periodistas que debieron ser escrupulosos en la difusión de los hechos, evitando transmitir información que molestara a los *traviesos*, a los *malos*.

La autocensura se fue aprendiendo a punta de golpes, intimidaciones y amenazas. Hasta que llegó el día en que el gremio periodístico pagó la más alta cuota de esta guerra que nunca fue nuestra: nuestro compañero Eliseo Barrón Hernández fue asesinado de la manera más brutal y cobarde que hubiéramos podido imaginar.

Después se sucedieron una serie de ataques, levantones y secuestros que fueron inhibiendo todavía más la forma de reportear. Al mismo tiempo se dejó de preguntar, indagar, investigar e inferir; era lo que asentara el boletín oficial de las corporaciones y punto. Una

palabra de más podía ser fatal. El desamparo de los reporteros alcanzó un grado superlativo en la medida en que las empresas nos fueron dejando solos, sin una red de protección para nosotros y nuestras familias. Únicamente hubo el autocuidado: era mejor el silencio que la muerte; mejor perder una o 100 notas que a un compañero de profesión.

Para evitar que la amnesia colectiva nos lleve a olvidar los terribles momentos que vivimos, siempre es necesario contar con documentos que nos recuerden que jamás debemos volver a permitir que la violencia se apodere de nuestra región, de nuestras calles, de nuestros espacios públicos, de nuestras familias. Por ello cobra una especial relevancia *La tropa del silencio. Memorias periodísticas desde un campo de batalla*.

De lo ocurrido en La Laguna se han contado una y mil historias, pero hacía falta un instrumento como el que el Maestro José Carlos Nava Vargas nos ofrece con este libro, que presenta testimonios en voz de quienes, desde la trinchera de los medios de comunicación, vivieron —padecieron o sufrieron— en carne propia los embates de la violencia de los grupos de la delincuencia organizada, y aún de las corporaciones de seguridad.

La serie original de relatos se agrupa en un reporte de investigación cualitativa, elaborado entre mayo y diciembre de 2013 para concluir un posgrado en Periodismo y Asuntos Públicos por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). La publicación se concretó en junio de 2014 y su título describe el proceso de radicalización de la violencia ejercida contra periodistas y trabajadores de medios locales: *Desde la agresión centrada en el reportero al atentado corporativo-organizacional. El caso de la Comarca Lagunera en Coahuila y Durango*.

Posteriormente, en 2016, se presentó una versión resumida titulada *Medios bajo presión: efectos de un entorno de conflicto social sobre el ejercicio periodístico en la Comarca Lagunera*. El trabajo fue parte del libro digital *Conflictos, comunicación y actores sociales en la región lagunera*; análisis colectivo del Cuerpo Académico Sociedad, Comunicación y Cultura (CASCC) de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Autónoma de Coahuila, Unidad Torreón.

Y fue a partir de esa experiencia compartida con el CASCC como surgió la inquietud de elaborar una publicación que agrupara en un solo texto la versión más amplia de las historias de vida, toda vez que en la edición anterior solo había sido posible incorporar la síntesis de una tercera parte de los relatos. El consenso, de acuerdo con el autor, indicaba

que, por el tipo de abordaje y la trascendencia didáctica del material, resultaba factible elaborar un compendio narrativo que proporcionara el espacio necesario para difundir el material, preservando la narración de las crónicas en primera persona.

Con estos antecedentes, el documento recoge las historias y testimonios de 18 periodistas laguneros que narran cómo, sin haberlo pedido ni deseado —igual que ocurrió con los colegas de una gran parte del país— tuvieron que enfrentar una guerra que no era suya y en la que su gremio devengó una altísima cuota de sangre y muerte.

Da la impresión de que en esa arena estamos y estaremos siempre colocados en desventaja: la eterna lucha de la espada que suelen blandir los poderosos contra la pluma indefensa y solitaria de los periodistas.

Julián Parra Ibarra  
Comarca Lagunera. Noviembre de 2017

## Prólogo

“Y te da tanto miedo, que hasta te duelen los huesos. ¿Tú has sentido que te duelan los huesos por el miedo?”, pregunta Valentina, una de las reporteras que comparte su experiencia en este libro.

*La tropa del silencio. Memorias periodísticas desde un campo de batalla* compila las historias de 18 periodistas que trabajaron en la Comarca Lagunera de 2007 a 2013; una de las zonas más violentas del país en la peor etapa de la llamada “guerra contra el narco”. Sus relatos describen la cotidianidad del reportero común tratando de sobrevivir y conservar su trabajo, en el mejor de los casos, solo con el apoyo de otro compañero, al estar solos y prevalecer un vacío institucional protagonizado por los propios medios, el gobierno y la sociedad.

La sinceridad, fuerza y subjetividad de los testimonios que, de manera sistemática, aparecen compilados y analizados, hacen de éste un libro indispensable. Es un asomo a las circunstancias de vulnerabilidad bajo las cuales se desempeñaron los periodistas, pero también es un repaso de las estrategias que, en medio de la indefensión, desarrollan para sobrellevar su práctica profesional.

“Recibí una llamada en mi celular: ‘cinco compañeros están desaparecidos. Te recomiendo que no salgas de tu casa’”, relata la reportera, una de tantas mujeres que trabajan solas, cubriendo regiones infestadas de violencia e impunidad en nuestro país, sin siquiera el respaldo de su propio medio de comunicación. “¿Qué pasa por tu mente cuando enfrentas una situación así? Quieres que la pinche tierra te trague. Quisieras tener un pinche avión a la mano para escaparte”.

Tres años antes Javier cumplía una orden de asignación para emprender una cobertura de emergencia. “No. Dijeron que fueras tú nada más. Te llevas el micrófono”, le ordenaron. “Me lancé para grabar imágenes y reportear solo. La verdad yo no quería ir. Sí presentía que me podía pasar algo. No sabía exactamente qué, lo que sí era un hecho es que me rondaba el temor”, cuenta. “Ni modo. Se trataba de un asunto de trabajo. Nomás tenía el pendiente de pasar a la escuela por uno de mis hijos”.

A Javier lo mandaron a una cobertura especial junto con un puñado de reporteros. La historia: el estallido de un motín de reos dentro de una prisión estatal, toda vez que la

administración penitenciaria integraba una estructura de corrupción. La toma de la cárcel funcionó como una trampa, diseñada expreso por una organización para secuestrar periodistas. A cambio de su liberación, resultaba indispensable silenciar las coberturas del conflicto, forzar la habilitación de tiempo-aire en televisión local y mandar un mensaje de regreso a sus rivales.

Esa misma exigencia se trasladó a un espacio televisivo nacional enfocado en el desarrollo semanal de piezas de investigación periodística. La respuesta de la producción a las demandas del cártel se tradujo en un suceso inédito en la historia de los medios electrónicos del país, al suspender la emisión del programa y transmitir durante 45 minutos un rótulo fijo con letras en blanco y fondo en color negro.

“La deshidratación se hizo insoportable. Terminó la primera serie de tablazos complementada con tubos de PVC y nos amarraron con alambre. Lo torcieron sobre las muñecas, manos hacia atrás”, relata Javier. “Había sangre en el piso, sangre en las paredes y pedazos de piel. No había ventanas. Solo la puerta. ‘Por lo que más quieras, no hemos tomado agua ni probado alimento desde el jueves. Danos tantita agua por favor’, le supliqué a una de esas gentes”.

“Vi la imagen de Jesucristo, su túnica, sus sandalias. Pero se siente feo sin agua ni alimento. Hasta le dije: ‘¡Ay Dios mío! Ahora sé lo que es tener sed. Tú que pediste agua en la cruz y te dimos vinagre’”, recuerda Javier.

Como los de Javier y Valentina, *La tropa del silencio* conforma 16 relatos más que reflejan tanto la indefensión del reportero como su valentía. Describen distintas situaciones que los llevaron a cambiar desde sus hábitos cotidianos, como la decisión de suprimir sus gafetes de prensa, y cuándo y dónde evitar su presencia física para la cobertura; hasta qué preguntas hacer a sus fuentes sin despertar alarmas y la decisión de firmar o no sus notas. Son historias que necesitan ser escuchadas para comprender a cabalidad por qué la precariedad del trabajo periodístico en México y el ya cotidiano ambiente de violencia e impunidad han sido la receta perfecta para mantener a la sociedad en la oscuridad, con tantos periodistas silenciados por el terror o por el plomo.

Pero una de las virtudes más destacables del trabajo de investigación que a la vuelta de cuatro años José Carlos Nava culmina con este libro, es que el autor fue más allá de publicar una colección más de relatos de agresiones hacia periodistas —considerando que

desafortunadamente hay suficientes historias para completar una amplia colección—. En un ejercicio cualitativo, Nava nos brinda un panorama sobre cómo actos aparentemente aislados transforman en su conjunto el ejercicio periodístico en la región. Es esta parte académica la que encauza las experiencias individuales para evaluar la situación del ejercicio periodístico local.

El presente trabajo describe cómo —en un primer nivel— las agresiones y amenazas cotidianas, aunadas a la falta de apoyo que vivieron estos periodistas, cambiaron la forma y el fondo de su ejercicio profesional. En otro nivel, describe un sistema en el que el crimen organizado logró infiltrar la agenda de los medios locales, y en algunas instancias, también la de los nacionales.

Finalmente, *La tropa del silencio* nos invita a reflexionar sobre quiénes ganan y pierden en esta lucha por producir las noticias del día regionalmente. Además de los obvios —ganan los poderes fácticos y pierde la sociedad al estar desinformada—, los periodistas parecen llevar todas las de perder. Como sociedad no les brindamos siquiera la satisfacción del reconocimiento y agradecimiento para compensarles los riesgos en que incurren y la precariedad de sus condiciones laborales. Este libro nos invita a replantear qué elementos son indispensables para salir de esta crisis periodística que vemos en fase de diagnóstico. En este sentido, el texto de José Carlos Nava es invaluable.

Lucina Melesio

Ciudad de México. Noviembre de 2017

## Introducción

John Reed (1887-1920) se desempeñaba como corresponsal de guerra para la *Metropolitan Magazine de Nueva York* desde 1911. Su trabajo periodístico se convirtió en referencia mundial por haber cubierto las dos primeras revoluciones del siglo XX, en México y Rusia. A partir de estas experiencias publicó *México insurgente* (1914) y *Diez días que estremecieron al mundo* (1919), dos piezas narrativas de invaluable trascendencia histórica (Sánchez de Armas, 2008).

En *México insurgente*, Reed elaboró un riguroso, amplio y detallado relato sobre el avance del general Francisco Villa, al mando de la División del Norte, desde el estado de Chihuahua hasta la Comarca Lagunera, en el primer trimestre de 1914. Después de cruzar el norte de Durango y antes de copar La Laguna, Villa fijó posiciones en estación Yermo (Mapimí), Tlahualilo y Bermejillo, puntos fundamentales para una ofensiva en dos pasos: primero, arrebatarle el control de Lerdo y Gómez Palacio a los federales; y en segunda instancia, preparar un ataque por varios flancos y consumir la segunda toma de Torreón (Reed, 1914).

Al transcurrir los últimos días de marzo y detrás de las líneas villistas de combate, el legendario reportero norteamericano registró incidentes relacionados con las batallas del cerro de la Pila en Gómez Palacio y la toma de Ciudad Lerdo. El último reporte que redactó sobre el conflicto revolucionario en la Comarca se encuentra en el episodio XIV del libro y lleva por título “La caída de Gómez Palacio”.

“El ejército constitucionalista estaba abatido. En los cuatro días de lucha se habían perdido unos mil hombres y casi dos mil estaban heridos. Hasta el excelente tren hospital era insuficiente para hacerse cargo de los heridos (...) El jueves el humo de veinte piras funerarias manchaba el cielo. Pero Villa estaba más determinado que nunca. Gómez debía caer, y rápido. Ya no tenía municiones ni abastecimientos suficientes para sostener un sitio (...) Así que planeó otro ataque nocturno” (*ibíd.*:112).

El trabajo desarrollado por John Reed durante la etapa de la Revolución es hasta ahora la referencia histórica preponderante de prácticas periodísticas de alto riesgo en La Laguna, situándonos en un periodo previo al surgimiento de una prensa regional formalmente establecida: *La Opinión* (1917) y *El Siglo de Torreón* (1922) [Carabza y Ewald, 1992].

A nueve décadas de los partes de guerra enviados por Reed a Estados Unidos y al mundo sobre la Revolución Mexicana desde la Comarca Lagunera, el surgimiento de un conflicto entre poderosas estructuras del crimen organizado por el control territorial de la zona impactaría de manera determinante los procesos contemporáneos de información masiva. En la guerra de los seis años, un nuevo ciclo de violencia situaría al periodismo de nuestra región en medio de una turbulencia social y marcaría —hasta ahora— el inicio de la etapa más intensa y prolongada de agresiones contra reporteros y trabajadores de los medios locales de comunicación (Nava, 2014).

Tomando como referencia información del Inegi (2017) y Conapo (2017), entre 2007 y 2012 la Zona Metropolitana de La Laguna (ZML) en Torreón, Gómez Palacio y Lerdo registró un incremento inédito de 5.7 a 88.9 en la tasa de homicidios dolosos por cada 100 mil habitantes (Anexo 1). Al terminar el último año de gobierno del presidente Felipe Calderón, esta cifra sobrepasaba 385.7% la media nacional. La ZML se convirtió en una de las regiones más violentas del mundo; sus indicadores fueron semejantes a los de Honduras, país que proyectó la tasa de homicidios más alta en América Latina (Inei, 2013).

## Contexto

El 1 de diciembre de 2006, Felipe Calderón Hinojosa tomó posesión como presidente de la República. Ese día, al emitir su primer mensaje a la nación como titular del Poder Ejecutivo, colocó a la inseguridad como el principal problema público que aquejaba al país y, por lo tanto, una prioridad por atender en la agenda de acciones sustanciales del nuevo gobierno. “Hoy la delincuencia pretende atemorizar e inmovilizar a la sociedad y al Gobierno; la inseguridad pública amenaza a todos y se ha convertido en el principal problema de estados, ciudades y regiones enteras” (*El Universal*, 2006).

Luego de 10 días —el lunes 11— los integrantes del Gabinete de Seguridad presentaron a nivel nacional el Operativo Conjunto Michoacán, punta de lanza en la política sexenal de combate al crimen organizado, cuya coordinación involucraba a las Secretarías de Gobernación (Segob), Defensa, Marina, Seguridad Pública y Procuraduría General de la República. “(...) Hemos privilegiado la planeación y ejecución conjunta del Gabinete de Seguridad en el establecimiento de las acciones estratégicas para enfrentar con efectividad el narcotráfico y la delincuencia organizada” (Presidencia de la República, 2006).

Tan solo el despliegue del ejército sumó cuatro mil 260 soldados, 17 aeronaves de ala fija, 29 helicópteros, 19 binomios canófilos y 246 vehículos terrestres para cubrir las 16 regiones de mayor incidencia delictiva en Michoacán. En su primer corte informativo, la Secretaría de la Defensa reportó “han sido asegurados en distintas operaciones: 13 presuntos narcotraficantes, tres fusiles AK-47, mil 100 cartuchos de diferentes calibres y 10 cargadores para fusil AR-15” (*ibíd.*); el escenario descrito marcó el inicio de la guerra contra el narcotráfico en el sexenio 2006-2012.

### Los orígenes

Según el reporte más reciente del Instituto Internacional de Prensa (IPI, por sus siglas en inglés), en México 100 periodistas han perdido la vida por ejercer su profesión entre 2000 y 2017 (IPI, 2017). En forma sistemática, desde 2006 el nuestro ha sido el país más peligroso para los medios en América Latina; y el más peligroso del mundo por los homicidios contra integrantes del gremio en 2011 (10) y 2017 (13) [*ibíd.*].

Con la idea de analizar y plantear una aproximación al problema a partir de un entorno específico del norte del país, la propuesta narrativa que ofrece *La tropa del silencio* a los lectores nace de un reporte de investigación cualitativa presentado en junio de 2014: *Desde la agresión centrada en el reportero al atentado corporativo-organizacional. El caso de la Comarca Lagunera en Coahuila y Durango*. Mediante el formato de tesina, el texto configura un proyecto académico elaborado para concluir estudios de posgrado en Periodismo y Asuntos Públicos por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) [Nava, *op. cit.*].

Los métodos de investigación cualitativa permiten aproximarse a las personas para captar la manera en que construyen y exteriorizan el entorno en que transcurren sus vidas. De acuerdo con Ruiz (1999:277), la entrevista, o la serie de entrevistas, que origina una historia de vida, “tiene por objeto los modos y las maneras con los que un individuo particular construye y da sentido a su vida en un momento dado”.

En ese mismo sentido, la historia oral permite recopilar testimonios comunes a una experiencia humana, proyectar una situación social y sistematizarla utilizando el lenguaje escrito. Así, la historia de vida permite describir y analizar ideas, creencias, conocimientos y prácticas sociales, culturas y comunidades. Propicia la comprensión de los significados que los seres humanos construyen a partir de un contexto o ambiente determinado (Hernández, Fernández Collado y Baptista Lucio, 2010).

Al enfocarse en el tema de los atentados contra el ejercicio periodístico, el derecho de acceso a la información y la libertad de expresión en el norte de México, el núcleo del estudio se integra por un conjunto de historias de vida en que 18 periodistas de La Laguna hablan en primera persona sobre sus experiencias en campo, surgidas a raíz de coberturas informativas que transcurrieron entre los años 2007 y 2013, periodo caracterizado por una escalada inédita de inseguridad y violencia criminal (Inegi, 2017).

En ese contexto, a través de recursos etnográficos basados en reconstrucción de relatos y aplicando técnicas de investigación documental, el reporte describe la secuencia evolutiva de un sistema de presión sobre la prensa, cuyo origen es la agresión focalizada en el reportero y transita al atentado corporativo-organizacional. Los mecanismos de intimidación física y psicológica se transfieren, irradian o amplían del periodista hacia

cualquier agente social o factor de producción inmersos en un proceso de información periodística (Nava, *op. cit.*).

### **El ensamble teórico**

El punto de referencia central se encuentra en el campo de la fenomenología. Conceptualizado por Alfred Schutz (Rizo, 2007), este enfoque sostiene que biografía y experiencia inmediata determinan al sujeto que vive en el mundo social. Éste se ubica de una forma específica en el mundo, y desde esa experiencia personal, capta y aprehende la realidad, cargándola de significado. El proceso genera conocimiento, activado por las personas en un espacio y tiempo determinados. En torno a esta referencia y a la Sociología de Producción de Mensajes, convergen tres planteamientos sobre los agentes sociales, factores y mediaciones que influyen los contenidos inherentes a la producción de información periodística.

Gaye Tuchman (1983) define la noticia como realidad construida, cuyo origen parte de una relación subjetiva entre seres humanos. Desde ese punto de vista, el trabajo periodístico transforma los sucesos de la vida cotidiana en acontecimientos informativos. “La noticia define y da forma a un suceso; así los relatos periodísticos explican y construyen un acontecimiento. Al imponer significados, la noticia está definiendo y redefiniendo, construyendo y reconstituyendo permanentemente fenómenos sociales” (198).

El modelo industrial de producción de noticias obligó a la prensa del siglo XIX a disponer de fuentes de información, fijas e institucionales. La centralización del acopio de noticias permitió la ubicación estratégica de los reporteros: emergió el esquema de la red informativa; un sistema de fuentes de información centralizadas conectadas a la redacción. De este modo los medios dispersan a los periodistas de manera sistemática a partir de tres criterios: territorialidad geográfica, especialización organizacional y especialización temática (Tuchman, 1983).

Para Denis McQuail (2000) la información periodística es un proceso social de trabajo construido dentro de la estructura organizacional de un medio de comunicación. La prensa, como tal, ejerce un rol de intermediario entre los sucesos de la realidad y la audiencia. El fenómeno de mediación se refiere a la propagación de versiones ajenas sobre acontecimientos que el conjunto de integrantes de la sociedad no puede observar de manera

directa, con una salvedad: el mensaje noticioso proviene de un punto de vista sobre la realidad, y no de asimilaciones objetivas. Por lo tanto, los atributos de finalidad, interactividad y eficacia en la emisión del mensaje, transcurren en medio de relaciones de asimetría; en un contexto social donde prevalece una distribución desigual del poder.

Según Lozano (2007), la Sociología de Producción de Mensajes es una corriente de análisis enfocada en el emisor. Hay un principio de selección previa o de guardabarreras (*gatekeeper*). Quien emite el contenido discrimina de antemano los sucesos noticiables, los rechaza o acepta de acuerdo a criterios unilaterales y predeterminados.

Esta teoría desarrollada por Shoemaker y Reese parte de una pregunta esencial: ¿qué factores, desde adentro y desde fuera de las organizaciones de medios, afectan el contenido de los mensajes? Los autores plantean cinco factores de influencia en el proceso de información, referidos al informador, rutinas laborales, organización mediática misma, elementos externos y concepciones ideológicas estructurales. Las circunstancias del entorno y la dinámica humana propia, a nivel de individuos y de las políticas de las empresas periodísticas, invariablemente se reflejan en el proceso de información. Las funciones de intermediación mediática y el ejercicio periodístico transcurren sobre un campo de fuerza y tensión altamente permeable (Lozano, *op. cit.*).

### **La inevitable estadística de un saldo negativo**

Los atentados contra la prensa y el aumento de la violencia criminal en La Laguna establecieron una correlación directa entre sí, haciendo emerger un modelo expansivo de intimidación sobre los trabajadores de los medios locales de comunicación. Entre 2009 y 2011 oficialmente se registraron cuatro agresiones contra periodistas (un homicidio y tres secuestros simultáneos) y una más que implicó la muerte de un ingeniero de operaciones (Nava, *op. cit.*). A esta secuencia de ataques personales se añadieron seis atentados contra instalaciones de medios; 60% de los ocurridos en el estado de Coahuila (Artículo 19, 2012).

**Figura 1. Atentados contra agentes sociales y factores inmersos en procesos de información periodística**

Agentes sociales y factores de producción	Año									Total
	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017*	
Periodistas y trabajadores de medios	1	3	1		5		1			11
Instalaciones	1	2	3		4					10
Casos en subregistro**										25

Elaboración propia con base en los registros del informe *Silencio forzado* de Artículo 19 (2012), la investigación de campo llevada a cabo entre mayo y diciembre de 2013 y la actualización de los datos a noviembre de 2017.

\*La estadística mostrada abarca hasta la primera quincena de noviembre de 2017.

\*\*Durante las entrevistas de campo emergieron dos hallazgos fundamentales para replantear la estadística precedente, considerando un fenómeno de subregistro. Uno, las agresiones iniciaron en 2007, dos años antes de la secuencia documentada. Dos, de los 25 casos mostrados, 10 conjuntan agresiones contra periodistas y trabajadores de medios que no fueron registradas públicamente y cuya información surgió en las sesiones de entrevista; punto del que emerge otro subconjunto y corresponde a las agresiones experimentadas por 15 de los 18 participantes en el estudio (solo reporteros). Éstas abarcaron agresiones verbales, presiones psicológicas (directas e indirectas) y retenciones forzadas. Considerando los límites propios del trabajo de campo, este subregistro es apenas una aproximación mínima de la cantidad total probable.

En 2013, si bien empezó a declinar notoriamente la tasa de homicidios (cerró en 46.9 contra 88.9 del año anterior) prevaleció un entorno sumamente inestable en el ámbito de la seguridad pública y prosiguió la inercia del pico de violencia criminal de 2012. Se trata del año en que ocurrió el mayor número de ataques (nueve en total). Fueron secuestrados cinco trabajadores de *El Siglo de Torreón*, cuyas labores se encontraban al margen de toda función periodística. Las instalaciones de ese mismo medio, se convirtieron el blanco de tres ataques armados consecutivos. Un atentado similar ocurrió en la entrada principal de Grupo Multimédios-Milenio (Nava, *op. cit.*).

La tendencia posterior a 2013 nos muestra que en la medida en que disminuyó la incidencia delictiva de alto impacto también se redujeron las acciones de presión sobre los informadores, trabajadores de medios y sedes corporativas. Salvo la agresión física de policías municipales contra un reportero de *Milenio* dos años después (*Milenio Laguna*, 2015), en 2014, 2016 y 2017 (hasta el mes de noviembre) no aparecen registros oficiales de actos de hostilidad. Sin embargo, llaman la atención dos aspectos que confirman prevalencia de inestabilidad y riesgos latentes en el entorno social. Por un lado, si bien disminuyó la presión

sobre la prensa regional desde hace cuatro años, ésta se mantiene en otras partes del país. Por otro lado, a pesar de una mejora sustancial en la percepción de inseguridad que mantienen los ciudadanos de Coahuila (Inegi, 2017), siguen percibiendo a las autoridades locales de seguridad y justicia como las más corruptas, y la inseguridad permanece como la principal preocupación en ambas entidades. Escenario que se replica en Durango (*ibíd.*).

### **Balance y perspectiva**

Las voces que dan vida a *La tropa del silencio* expresan cómo el principio sistemático de la violencia alteró la vida cotidiana, los modos y prácticas de los periodistas en el entorno regional de La Laguna. Desde la experiencia personal en campo, la secuencia de relatos describe una dolorosa trayectoria impuesta sobre el ejercicio profesional del periodismo: a partir del punto en que —protegido constitucionalmente— funciona como el medio social indispensable para describir, captar, comprender e interpretar nuestra realidad cotidiana, hasta la fase donde el principio fundamental del derecho a la libertad de expresión se diluye a expresiones mínimas, volviéndose un instrumento de supervivencia activado por el temor.

Con todo, al dar un giro de vista frente a las lógicas propias de los entornos hostiles, encontramos también alternativas para sacudirse la presión y ampliar los márgenes de seguridad. En este sentido, emergen los recursos narrativos del reportaje descriptivo, la entrevista de semblanza y la crónica, que dan visibilidad a las víctimas de la violencia.

Asimismo, existen posibilidades de ampliar los ejes temáticos, es decir, aun en medio de circunstancias en contra, no desaparecen opciones de abordajes informativos en salud, medio ambiente, educación, perfiles biográficos, cultura, ciencia, servicios sociales, políticas públicas y recuperación de memoria histórica.

Estas vías alternas pueden configurar un muro de contención desde la propia práctica periodística regional, a fin de encontrar medios para evadir terrenos intransitables, caracterizados de forma natural por presiones editoriales, censura, amenazas, coacción y riesgos superlativos. Parecieran opciones viables, toda vez que ante la prevalencia de un Estado de tan bajo perfil institucional y tan alto grado de ineficacia, la seguridad de los periodistas debe empezar y ejercerse desde su propia condición personal; desde su propia dimensión de soledad progresiva.

Al seguir esta secuencia de ideas, una de las conclusiones más desalentadoras del estudio que origina este libro, tiene que ver con el tema de los catalizadores que inflamaron la violencia social vivida en la región en la guerra de los seis años. Si bien la acción bélica del narcotráfico ocupa el centro del problema, su crecimiento exponencial guarda una relación directa con la corrupción, la colusión del poder público-crimen organizado y los extensos márgenes de impunidad.

Con tales condiciones, el periodismo tiende a prescindir de su función social. Las presiones burocráticas asumen el papel de una aplanadora de intimidación. Y en respuesta, desde la experiencia personal del reportero se activan mecanismos de autodefensa y sentido común para dar paso al gobierno de la declaración textual, al reino del comunicado absoluto. El control de la veracidad y los métodos de verificación pierden la batalla en un entorno de inseguridad sistémica poblado por civiles armados en conflicto, militares, marinos, policías federales, estatales y municipales, incursiones por tierra y helicópteros artillados volando a baja altura.

Es así como se van limitando las capacidades expresivas del periodismo regional: se cancelan coberturas presenciales, el reportero asume personalidades anónimas, disminuyen las posibilidades de investigación, tienden a restringirse los márgenes para la incorporación de contexto en las notas, las redes sociales cubren vacíos con “información” de procedencia incierta y sobrecarga de opinión débilmente estructurada, los flujos de crítica reflexiva retroceden, se deteriora la calidad de los relatos informativos, y en consecuencia, ocurre una disminución ostensible del debate público razonado y del nivel de calidad en la esfera pública.

*La tropa del silencio. Memorias desde un campo de batalla* ofrece a los lectores la oportunidad de aproximarse en primera persona al ejercicio periodístico de alto riesgo. En medio de una turbulenta onda expansiva de violencia criminal que caracterizó a la Comarca Lagunera entre 2007 y 2013, un ejército de informadores sin más armas que pluma, libreta audiógrabadora y cámara al hombro, emprendía incursiones especiales para cumplir con su labor informativa de la mejor manera posible, a pesar de tener frente a sí el peor de los mundos posibles.

En ese ambiente de alta incidencia delictiva, se modificaron por completo los métodos para reportear en La Laguna y los informadores desarrollaron su acción social moviéndose

entre márgenes mínimos, y en ocasiones inexistentes, de los derechos a la libertad de expresión, de prensa y acceso a la información de interés público. Conforme se gestó la espiral de violencia, el periodismo lagunero transitó de la garantía constitucional estrecha a la garantía constitucional diluida.

Y así emergió la práctica del periodismo de autogestión preventiva como medio individual de supervivencia; aquel periodismo cuya acción informativa se define a partir de la secreción del miedo. Ante todo, la evaluación del peligro para abordar o no un asunto. Ante todo, la vida misma y el anonimato. Ante todo, la dignidad humana y el silencio para seguir contando historias.

*Nadie está seguro cuando vive y trabaja en medio de una guerra*

Alberto

## **La tropa del silencio**

## Alberto

Fui reportero de nota roja por cinco años. Pedí un cambio de fuente y desde 2004 ingresé a la cancha del periodismo deportivo. Pensé que el caos desatado por la balacera en el perímetro del estadio sería el límite. Ni madres. Diez meses después: “¡Si no es por las buenas, será por las malas, cabrón!”, dijo antes de colgar el teléfono un amigo de la infancia que terminó metido en un cártel. La amenaza cayó un domingo por la noche. Sin opciones, a una de mis cuñadas le encargué la familia y me despedí. Vivo o muerto, sabía que nunca iba a regresar.

La mañana del sábado 20 de agosto de 2011 llevé a mis hijos a un complejo de canchas de fútbol uruguayo cerca del Territorio Santos Modelo (TSM). En ese tiempo había un torneo de trabajadores de medios de comunicación de la Comarca Lagunera. Yo formaba parte del equipo de la empresa y tenía por costumbre ir a los partidos con mis chavos. Aparte de ver el juego había un espacio para que ellos también patearan el balón.

Cerca del mediodía fui por unos accesos de prensa a las oficinas del Club Santos Laguna, justo ahí en el TSM. Estando en las instalaciones los muchachos se animaron para asistir al encuentro programado a las cinco de la tarde: Santos contra Monarcas Morelia. “Ándale papá, tráenos”, me pidió Jorge, el mayorcito. “Sí papi. Queremos venir contigo”, dijo Fernandita. Va. En eso quedamos.

Regresamos a casa. Mi esposa ya tenía lista la comida. Después de la sobremesa Jorge fue a reponer sueño en su cuarto. Fernandita aseguró el boleto y empezó a preparar su viaje al Corona. Jorge durmió mucho más de lo esperado. El plan cambió. La niña entendió que yo tenía que reportear. Se quedaría solita en las gradas porque no podría cuidarla. ¿Y si hubieran escupido las balas en el estadio? Que mis hijos no hayan ido fue lo mejor.

Transcurría el minuto 40 del primer tiempo. Sobre la línea definida para la colocación de camarógrafos y reporteros me ubiqué en el sector norte del campo. En esa misma parte del rectángulo Federico Vilar resguardaba la portería del Morelia. La acción se concentró en el área opuesta. De repente vi que el guardameta abandonó su zona y salió corriendo en chinga con dirección a los vestidores. Luego, uno de los árbitros auxiliares hizo lo mismo. Plomazos rompiendo el aire desde afuera.

En ese momento me levanté y recogí la mochila donde cargo cámara fotográfica y computadora. Omití el pecho a tierra. Prevalció mi instinto de reportero policiaco. Estuvo

bien cabrón, porque clarito escuché balazos dentro del túnel de servicio. Yo quedé muy cerca, entonces me lancé. Nada. Puro eco. Solo un pinche virus de histeria contagiosa. Los chingazos parecían darse adentro, pero el enfrentamiento transcurría sobre la carretera Torreón-San Pedro. Al escalar la intensidad se multiplicó el tronido del tiroteo.

Transcurrieron menos de cinco minutos cuando vi que la gente en las tribunas tomó sus propias medidas de seguridad. Algunos aficionados se cubrieron entre los escalones que separan las filas de asientos. Otros saltaron al campo. En el estadio, el desorden, los gritos y la *corretiza* sobre el pasto. Al partido asistieron cerca de 20 mil personas y a pesar de todo, el público supo comportarse. Afuera continuaba la detonación de las metralletas.

En medio de la crisis me plegué a una de las paredes del túnel. Mantuve postura en cucullas, cámara en mano. En forma de marabunta decenas de aficionados corrieron por ese acceso, pero tuvieron que regresar de madrazo al toparse con los rifles de un escuadrón de policías. Por la posición de ataque creí que éstos avanzarían hasta el campo y que ahí podría desencadenarse un fuego cruzado. Me puse la mano en la cara y mejor cerré los ojos. Acudieron solo a blindar la entrada.

Fue en este punto en que enfrenté la parte más difícil de la jornada. Una mujer embarazada se aventó dos metros y medio en caída libre desde su asiento. Junto a una niña que cargaba en brazos iba a estrellarse de pura boca en el piso del túnel, pero antepuso las rodillas y cayó sobre mi costado derecho. La familia quedó a salvo, de otra manera, imposible. Los efectos del golpe se volvieron crónicos. Ahora padezco una lesión permanente en la baja espalda. Se me jodió la región ciática.

El enfrentamiento en el ala norte duró entre cinco y siete minutos. Sentí mucho coraje. Esa tarde-noche de sábado una de mis fotos giró por el mundo. En la escena un matrimonio protege a un niño. Los tres están recargados en la pared donde termina la tribuna poniente, misma que tiene rotulados varios escudos del Santos. Al fondo se ve la marquesina y cientos de aficionados se cubren, tendidos entre las localidades más caras del estadio.

Ya en domingo salí de la sala de prensa del TSM, poquito antes de las dos de la mañana. El turno finalizó al igual que varios de los que presencié cuando cubrí policiaca: llegué llorando a casa. Abracé a mi esposa. No quise hablar. También estaba muy encabronado. Mis hijos dormían y lo primero que hice fue darles un beso. Con todo, la triste

experiencia en aquel juego se queda corta al comparar la amargura del incidente que viví junto a mi familia casi un año después.

Era fin de semana. Salí del periódico a recoger los resultados de los partidos de un torneo de fútbol rápido. Iba manejando mi carro en trayecto hacia el oriente de la ciudad. A eso de las seis de la tarde entró una llamada al celular. El identificador mostró el número de un camarada: *El Johny*. Desde niños teníamos amistad.

Estuvimos en la misma preparatoria y trabajamos juntos en la fuente policiaca. Nos distanciamos a partir de que nos vimos en la cobertura de un juego del Santos. Él seguía *jalandó* como fotógrafo en un periódico local. “Ésta es la última vez que nos ven juntos”, me dijo después de contarme que traía negocios por debajo del agua. “Por el aprecio que le tengo a tu familia es mejor andar cada quien por su lado”. Agradecí el detalle.

En su “regreso” *El Johny* quería el número de celular del director del medio para el que trabajo. No lo tenía. Aparte ese día él descansaba.

—¿Pero sigue trabajando ahí?

—Sí, aunque va a ser difícil que lo encuentres— le respondí.

Transcurrió menos de una hora. La noche me cayó más rápido. “Oye, güey. Haz paro. Necesito que en la madrugada tomes fotos, porque quiero publicar unas mantas”, leí en su mensaje de texto.

La presión duró siete horas. Mensaje tras mensaje, una y otra llamada. “Échame la mano. Van 20 mil pesos”. Le insistía en que no me pidiera algo que ponía en riesgo mi vida y la de mi familia.

—Se trata de que tomes las fotos, las imprimas y repartas en varios medios.

—No lo voy a hacer, *Johny*. Agarra la onda— le repliqué varias veces.

—Mira, güey. Conozco a tus papás, sé dónde vives. ¡Si no es por las buenas, será por las malas, cabrón!

Una circunstancia así funciona como sentencia de muerte. De todos modos, a uno se lo carga la chingada. Ante un rechazo *El Johny* tomaría represalias. Si aceptaba “el encargo” la libraría. Pero el desmadre nunca termina. Si un cártel rival llegara a enterarse, su gente me la cobraría por *jalar* para sus contras. Tuve que aceptar. Antes de recibir la última instrucción le encargué mi familia a una cuñada. A mi esposa le dije que no me esperara, que trabajaría hasta muy tarde.

Me llegó el último mensaje. “Sabes qué, güey. Siempre no se va a hacer nada. Al jefe no le gustaron las mantas. Lo dejamos para mañana”. ¡No mames! ¡Qué pinche miedo! Fui a la casa. Le dije a mi esposa que era necesario salir de la ciudad. Los directivos del medio me facilitaron el trámite para emigrar durante dos meses. Mi familia y yo nos embarcamos en el exilio.

Seis semanas después ejecutaron a *El Johny*. Regresé antes de lo previsto. La pregunta era, ¿sigo o no? Está muy cabrón agarrar *jale*. Uno tiene que seguir mientras salga para la *chuleta*. En ese tiempo hasta las coberturas deportivas en cualquier lugar se volvieron de alto riesgo. Ésta era una zona comprometida y si ibas a los juegos tenías que cuidarte. Hoy en día también hay gente armada en las ligas rurales. Así resumo mi triste experiencia como reportero deportivo en aquellos años: la neta es que nadie está seguro cuando vive y trabaja en medio de una guerra.

## Alejandro

La verdad nunca pensé que se tratara de un secuestro. Desde el primer momento creí que nos iban a matar. No me correspondía andar en la calle ese día. Más aún, el traslado hasta el penal y la grabación de los aspectos del motín de reos solo se harían en caso extremo. De alguna manera sí pensábamos evitar ese plan de cobertura.

“Al *Cuerpo* nada más le falta ir a la guerra”, fue la presentación que le extendieron a quien solicitaba de manera urgente mis servicios de camarógrafo. Cuatro horas después: “¡A ver, cabrones, cómo quieren que se los cargue la chingada!”, nos decía al grupo de reporteros uno de los miembros del cártel.

Minutos antes de las seis de la mañana del lunes 26 de julio de 2011 llegué a las instalaciones de Televisa Laguna. En aquel tiempo me asignaron al área de producción, aunque antes de esa etapa la totalidad de mi experiencia en televisión había transcurrido realizando funciones de reportero con cámara al hombro en asuntos periodísticos. Cerca del mediodía estaba ajustando el equipo en el estudio para la transmisión del noticiero. Mi turno casi concluía.

“Alejandro, te hablan de redacción”, me avisó uno de los camaradas del *switcher*. Entrando a la oficina el coordinador del área dijo: “Tenemos un trabajo muy especial para ti, *Cuerpo*. Eres la persona indicada”. Había llegado gente de la Ciudad de México. Se trataba de un reportero de *Punto de partida*, el programa conducido por Denise Maerker.

Héctor Gordo fue el corresponsal que enviaron a cubrir un motín en el Centro de Readaptación Social (Cereso) de Gómez Palacio. Lo conocí en la oficina de redacción. Ahí fue donde nos presentaron, decidí entrarle al quite y acordamos la ruta. El camarógrafo que lo acompañaría perdió su vuelo en la capital del país y no pudo arribar a tiempo. Me dio gusto que me tomaran en cuenta. Confieso que desde un principio me agradó la idea.

Cubrir un conflicto era lo que faltaba en mi currículum, así lo dio a entender el jefe de información cuando habló con Héctor sobre mi apodo, *El Cuerpo*, y la experiencia que tenía desde mis inicios en los años noventa, formando parte del *Canal 44* en Ciudad Juárez. Preparé el material, quedamos de hablarnos por radio, salimos del edificio y nos subimos a un carro de alquiler. Después de 10 minutos cruzamos el puente interestatal de Coahuila a Durango.

Cubrir un motín no era parte del plan. De hecho solo se harían entrevistas con policías y autoridades municipales de Gómez Palacio y Ciudad Lerdo. Pasaba de las dos de la tarde. Supimos del desmadre y fuimos. Al llegar vi a algunos de los colegas reportando, pero evitaban acercarse demasiado a la malla de protección del penal. Saludé a Javier Canales, amigo y colega de la empresa Multimedia. Se lo presenté a Héctor. Apenas unas horas después nos volveríamos a encontrar en la peor de las circunstancias.

La cobertura duró más de una hora. Unas 200 personas se agruparon en la manifestación de protesta. El perímetro estaba cercado por federales y soldados. Un helicóptero de la Federal volaba en círculos a baja altura y varios presos subieron a las torres de vigilancia, mostrando pancartas en que exigían la reinstalación de algunos funcionarios del penal.

Entrevistamos a algunas de las señoras que pedían información sobre la situación de sus familiares. Entre ellas había otras que defendían a la directora, declarando frente a la cámara que su detención era una injusticia: “Ella es muy buena gente con los internos. Nosotros queremos que la regresen”, nos dijeron.

No tenía miedo, tal vez porque *jalaba* al margen del área de noticias desde hacía tiempo y no podía sentir, como debería, la pinche temperatura a la que habían llegado los chingazos en la calle. Terminamos. Eran las tres y media de la tarde. Abordamos el vehículo que Héctor rentó en el aeropuerto y emprendimos el camino de vuelta al canal. La comida ya estaba lista. Mi esposa y mis hijos esperaban mi regreso a casa.

Avanzamos rumbo al sur de la ciudad para regresar a Torreón. Esperábamos luz verde para dar vuelta a la izquierda. Al momento de arrancar se atravesó un carro negro con vidrios polarizados. Iba rumbo al norte, en sentido contrario al nuestro. Luego vino un cerrón de frente para impedirnos el paso. Bajaron dos personas armadas, nos encañonaron y se metieron al carro por las puertas traseras. Ordenaron que siguiéramos el auto en que venían.

“¡Quiénes son ustedes!”, “¡pa’ quién chingaos trabajan hijos de su puta madre!”, “¡qué chingaos estaban haciendo en el Cereso!”. Así empezó la tortura. No había más respuesta que la única. Una y otra vez contestamos con la verdad: somos reporteros, vinimos a hacer un reportaje y trabajamos en Televisa.

Llegamos hasta un terreno baldío de Ciudad Lerdo, nos bajaron del carro y nos metieron a la cajuela. Pasó mucho tiempo. Héctor y yo empezamos a rezar y a decir que todo

era una pesadilla. Ahí cambiaron de auto para trasladarnos a otro punto. ¡Pinche sorpresa tan más terrible. A Javier Canales, de Multimedios, también lo habían secuestrado!

“¡Quién de ustedes se quiere morir primero!”, “¡cómo quieren que se los cargue la chingada!”. En medio del interrogatorio y de la chinga con las amenazas recibían llamadas telefónicas. Entre tanto, soltaron la sentencia que nos iban a aplicar: “¡Van a valer verga por chismosos!”.

Por suerte todo quedó en pura amenaza. Luego, quemaron el vehículo de Multimedios en un ejido cercano al lecho seco del río Nazas. Lo hicieron después de habernos dejado en la casa de seguridad y vendarnos los ojos para ingresar al cuarto donde Héctor, Javier y yo permanecimos encerrados. Tenían a más gente retenida en la misma casa.

A cambio de nuestra liberación los integrantes del cártel exigieron la transmisión de unos vídeos donde se acusaba a un grupo de funcionarios de Coahuila de formar parte de una organización rival. Fue entonces que al día siguiente, el martes 27, los canales locales de Televisa y Multimedios pusieron los videos al aire en sus noticieros de mediodía.

La transmisión del material no cambió nuestra situación. Seguimos de igual a peor. Tuve la intención de escapar. Me resistía a morir así nada más. Ya puesto a la fuerza en este desmadre mi propósito era venderles caro la vida, cuando menos dándome un pinche tiro con ellos. La noche del miércoles Héctor y yo hasta pensamos en la posibilidad de enfrentar a la persona que nos vigilaba. Mala idea. Ahí la dejamos.

A Héctor lo liberaron el jueves 29 de julio por la tarde a cambio de emitir un video a favor de ellos a nivel nacional en el programa. Incluso le entregaron una nota, pero no pasaron ni madres.

Era el amanecer del sábado 31 de julio. Llegábamos al quinto día de secuestro. Luego de un escape fallido horas antes, la verdad me resigné y decidí sentarme en un rincón del cuarto a esperar la muerte. Sentía tranquilidad por el hecho de haberlo intentado. Más todavía porque durante uno de los traslados alcancé a romper las fotos de mis hijos y a tirar las identificaciones. Eso me hacía pensar que en cierto modo mi familia estaría a salvo. Poco importaba lo que pasara con mi vida.

Escuchamos el silbido de un tren. Todavía para ese entonces estaba seguro de que nos iban a matar. No supe la razón, pero de repente oí decir a uno de los secuestradores: “Cambio de planes”. Salimos de la casa de seguridad. A treparse a otro carro una vez más. Enseguida

nos desataron las manos y retiraron la venda que teníamos puesta en los ojos. Bajamos unas cuadras más delante.

“¡Córranle, güeyes!” nos gritaron. Ellos se fueron por otro rumbo. En un principio me dio la impresión de que aplicarían una suerte de ley fuga. Después de emprender la huida vendrían los disparos por la espalda o la embestida del automóvil. Nada de eso. Respetaron nuestra vida. Al final nos liberaron.

Lo que vino después fue algo extraño. Al dar la vuelta por la calle vimos a la distancia unas patrullas de la Policía Federal. Los perros de la cuadra ladraban y hacían un escándalo. Nosotros chiflábamos, les gritábamos a los oficiales, pero no podían oírnos. El caso es que les dimos alcance.

Subimos a una de las camionetas. Me pidieron identificar la última casa donde nos tuvieron. Traían equipo de vídeo. Hicieron preguntas que me sacaron de onda. “¿Dónde lo tenían? ¿Y después de aquí a qué parte lo movieron? A ver, dígame cómo estuvo”. La libramos. Estábamos a salvo.

A la escena llegó un alto mando de la Secretaría de Seguridad Pública Federal (SSPF). De ahí nos mandaron al cuartel de la PFP en Torreón; desde ahí partimos al aeropuerto y antes de la una de la tarde arribamos a la Ciudad de México. Para esa hora ya estaba listo el discurso oficial que se daría a los medios nacionales e internacionales.

Estuve hasta el 2 de agosto de 2010 en el Distrito Federal. El sindicato me hizo *el paro* con la estancia. Me fui por tierra hasta Ciudad Juárez y posteriormente pedí el asilo político en Estados Unidos, país que me abrió las puertas, y ha tratado bien a mi familia y me facilitó un empleo en el sistema Univisión. Obtuve mi carta oficial de residencia durante la segunda semana de abril de 2013. No importa que sea en otro país, sigo haciendo lo que más me gusta en esta vida: traer la cámara al hombro.

Nunca más volveré a mi tierra. La seguridad de mi familia estaría en riesgo. No tiene caso. Claro que extraño un chingo. Más todavía porque la región lagunera sigue en el abandono. Estoy muy agradecido con el gobierno americano, pero eso no significa olvidar que soy mexicano. Aún tengo miedo de retornar a mi país. Un camarada me preguntó hace poco si lo haría. Sin pensarlo mucho le dije que no. En vida no lo creo. Ai' muere. A Torreón solo muerto regreso. A Torreón solo mis cenizas vuelven.

## Ángeles

Durante aquella etapa de violencia solía cargar la información que reportaba hasta en sueños, y es ahí donde terminaba por estallarme la cabeza. Es muy frustrante bajar la guardia por temor. Quizá en otro tiempo sí podría realizar un trabajo periodístico más amplio y con mayor profundidad, pero la prioridad siempre fue y será mi familia. Recuerdo haber sufrido pesadillas donde, en lugar de un parque, veía un terreno baldío cubierto de niños decapitados.

Elegí el oficio periodístico por convicción. Sé que es un medio que le sirve a la gente, pero sobrellevar el trabajo en esas condiciones fue muy desgastante. El miedo me alteró el organismo. Batallaba para dormir. En términos físicos, debido a la ansiedad, comía en exceso. Llegué a subir cinco kilos en tres meses. Sin embargo, también pude bajar de peso a la misma velocidad, porque de repente perdía el apetito.

La afectación fue igualmente notoria en la parte anímica. Hubo periodos de tensión en los que evité salir a la calle, prefería hacer la chamba en casa. No obstante, el encierro tendía a incrementarme el nivel de irritación. Eso a mis hijos les valía madre, y estaban en su derecho. El oficio absorbe. Hay ocasiones en que estoy tratando de prepararles la cena mientras aporreo las teclas y los reprendo por estar tirando el agua del baño. ¡Está cabrón!

Afortunadamente no viví una situación de violencia en forma directa, pero sí al reconocer víctimas debido a mis actividades de periodismo diario. Así me pasó con una excompañera de la universidad. Cubría el caso de una vivienda que incendiaron y estalló en menos de 10 minutos. “Sabe qué, ahí ni le busque, porque en este caso hay mucha maldad”, dijo el delegado de la Fiscalía, después de confirmar que alguien premeditó la activación del fuego.

Uno de los cuerpos era el de la dueña de la propiedad. Leí el reporte y supe que a esa mujer la conocí en algún momento. Se trataba de una chica que cursó un tiempo la carrera conmigo. Era atractiva, bonita y agradable. Siempre llegaba al salón de clase cargando a su niño recién nacido. En esa escena de crimen, aparte de ella, murieron una de sus sobrinas, una jovencita desconocida y su hija, la más chica. Todas presentaron rastros de tortura.

De la misma forma que ocurrió en el caso de mi excompañera de licenciatura, me tocó reportar la ejecución del papá de mi mejor amiga de secundaria. A través de los partes de guerra originados en esta región, reconocí a personas cercanas. Se trataba de gente con

quien establecí relaciones y aprecio mutuo. Y lo peor es que eran inocentes, que perdieron la vida estando al margen de la disputa que sostenían los cárteles.

Eso me generó mucha preocupación. Entendí que la violencia es algo expansivo, que si no te afecta directamente de cualquier modo te impacta. Si tuviera que hacer alguna metáfora visual, diría que es como una mancha de sangre que se va extendiendo y te alcanza, te toca. Se va recorriendo y en algún momento amenaza con atraparte. Es un temor latente. Su intensidad es tan fuerte que trastoca todo régimen de vida.

En cierta ocasión uno de mis hermanos tuvo que echarse pecho tierra en el autobús para protegerse de las balas en un tramo del Periférico. Un grupo armado se enfrentó con los guardias del hijo de un personaje del sector público. De esta manera, inferí que los tiroteos por alcance implicaron un riesgo generalizado para todas las personas. Cargaban el susto desde que salían de la casa al trabajo y viceversa. Aquí las zonas de conflicto se volvieron dinámicas, siempre en movimiento; surgían por sorpresa donde menos lo podrías imaginar.

El asunto más delicado fue que los temas relacionados con la violencia se convirtieron en pláticas de sobremesa. El discurso permeó en todas las edades y en todos los sexos. Podías

hablar con un chavito de seis años, y aunque era muy pequeño para tener alguna interpretación de la problemática en la región, al tomar su teléfono celular te enterabas de que había descargado el video de una ejecución que le compartió un amiguito de la escuela.

Si en algún momento las familias elegían ser discretas con el manejo de la información, tarde o temprano los niños se daban cuenta. Habían visto helicópteros sobrevolando el vecindario o las balaceras irrumpían a la vuelta de la casa. Ni cómo evitarlo. Resultaba bastante notorio. Ellos tendían a saludar con más frecuencia a los soldados. Presenciaban operativos al ver muchos policías en la calle, entendían que algo no iba bien y había que encerrarse en casa.

En tales condiciones la mejor recompensa provenía de mis hijos al terminar por la noche el trabajo. Tal vez sea algo muy simple, pero esa dinámica representaba el equilibrio entre la rutina periodística diaria, el entorno familiar y mi situación individual. Uno de ellos dejó de lanzarme revistas en la cara por ignorarlo. Al final comprendieron que el trabajo, a veces, me impedía acompañarlos en la cama. “¿Pasa algo mamá? ¿Estás escribiendo cosas feas?”, preguntaban, ya sin fastidio. Después, un beso más un “te quiero”, y se iban a dormir.

Sin saberlo, ellos tuvieron que pasar por un evento crítico el día del secuestro de cinco trabajadores de *El Siglo*. La alerta se extendió al grupo de reporteros de prensa nacional y varios de ellos tuvieron que salir de la región lagunera. En mi caso, recurrí a un mecanismo de protección familiar. Saqué a mis críos del domicilio y los alojé con una de mis hermanas. Horas más tarde, su padre los recogió para llevárselos a otra ciudad.

Mis chicos asistieron a una fiesta sorpresa en casa de sus primos y recibieron un regalo adelantado de cumpleaños por parte de sus papás. Ésa fue la manera de ocultarles el protocolo de seguridad que ejecuté como una acción independiente. Imposible especular con el tiempo. El crimen organizado y su gente infiltrada en los aparatos de gobierno saben dónde estamos, quiénes somos, cómo vivimos, dónde nos pueden ubicar. Somos muy frágiles.

El ataque a *El Siglo* fue el suceso que nos hizo cambiar de opinión. Cuando empezaron los atentados en contra de los medios locales de comunicación en 2009, muchos pensamos ingenuamente que las agresiones eran dirigidas, que no interesábamos los corresponsales, que éramos una especie de entelequia, puesto que nuestro trabajo se publica fuera de la región. Creíamos que la delincuencia organizada solo iba por reporteros policíacos.

La realidad es que la violencia fue creciendo, y nos dimos cuenta de que ya no importaba que fueras un informador de fuente policíaca. No interesaba que trabajaras para una empresa local o foránea. Tampoco importaba, en términos reales, si eras reportero o no. Si la idea consistía en manifestar una demostración de fuerza, lo único que les interesaba a las redes criminales era que formaras parte de un medio de comunicación. Con eso bastó.

Creo que los actos de agresión que dirigieron contra el gremio periodístico implicaron asuntos de poder; un objetivo de control sobre la población, a través de la inducción del terror. Una estrategia fundamental del crimen organizado es la intimidación. El principio está en asustar a la gente y dejar en claro que ellos son quienes dominan. A raíz del creciente nivel de impunidad, asimilamos esta violencia como si fuera un componente más de la vida cotidiana.

Seguí trabajando en el suministro de información para dos medios externos. Luego dejé la corresponsalía para un periódico nacional. Sus exigencias derivaron en situaciones muy injustas. Y con tristeza veo que esto continúa. La violencia contra los periodistas

empieza ahí. Me parece sumamente irresponsable, irracional y estúpido que ejerzan presión laboral sobre el reportero sin proveerle el más básico servicio médico.

Dejar por completo el oficio fue una opción. “Un día dijiste que el periodismo es lo más bonito. Ahora es lo peor que le puede pasar a una persona”, me decía mi madre en aquel entonces. Sin embargo, el ánimo de permanencia siempre fue más grande. En este presente solo quiero estar con mis hijos y probarles todos los días que la resistencia fue fundamental para valorar la vida. Que 10 años después de la pesadilla que empezó en 2007, la situación en La Laguna cambió para bien, y que al final, a pesar de la marea en contra, mi apuesta por la vida salió adelante.

## Angélica

Estaba por llegar al quinto de mes de embarazo cuando fui a cubrir una situación de crisis en el Centro de Readaptación Social de Torreón. Problemas ocurridos en el área de reclusión se hicieron del conocimiento público y las autoridades del gobierno del Estado convocaron a rueda de prensa.

Mientras los reporteros esperábamos el arribo de los funcionarios, un colega, a quien no conocía, me dijo: “Tú no deberías estar aquí, porque no tienes idea de lo que está pasando allá dentro. Y en tu estado, deberías estar trabajando en otra cosa o estar en tu casa”. Lo tomé con calma. Si aquello era consejo, advertencia o regaño, así quedó. “Está bien”, le respondí. Evité cruzar más palabras. Dio inicio la declaración oficial sobre el incidente.

En mayo de 2009 asesinaron a Eliseo Barrón, reportero de *Milenio*. Solo hasta que supe de la noticia a unos días del parto y vi las imágenes de su rostro en prensa y televisión, me di cuenta. Él era justo aquel compañero que me sugirió tener más cuidado. Un comando lo secuestró en su propia casa, frente a su familia. De ahí se lo llevaron, para luego ejecutarlo.

Debido a mi condición física realizaba pocas coberturas. La verdad es que no tenía el pulso del nivel de enfrentamiento entre los cárteles. Alguien me lo advirtió y fue precisamente esa persona a quien le quitaron la vida. Con la muerte de Eliseo *me cayó el veinte* para entender que afuera estaba pasando algo muy grueso.

La afectación al trabajo periodístico se hizo evidente. Regresé a reportear terminando el periodo de cuarentena. Todo cambió. Aparecieron sugerencias inéditas. “Ya no se pongan los chalecos. Escondan los micrófonos, y de preferencia, no carguen el gafete”. Los vehículos de prensa dejaron de traer rótulos.

De pronto implicó un riesgo proporcionar a las fuentes nuestros números telefónicos personales. Si alguna orden de información indicaba ir a la Fiscalía, ahora era necesario preguntar primero cuál era el tema y por qué los medios asistirían a las instalaciones. El ambiente en la redacción se volvió confuso.

Asumimos las nuevas disposiciones de “seguridad” más en un sentido de recomendación, más como un consejo por parte de los directivos, no tanto por una política estructurada, ni porque hubiera un interés de la empresa por protegernos. A pesar de todo lo que nos había pasado, transcurrieron más de tres años para que la organización participara en

una capacitación en Piedras Negras, aunque no todo el grupo de reporteros. “Estás en zona de riesgo”, dijo mi jefe. “Sí, claro”, le dije. Solo fuimos un camarógrafo y yo.

Soy madre soltera. Mi mamá enviudó. Poco a poco asimilé que guardar silencio sería lo menos recomendable para la familia. Lejos de mejorar, el entorno regional se puso peor. Me convencí de la importancia que significa el hecho de que alguien sepa a dónde voy, en qué lugar me encuentro a cierta hora, a quién entrevisto. Implementé de esa manera un protocolo personal de seguridad. En la jornada de trabajo trato de mantener contacto frecuente. Si no es posible con gente de mi círculo familiar, sí procuro hacer eso con amigos o colegas de mucha confianza.

Ante la circunstancia que vivimos, tomar este tipo de asuntos con seriedad fue imprescindible. Un día me quedé tiempo extra en el trabajo. Llegué a casa después de las nueve de la noche. “Se me hizo que estabas tardando mucho y mandé a tu hermano a buscarte”, dijo mi madre al abrir la puerta. Casi un cuarto de hora después apareció Pedro: “Fui a la oficina por ti, y cuando venía de regreso sentí que un carro me venía siguiendo”. Foco rojo, no había más que pensar. Se acabó el uso de mi vehículo para reportear.

La sensación de peligro era constante. Estar siempre alerta se volvió regla. Mis jornadas laborales transcurrían al lado del compañero periodista encargado de la videocámara. En los trayectos intercambiábamos puntos de vista. “¿Viste esa camioneta? ¿No te parece algo extraña?”. “¡Aléjate, guarda más distancia!”.

Procedíamos igual en actos públicos o entrevistas a campo abierto. “No te separes”. “Si te retiras, manda mensaje”. “Olvidalo, mejor no grabes”. Adoptamos también un código común de gestos y señales. Ojos, cara o manos para indicar si surgía la intranquilidad. Cualquiera que fuera el medio corporal, de incrementarse la preocupación, el mensaje indicaba algo muy claro: ¡vámonos de aquí!

Caería en una exageración si afirmara que la libertad de expresión desapareció. Pienso que sería más correcto decir que se agrandaron las limitaciones para el ejercicio periodístico. Es probable que antes del homicidio de Eliseo únicamente se tomaran en cuenta los márgenes impuestos por la línea editorial.

Ahí ubico el punto de quiebre; se incorpora la autocensura en forma de muchas preguntas previas al reporteo y a la publicación. En tales condiciones de hostilidad es

imprescindible considerar hasta dónde quiero llegar, hasta dónde soy capaz de arriesgarme, en qué posición queda la empresa y qué intereses de terceros puedo afectar.

Al aportar datos personales de las víctimas en una nota es muy probable ponerlas en riesgo, ya que el victimario accede a la información y se le facilita la ubicación de las personas. Por detalles como éste el problema ya no solo es de censura o de autocensura para el reportero. Va más allá. La misma gente se autocensura. Me dicen que tienen miedo, que no vale la pena. Ellos perciben el peligro. Se sienten vulnerables, por eso recurren al silencio.

El futuro del periodismo en La Laguna es muy incierto. Para mí es imposible emitir un pronóstico a favor o en contra. La verdad, el entorno de conflicto de 2007 a 2013 nos metió en una crisis muy grave. Al contexto de inseguridad, agregaría la acentuación de nuestros propios errores. Un reportaje significaba hilvanar tres declaraciones. Lo más delicado es que ni siquiera yo, como periodista, confiaba en la información que difundía.

La falta de credibilidad comenzó por nosotros mismos. La repulsión de un sector del público hacia los medios locales trascendió las obviedades. Si bien el gremio quedó muy lastimado, reconozco que tampoco hubo mucha disposición por mejorar en un momento donde la relación entre los reporteros estuvo marcada por la desconfianza y las divisiones.

El fenómeno de las páginas de alerta en redes sociales nos mostró que la prensa regional tocó fondo. A los jefes de las corporaciones de policía les molestaba. Fue un indicador de que la gente perdió confianza en los medios y las autoridades. Así de simple. En nuestro caso la censura y la autocensura en los temas de seguridad nos hicieron mucho daño. “Mejor métete a la página. Ahí sí sale. Ahí sí dice”, escuché ese tipo de comentarios en la calle. La gente dejó de creernos.

Todavía desconocemos los alcances de esa crisis social inédita. Hoy en día, después de cuatro años en calma, trabajé un tema sobre los niños y su relación con la violencia. Entrevisté a una maestra de primaria que vivió una experiencia muy fuerte en el salón de clase, luego de aplicar una dinámica donde los alumnos cerraron los ojos al escuchar una pieza de música clásica. “Me presentaron escenas de sangre, balas y ataúdes”. La actividad terminaba con el dibujo de las imágenes en las que pensaron durante el ejercicio.

Un profesor me contó sobre las aspiraciones que algunos muchachos tienen: “Niñas que quieren ser novias de un homicida a sueldo. Niños dispuestos a ganarse la vida como asesinos por encargo y que piden de regalo unos *cuernos de chivo* para Navidad”. La agresión

forma parte de un ambiente escolar distorsionado en donde suele retarse a la autoridad. “Hay jovencitos que me amenazan”, reveló otro de los maestros.

¿Cuáles fueron mis mayores lecciones en esa etapa? Creo que valorar la existencia y entender que mi familia está por encima de investigar, buscar o disipar dudas. Estoy consciente de que, así como estuvieron las cosas, en cinco minutos podían acabar con mi vida. La violencia trastocó la forma de vivir de toda la gente, por lo tanto, el peligro y los riesgos se generalizaron. Nuestras coberturas transcurrieron bajo una amenaza mortal.

## Daniela

Me he desempeñado como reportera en diversas fuentes desde el año 2004. Inicié mi experiencia periodística en la cobertura de temas policíacos. Un lunes por la tarde recibí la llamada de un desconocido: “Le hablo de parte del *Jefe*. Van dos notas”, dijo, y advirtió que una tercera no me la iban a tolerar. “Si usted no quiere ponerse traje de madera, ya no saque nada”. Colgué con los nervios en la mano y se me fue el color de la cara.

Días antes me convocaron, junto con otros reporteros, a la inauguración de una obra. Ese edificio también estaba ligado a labores de seguridad pública. Se trataba de una estructura construida con recursos federales para manejar información y aspectos logísticos.

En el acto oficial se encontraban el alcalde, varios funcionarios y la gente del fideicomiso. Cuando vi el edificio, me llamó la atención lo reducido de sus dimensiones. Además, la obra seguía en proceso. Le faltaba pintura en las paredes. No veía acabados equiparables a las instalaciones de la misma categoría en otras ciudades. Me pareció un inmueble muy precario.

Percibí algo raro cuando anunciaron que el costo de la inversión rebasó el millón de pesos, en una superficie que no superaba los 200 metros cuadrados. Lo que proyectaron como una cocineta alcanzó para una barra de madera y las oficinas tenían el tamaño de un baño público. Una sala de juntas equipada con pantallas y sistema de video-vigilancia representaba lo más caro. Esos accesorios provinieron de un recurso extra.

El sobreprecio revestía el asunto de fondo. La controversia indicaba que cada metro cuadrado costó más de cinco mil pesos, solo en términos de obra civil. Publiqué la nota desde ese punto de vista. Una autoridad municipal se incomodó y me mandó a hablar. “Oye, ahí te encargo esa información”. En un tono muy velado, esa persona dijo que me estaba adentrando en un terreno al que no debía meterme.

Esa actitud provocó darle con más ganas al asunto. Pensé en solicitar por transparencia las facturas y el nombre de la constructora. La situación daba para analizarla con más detalle y hacer un trabajo a profundidad. Luego la sospecha se trasladó a una columna. “¿Cómo es posible que se hagan tontos ahí? Seguramente alguien gana y reparte”, se expuso de manera incisiva y mordaz en el comentario.

Era un lunes por la tarde, y ya estaba comiendo en mi casa. Entró una llamada a mi celular, pero no pude identificar el número. No resultó extraño. Finalmente, los teléfonos de un reportero son hasta cierto punto del dominio público. Contesté. Un hombre se comunicó. “Le hablo de parte del *Jefe*”. Fue lo que dijo. Obviamente desconocía la fuente del mensaje.

“Oiga, y ¿quién es su *Jefe*?”. “Usted ya sabe quién es”, respondió. Podría ser cualquier director de dependencia. “No, no. Es nada más para decirle que van dos notas que saca usted. No nos gustan y créame que no le vamos a tolerar una tercera. Si usted no quiere ponerse traje de madera, ya no saque nada”. Avisó que el *Jefe* me vería el viernes a la hora y en el lugar que él ordenara. Fluyó el susto. “¿Pasa algo? Estás pálida”, dijo mi sobrina.

Antes de terminar la conversación, reiteré lo innecesario del encuentro. Para mí el mensaje cumplió su función. No me iba a exponer ante una persona que estuviera ligada con la delincuencia. “¡No! ¡Es que la va a ver personalmente!”, como si me estuviera diciendo, “no te estoy preguntando, pendeja, es una orden”. Como iba a andar con el pendiente toda la semana, sugerí que nos viéramos de una vez. “¡Que la va a ver el viernes!”.

Me pareció inútil comentarlo con los jefes del medio. Surgiría una complicación. Se habrían dirigido a un área de gobierno, y pensé, mientras llega la ayuda a mí ya me liquidaron. Podía manejar la situación. Era una amenaza. Cuando es por ahí existe margen, porque si ellos se lo proponen, van por mí, me suben a un carro y me llevan. Así lo entendí: un paso previo antes de que me fueran a matar.

Los días transcurrieron, llegó el viernes y seguí cubriendo normal. No vi nada raro, supuse que eso quedó en el olvido. Si querían asustarme, lo hicieron, lo consiguieron y ya. Por supuesto que no volví a sacar nota alguna. Tampoco solicité la información a la Unidad de Transparencia. Lo dejé pasar. En resumidas cuentas, no hay quien garantice mi trabajo sin que éste derive en consecuencias fatales.

Al día siguiente fui al Ayuntamiento. Terminé la cobertura, crucé la calle y caminé por una plaza hasta llegar a un puesto de aguas gaseosas. Compré una. Empecé a tomármela y en eso un hombre se sentó a mi lado, codo con codo. Me saqué de onda. Pensé que era un desequilibrado mental o alguien que tenía intención de ligar. Me volteé, vi a otro hombre y lo reconocí. Lo había visto en actos públicos.

El tipo se acercó. Era un personaje conocido en la localidad. Al momento de interceptarme, vi estacionadas dos patrullas de la policía municipal en las esquinas. Portaba

un arma. La traía fajada en la cintura. Entonces se dirigió a mí y dijo: “¿Sí sabes quién soy?”. Asentí y contesté “Tú eres tal personaje”. “No. Yo aquí soy la mafia”, me replicó.

Hasta eso, no me habló con groserías. “¿Sí te llegó mi mensaje?”. Le respondí que sí. “Ah bueno, entonces, en eso estamos. No me gustaría llegar a más contigo. Es que tú sabes cómo es esto”. Después de hacer tal aclaración, sacó la pistola y con una mano empezó a acariciarla. Fue como si me dijera, aquí está con lo que te puedo callar. Tenía los antecedentes de su oficio, de sus negocios, pero desconocía qué otros intereses operaba.

Sin perturbarse, el dependiente del puesto de aguas escuchó toda la conversación. “Lo que pasa es que yo hice ese edificio. Yo me lo *aventé*. Entonces, no me conviene que tú estés sacando las notas, porque son chingazos para mí”. “Está bien”, le dije. No me quedaba de otra. Se retiró. Mientras, el señor del negocio de las gaseosas siguió lavando los vasos.

Subí al carro y regresé a mi casa. Sí me asusté, pero al mismo tiempo sentí un desahogo. En los días previos me mantuve a la expectativa. En alerta constante. Estacioné el carro en el mismo lugar toda la semana, pero tenía el pendiente de si alguien me veía cuando llegaba, cuando me iba, o si alguien me estaba siguiendo. Viví lapsos de incertidumbre: ¿por dónde van a llegar? ¿Qué pueden hacer? No tenía la respuesta. Me predispuse a la idea de una persecución latente.

Sucedió que mientras estaba en mi habitación, si escuchaba que un carro se estacionaba enfrente, iba hasta la ventana para asomarme. Esa gente es capaz de ir hasta tu casa por ti, sacarte de ahí si quiere. Aumenta todo el nivel de estrés. Aquí no me hacen gestos, no me están sacando la lengua. Tampoco me dicen “periodista vendida”. No. Aquí me están amenazando de muerte.

A pesar de todo, no me fue tan mal. Si ese tipo me iba a ver a *güevo*, pues al menos ya me había visto. Estoy viva. No me hicieron nada. Finalmente, en esos encuentros lo que tú esperas, en el mejor de los casos, es que te maltraten psicológicamente, físicamente. No llegué a un grado de pánico. Ser de carácter fuerte ayudó bastante. Insisto, esa gente es capaz de todo. En una de esas te ordenan “¡Súbete!”, y ya no regresas.

A raíz del conflicto por el territorio en la región, el miedo a ser secuestrado, a recibir amenazas de organizaciones criminales o estar propenso a sufrir un robo se ha vuelto una constante. En conjunto, la descomposición del tejido social, el alto grado de impunidad y la ineficacia de las autoridades degeneraron el entorno. Si tuviera que describir al periodo de

violencia que prevaleció en la Comarca Lagunera entre 2007 y 2013, diría que fue terrible y progresivo: una carnicería.

Pienso que las estructuras criminales presionan las líneas editoriales para mostrar su poder. La estrategia consiste en inducir control en los medios, o en quienes producen noticias. Es así como aseguran flujos favorables de contenido e imponen omisiones a conveniencia. El factor psicológico es parte de su acción. Lanzan mensajes para mostrar las consecuencias que enfrentaría quien pretenda ir en contra de sus intereses.

Desde mi punto de vista, el periodismo continuará siendo una práctica en condiciones de supervivencia por muchos años. Aquí habrá mayores dificultades para ejercerlo. Aprendí a cuidar al extremo lo que digo y más todavía lo que publico. Tengo que entender cuándo es prudente parar. Si alguna lección recibí durante esa crisis es que se necesitan agallas, amor por la profesión y un estómago resistente. Es muy importante saber cuándo hay que hablar, pero también es vital saber cuándo te tienes que callar.

## Ezequiel

En esa ocasión reportaba testimonios para una nota de rutina. Hacía un simple sondeo que consistía en captar opiniones sobre la calidad de los servicios públicos municipales. Iba en busca de mi tercer entrevistado, y en eso, dos muchachos cuya edad no rebasaba los 17 años me abordaron mostrando un arma de fuego. Casi una hora después: “¿A poco no tienes miedo, güey? Porque te puedo meter un plomazo aquí”, dijo el que traía la pistola.

Trataron de intimidarme todo el tiempo. “¿Qué cubres? ¿Qué haces? ¿Cuánto dinero ganas? ¿Nada más trabajas en esto?”, fueron las preguntas más frecuentes que hicieron durante el trayecto en que me obligaron a acompañarlos. Siempre mantuve la calma. Creo que si mi actitud hubiera sido otra, habrían detonado la pistola. No sé si para asustarme, o en definitiva, con la intención de acabar con mi existencia.

Pasaba de la una de la tarde. Antes de regresar a la redacción decidí completar un reporte sobre agua y alumbrado público, incorporando puntos de vista de algunos ciudadanos. Me pareció que la Plaza de Armas sería un sitio adecuado. Opté por levantar las declaraciones ahí, aunque de todos modos el ambiente en la ciudad se percibía tenso. Habían llegado a La Laguna contingentes extraordinarios del ejército y la federal.

La acción fue rápida. Después de concluir una de las entrevistas giré y ya tenía a dos adolescentes obstruyéndome el camino. Desconozco en qué momento me coparon por detrás. En el instante pensé que podría tratarse de un asalto, pero no fue así. “No te habíamos visto antes”, me dijo el que aparentaba menor edad. A simple vista, el aspecto físico de esos chavos parecía frágil. Eran delgados y de piel morena. Traían corte de cabello al estilo de un ala de cuervo.

Así, quedé atrapado en medio de una especie de retén pedestre. En verdad descarté la posibilidad de que se tratara de un asunto mayor. En todo caso para mí no pasaría de un robo. No tendría por qué temer la ocurrencia de algo más grave.

“Nos han dicho que vienes platicando con la gente por toda la plaza”, dijo el que enseñó la escuadra. Hasta eso, fue discreto. Traía oculta el arma debajo de la camisa, afianzada entre la cintura y la pretina del pantalón. Le contesté que, en efecto, esa actividad tenía que ver con mi trabajo de periodista. Ese sujeto era quien interrogaba. El otro repetía mis respuestas por el radio. “Pues te vamos a pedir que nos acompañes”, sugirió el mensajero.

Así empezó la primera caminata bajo custodia de mi vida, empaquetada en formato de secuestro exprés.

Por la manera en que ocurría todo no podía creer todavía lo que estaba pasando. Nos encontrábamos en la calle, a plena luz del día, con gente alrededor y en el centro de la ciudad. Lo tomé con tranquilidad todo el tiempo. Soy bastante sereno. Junto a mi “escolta” caminé varias cuadras.

Hubo muchas preguntas. Entre ellas las referentes al nombre del medio para el que trabajo, mi dirección y el monto de mi salario. Les volví a responder que solo estaba haciendo unas entrevistas para conocer el punto de vista de la gente sobre el funcionamiento de la ciudad. “Nomás queremos comprobar si eres reportero y que es cierto lo que nos estás diciendo”, insistió el chavo que recibía órdenes e intercambiaba información por el radio.

Llegamos a un punto en donde había menos gente y me ordenaron, “avánzale tú primero”, al subir unas escaleras sí percibí más riesgo, el tono de sus palabras y el propio escenario impusieron más hostilidad. “En esa camioneta que acaba de cruzar va nuestro jefe. Estamos llevándote a lo que te falta, cabrón”, me advirtieron. No obstante, para mí todavía era una intimidación demasiado simple, con un perfil muy bajo. En fin. Pensaba que hacía falta más intensidad para que aquello fuera una auténtica agresión. Así lo tomé.

Sea como fuera no me representaba ningún problema hablar con alguien que estuviera más arriba de ellos en la línea de mando. No cubría temas policíacos, nada más hacía mi trabajo. Terminó el interrogatorio. “Nos das tu identificación y la credencial del IFE para saber dónde vives. Vienen los celulares y la mochila para guardar la pistola, porque la vamos a utilizar como funda”. Me devolvieron la cartera. Lo mismo ocurrió con las llaves del carro.

Creo que mi tranquilidad los puso más nerviosos. “¿A poco no tienes miedo? Porque te puedo meter un plomazo aquí”, amenazó el que estuvo armado desde el principio. Bajamos por un puente peatonal y avanzamos. “Siga caminando de frente. No se vaya a voltear. Usted se regresa a la oficina. Nada más le digo que no debe andar aquí. Debería saberlo”, dijo antes de ordenar que me retirara.

Es imposible determinar cuál fue el nivel de riesgo que tuvo mi vida. Por puro instinto suprimí cualquier suposición catastrófica en ese momento. Soy una persona muy serena y sentí, por el contrario, que podía mantener el control de la situación. Eso me ayudó bastante,

en buena medida por la experiencia que adquirí al trabajar en un área relacionada con la seguridad. Me ha tocado tratar con personas que portan armas.

Esos segundos en que tuve que caminar en solitario por las vías fueron la parte más difícil. Pero más que temor, lo que sentí fue impotencia. Incluso hasta me molesté. No me pareció, si es que así hubiera sucedido, una manera muy decente de terminar. Es mucha frustración, más aún porque las dos personas que me secuestraron eran muy jóvenes y de compleción delgada. Me sentí hasta ridiculizado ante semejante grado de vulnerabilidad.

En mi familia nadie supo con detalle lo que me pasó. Siempre he tratado de ser muy discreto, reservar las broncas del trabajo y atender mis problemas solo. Por el simple hecho del nivel de inseguridad que prevalece, procuro mantener mi casa al margen del ámbito periodístico en que me desempeño. Involucrar a mis padres y hermanos es un sinsentido. No tiene caso. Al final sé que asumir esta postura me deja más tranquilo.

Mantener un estado constante de alerta se convirtió en estilo de vida. A raíz del aumento de la violencia en la región me volví sumamente obsesivo con el sentido de la anticipación y de las acciones preventivas. Llegando a cualquier lugar, en lo primero que pensaba era en ubicar las posibles rutas de escape o los sitios en que podía resguardarme si surgía una situación de crisis. El riesgo puede estar en cualquier parte.

Dejé de usar gafete. ¿Para qué? No tiene utilidad alguna, todo lo contrario. Recuerdo que la *charola* era un símbolo de estatus. La exhibía donde fuera posible. A causa de la hostilidad, preferí esconderla. En una ocasión acompañé a un colega del área de deportes que traía la identificación de prensa colgada en la base del retrovisor de su automóvil. Le recomendé que lo quitara. Eso de mostrar cualquier rótulo derivó en garantizar un ataque.

El gremio de periodistas laguneros pudo superar esa fase terminal. Padecimos los efectos de un coma inducido. Hubo compañeros que cruzaron la línea por la fuerza, otros lo hicieron por gusto. A algunos colegas les secuestraron hasta las ideas y una mayoría permaneció en la vía de la resistencia. Por mi parte, me mantuve algunos años ahí gracias a que pude conservar la calma. De no hacerlo me hubieran pegado un tiro. Ahora, a la distancia y ya fuera del medio, creo que en todo caso esos muchachos tenían dos opciones: accionar el arma solo para asustarme o jalar del gatillo con la intención de tronarme la vida.

## Francisco

Soy reportero desde 2004. Los daños por el recrudecimiento de aquella guerra fueron muy profundos y —a 10 años de distancia— nos impiden saber cuánto tiempo pasará para recuperar los cimientos de una sociedad en descomposición. El resultado equivale al saldo de un desastre en curso. Si pudiera definirlo por medio de una imagen, diría que fuimos víctimas de un huracán, de un tsunami y de un terremoto. Todos juntos, en uno solo.

El fenómeno de la desconfianza se hizo evidente. Una muestra fue la proliferación del enclaustramiento. La gente construía guetos, levantaba búnkeres. Sin tomar en cuenta las disposiciones del gobierno municipal la ciudad se encerró. En las colonias los vecinos decidieron bloquear calles, levantar muros, obstruir accesos. Todo bajo el simple argumento de la inseguridad por la alta frecuencia de homicidios, asaltos, extorsiones y secuestros.

En un contexto como ése el tema de los desaparecidos sigue representando una experiencia desgarradora. En verdad sí me engancho con esas historias. Cuando empecé a darle seguimiento al problema, me invitaron a una reunión con familiares de víctimas en el Centro de Derechos Humanos Juan Gerardi.

Lo tengo muy presente. La madre de un muchacho se presentó y dijo: “Estoy buscando a mi hijo. Tiene 25 años”. Yo tenía la misma edad. Esa frase me sacudió. Yo podría estar en su lugar, podría ser esa persona a la que desaparecieron.

Los afectados me contaron que sus chavos iban en el carro y de repente los bajaron a la fuerza. O que asistieron a una fiesta, echaron pleito, se los llevaron y no volvieron. Lo mismo si estaban trabajando en una construcción. Relato idéntico: unos desconocidos fueron al lugar de la obra, los amagaron y terminaron subiéndolos a una camioneta. Esto era algo que no solo me podía pasar como periodista, sino como a cualquier persona. Todos vivíamos bajo el mismo riesgo.

En ocasiones olvidamos que llorar es válido, sentir, molestarse. Me pegan bastante los testimonios de quienes siguen buscando a sus familiares. “Sabes qué, no puedo sonreír desde que Daniel no está. En el primer invierno de su ausencia no me puse el suéter. Si mi hijo está pasando frío, entonces yo también”, me dijo una señora que no encuentra a su muchacho desde hace nueve años.

A pesar de que la violencia se ha reducido desde 2014, todavía sigo cubriendo tantos asuntos de estrés postraumático que he llegado a absorber el problema por el que está pasando la persona. Sí, hay ocasiones en las que trato de concentrarme, por ejemplo, en la lectura de un libro, y arrastro en la mente lo que me dicen.

Por así decirlo, sin sueños ni pesadillas, me llevo los casos a la cama y duermo con ellos. A donde quiera que vaya los voy cargando. Cuando una madre te cuenta cómo perdió a su hijo, sea que lo hayan baleado en un fuego cruzado o esté en alguna lista de personas extraviadas, sí te llega a afectar.

Todavía te pega más por la estigmatización que el mismo entorno social y las autoridades dirigen contra las víctimas. “Eso le pasó por andar metido”, dicen coloquialmente para desacreditarlos y desestimar su necesidad de justicia. Hay mucha gente que aparte de vivir su dolor ante la pérdida tiene que soportar la discriminación.

Aún falta abordar el enfoque humano del problema para evitar que se pierda de vista lo importante, que no fue el conflicto entre los cárteles. Lo esencial consiste en hablar de las vidas inocentes que cayeron en medio de esa disputa. Contar muertos diluye la posibilidad de mantener en agenda la grave crisis social que enfrentamos. Ahí sí creo que la mayoría de los medios quedó y se mantiene en deuda. Es necesario cambiar la narrativa.

Puedo contar, a partir del relato de una experiencia personal, esa historia que únicamente simplifica, limita ver más allá y se titula “700 muertos de manera violenta en un año”. Es preferible hablar del incremento en la demanda de atención psicológica y psiquiátrica en los hospitales, debido al número progresivo de pacientes afectados por el homicidio de alguno de sus hijos en un tiroteo.

A pesar de todo sí hay opciones periodísticas. Está el caso de una de las balaceras que ocurrieron en las inmediaciones del estadio. Ésa en particular fue posterior a la que se registró mientras jugaban Santos Laguna y Morelia en agosto de 2011. Murieron uno o dos policías, un presunto delincuente y dos personas que estaban pintando unabarda.

Ese nuevo enfrentamiento recibió poca atención, porque el reflector nacional se dirigió a la seguridad de las instalaciones deportivas. Mi duda consistía en saber quiénes eran los pintores, quiénes habían sido esas personas que fallecieron. Hacían su chamba en zona de alto riesgo.

Pues resultó que ambos tenían línea de parentesco entre sí: eran padre e hijo. No se desempeñaban como pintores, sino que realizaban un trabajo extra que les ofrecieron para terminarlo en una tarde. El señor tapizaba muebles. Su chavo empezaría unos estudios de técnico en electricidad y el ingreso a la escuela sería la semana siguiente. Se llamaba Diego, 24 años, casado y esperando el nacimiento de su niña. Su esposa dio a luz a las 48 horas del asesinato. Asistió al sepelio y se trasladó hasta el panteón cargando a Romina en brazos.

Alternar ángulos informativos sobre el gran tema de la inseguridad es un área de oportunidad viable, no únicamente para dar visibilidad a las víctimas, sino para correr menos riesgos al momento de hacer las coberturas. En ese periodo parecía que la guerra entre cárteles proscibía en automático hablar de las consecuencias para la población. La violencia de fondo era la misma. Sin embargo, existía —y existen— formas alternas de aproximarse.

Durante 11 años (desde 2006) he tratado de documentar el fenómeno de los desaparecidos, considerando el punto de vista de quienes están presentes. Si a fulano de tal se lo llevó una organización criminal, investigar el delito no es de mi incumbencia. Lo que sí me corresponde es generarle un espacio a la persona que está luchando por encontrar a su familiar y que lleva un largo rosario de caminatas en la búsqueda.

El punto es incluir a esa gente en las notas, porque realmente quiere gritar la situación que vive, dar a conocer el problema que enfrenta. Es cruda la experiencia de aguantar en casa un episodio tan desafortunado, donde no hay respuestas ni explicaciones, ni forma de resignarse. Para ellos es importante expresarlo. Y eso es lo que muchos compañeros no han comprendido. Lamentablemente les han dado muy poco espacio en los medios.

Algo que me preocupa y no puedo entender aún es la actitud de la sociedad lagunera. A pesar de vivir largos episodios de violencia y corrupción, la respuesta es similar: ausencia de una expresión generalizada de inconformidad en las calles. Es triste saber que la medida de presión más numerosa de la historia reciente se hizo para impedir la venta del equipo de fútbol en 2004. Tampoco existen liderazgos sólidos, ni siquiera en el ámbito religioso. De ahí la falta de convocatoria.

Me da la impresión de que al gremio le pasó lo mismo que a nuestra sociedad. Una sociedad que no se levanta se traduce en un gremio de periodistas idéntico. Ha habido intentos de integración. Incluso se dio uno, pensado en crear una agrupación y cuyo objetivo

es la capacitación permanente. Pero en contraparte percibo un ánimo decaído. Veo desinterés entre los compañeros.

El desastre social inducido por la violencia relacionada con el narcotráfico nos pegó a todos los que vivimos en La Laguna. Como reportero entendí que ninguna exclusiva, ninguna información, vale una vida. Me cuido con mis propios recursos. Pago un seguro individual por mi cuenta. Al final, si me hubiera pasado algo en medio de esa tormenta, sé que la empresa solo se habría preocupado por colocar un moñito negro en su portada.

## Isabel

Estuve en la redacción del periódico durante dos de los tres atentados consecutivos que ejecutaron para balacear las instalaciones desde carros o camionetas en movimiento. Fue en el transcurso de un febrero negro en 2013. Esperando que sea el primero y el último, ha sido el peor febrero de toda mi vida.

Hacía tiempo que un grupo de federales estaba apostado en las afueras del edificio. Sabía que los ataques ocurrirían tarde o temprano, debido a que esa línea de seguridad demostró ser vulnerable. Semanas antes tres agentes fueron asesinados en plena zona centro de un municipio, y a finales del año anterior, se multiplicaron las emboscadas en los hoteles que suelen utilizar como centros de hospedaje.

Cuando me tocó presenciar la primera agresión, una compañera y yo entramos por el acceso al personal que da hacia el ala sur. Sobre la banqueta del frente un grupo de policías se resguardaba en una patrulla. Nos dimos cuenta de que algunos estaban hablando por sus celulares personales y coincidimos en que así era imposible vigilar. Al ver ese tipo de distracción supimos de nuestro grado de fragilidad. Si la gente de los cárteles tenía capacidad para lesionar y matar federales, pues con más razón a nosotros.

Y así fue. Del presentimiento pasamos a la realidad. Un comando ametralló una de las paredes laterales del medio. La acción fue instantánea. De hecho, el ruido de la ráfaga apenas se escuchó en el área de redacción. En la calle algunos de los testigos dijeron que los federales no respondieron. Adentro nos mantuvimos entre asombro y miedo. Seguimos trabajando, pero muy atemorizados y tratando de salir lo más rápido.

Al día siguiente vino la segunda embestida de la serie. Esta vez, por una calle distinta, las balas destrozaron los vidrios de la entrada principal y traspasaron un segundo piso en el interior. Es curioso y paradójico. En esos momentos instructores de la Federal Preventiva impartían al personal un curso para aplicar protocolos de seguridad.

Escribía las notas recopiladas en aquella jornada de trabajo. De repente se escuchó un estruendo, una especie de explosión. Pensé en el estallido de una granada. Me levanté de la silla y quedé paralizada hasta que una compañera me aventó al suelo: “¡Tírate al piso! ¡Nos están disparando! ¡Tírate al piso!”.

El terror se extendió. Pensamos que los agresores se iban a meter y después de eso vendría algo peor. Pero también sabíamos que, si alguno de nosotros llegaba a perder el control, aquello reventaría en histeria generalizada. Recuperamos la calma a pesar de los madrazos. De nuevo nos convertimos en noticia internacional, en historia principal de sección policiaca y protagonistas de nota roja. Al estar en curso la *pelotera* el grupo armado destrozó la fachada del medio, escupiéndole balas por el cañón de unas metralletas *cuerno de chivo*.

Ni 18 horas pasaron cuando surgió la tercera y letal ofensiva. Cubría las órdenes de información; pude enterarme por celular. Había víctimas. La autoridad reportó el fallecimiento de un transeúnte, luego de quedarse atrapado en la línea de fuego. Otro ciudadano y un policía federal resultaron heridos. Los paramédicos atendieron a una mujer embarazada que sufrió una alteración de los nervios.

Era imposible pronosticar cuándo terminaría el asedio. Esa nueva tormenta de plomo se desató después de que en apariencia la peor parte había ocurrido: el secuestro de cinco trabajadores de la empresa. Todos ellos desempeñaban funciones que nada tenían que ver con actividades de información. Daba la impresión de que el mal tiempo se extendería para largo. Nuestra pesadilla empezó el 18 de agosto de 2009, cuando varias personas acribillaron la puerta sur de acceso al personal durante la madrugada.

Y es que en mayo de ese mismo año el homicidio de Eliseo Barrón confirmó que el gremio era un objetivo muy vulnerable. Ello propició un cambio brutal. Estábamos en la mira. Pero ese caso nada más fue el principio. No ha sido la única tragedia que doblegó al periodismo lagunero. La manera en que reportamos ahora es consecuencia del conjunto de golpes que a la prensa regional le han propinado a lo largo de este periodo.

La presión directa ya venía de tiempo atrás. Supimos que un cártel ordenó una cita en las afueras de la ciudad con los reporteros de la fuente policiaca para “leerles la cartilla”. Los propios periodistas que recibieron la amenaza inicial se encargaron de retransmitirla a los demás. “Dijeron quiénes eran, de dónde venían, y que se iba a hacer lo que ellos ordenaran. Sacaron el armamento que transportaban en sus vehículos”, nos confió un colega retirado.

A mí, la verdad, eso se me hizo una medida muy hábil, muy cabrona. Arribó así a La Laguna la primera organización que intervino y metió a la prensa en medio de su guerra por la plaza. A partir de aquel “encuentro”, los integrantes de ese grupo empezaron a controlar

notas, a marcar pautas de contenido, a ordenar encabezados, incluso a definir la extensión y la colocación de los espacios. Esa orden implicaba tanto a impresos de nota roja como en temas de seguridad en los medios de información general.

Los cambios narrativos entraron con calzador. Hubo una instrucción directa para usar o no ciertas palabras. Dejó de utilizarse la denominación de *sicarios*. Ellos la consideran una ofensa. Exigieron que se les mencionara como *civiles armados*. Se acabó el tiempo de redactar evasiones criminales con lugares comunes en los párrafos de cierre: “Al final del tiroteo, los presuntos responsables *huyeron* del lugar”. Cualquier conjugación del verbo *huir* se suprimió, porque desde su punto de vista *huir* es un asunto de cobardes.

Pero lo que sí les molesta un chingo es que se escriba en la nota: “En el lugar murieron *civiles inocentes*”. Más aún, si se trata de una balacera que ellos mismos desatan. Está totalmente proscrito referirse a víctimas colaterales. Desde luego, hacerlo representa para nosotros un suicidio.

Los medios son parte de su estrategia. Un fin de semana respondieron a sus rivales por medio de la prensa, después de un ataque en contra de los asistentes de un bar. Se consignó el hecho. Sin embargo, en la fotografía adjunta mostraron detalles sobre la ejecución de los implicados y un texto de reivindicación escrito sobre el parabrisas de un automóvil.

Desde hace unos años no hay libertad de expresión. Imposible afirmar que ésta es real cuando se le ponen límites. En mi circunstancia la tengo que censurar, porque sé que me van a atacar. Me van a perjudicar. Uno supone que la libertad de expresión está garantizada en un estado de derecho y que el periodismo no debería costarme la vida. Entonces, ¿por qué estoy en riesgo de morir a consecuencia de mi trabajo?

No puedo investigar si alguna autoridad mantiene relación con el narcotráfico, aunque exista gente que lo denuncie. Estoy impedida para decir muchas cosas. Tampoco puedo hablar de libertad de prensa. Eso dejó de existir, al menos como debería ser. O es libertad de expresión y de prensa o no lo es. No hay medias tintas. Así de sencillo. Hay o no y punto final. Ahorita no creo que exista este derecho. Lo que sí existe es mucha simulación.

Durante la crisis que vivimos, resultaba imposible “garantizar” las libertades de expresión y de prensa colocando a un grupo de soldados en los alrededores del medio. Eso no era sinónimo de que nosotros fuéramos a ejercer el periodismo como debíamos hacerlo y

de que así recuperábamos la seguridad. Lo sabíamos. Sí los integrantes de un grupo delictivo ordenaban ir contra nosotros como reporteros, por supuesto que nos iban ajoder.

Creo que, al atacar las instalaciones, el mensaje que los cárteles tratan de enviar es otro. Tiene que ver más con retar a la autoridad y decirle que ellos son más cabrones. Y por ser más cabrones, pueden ir cuantas veces quieran a depositar balazos o a estrellar bombas molotov en el domicilio de cualquier medio de comunicación.

Después de seis años de guerra, en 2013 la situación se volvió más inestable. Si repuntaba la violencia, subía la presencia militar en las calles y la calma regresaba. Al paso de unos días reiniciaba la hostilidad. Llegué a pensar que los ataques de febrero no serían los últimos. La verdad, veía venir otra agresión. En medio de la peor psicosis que haya vivido, solo me preguntaba todos los días cuándo, por qué, cómo y de parte de quién nos recetarían la próxima edición de putazos.

## Javier

Ejercí el periodismo desde el 6 marzo de 1981, fecha en que ingresé a un periodo de servicio social en una estación local de televisión. Cámara al hombro, desde el primer momento realicé coberturas de información. Abrí y cerré un ciclo de contrastes. Cuatro meses después falleció mi padre. Al final del año terminé mi preparatoria y en abril de 1982 conseguí la planta. No más escuela. Soy el mayor de la familia y me encargué de la educación de mis hermanos.

En aquel inicio tuve la oportunidad de reportear con gente de mucha experiencia en la producción de noticias. Eran buenos tiempos, de paz y tranquilidad. Eso se acabó. Transcurría el quinto día de mi secuestro. Un helicóptero de la Policía Federal volaba en círculos sobre el techo de la casa de seguridad. Dimos gracias a dios porque los policías no bajaron a rapel. En el interior pudo desatarse una balacera. “¡Nos van a reventar, pero primero nos llevamos a éstos!”, habrían dicho las gentes que nos vigilaban. Creo que ahí mismo nos hubieran matado.

Lunes 26 de julio de 2010. Entré a trabajar a las 6:30 de la mañana. Recogí el equipo de audio y video que luego utilizamos para los enlaces de la primera emisión del noticiario: Estación de Bomberos, Cruz Roja y reportes de vialidad. Regresé a la empresa y recibí las órdenes de asignación para después salir a trabajar con Lucy, una compañera que estaba por llegar al noveno mes de embarazo, prácticamente a unos días de aliviarse. La cuota de reporteo se enfocó en los ayuntamientos de Gómez Palacio y Lerdo.

Ese día nos llamaron familiares de los internos del Cereso de Gómez Palacio. Había un motín y pedían que se cubriera una manifestación en el perímetro del penal. El caso es que no pudimos ir. Ya era casi mediodía. Para armar la segunda emisión del noticiario se requería entregar notas a más tardar a las 11:30. Tenían que estar editadas y subidas en la computadora. A partir de ahí producción enlistaba los encabezados. Regresamos al canal.

Concluí mi jornada. Marqué salida a la 1:40 de la tarde en el reloj *checador*. Ya estaba fuera de labores. Antes de retirarme fui a tratar un asunto sindical a la oficina de Recursos Humanos. Fue entonces cuando Lucy me dijo: “Oye Javier. Llamaron y necesitan imágenes del Cereso”. Ella estaba redactando. “¿Vas a ir o mandan a otro reportero?”, le pregunté.

“No. Dijeron que fueras tú nada más. Te llevas el micrófono”. Me lancé para grabar imágenes y reportear solo.

La verdad no quería ir. Sí presentía que me podía pasar algo. No sabía exactamente qué, lo que sí era un hecho es que me rondaba el temor. Ni modo. Se trataba de un asunto de trabajo. Nomás tenía el pendiente de pasar a la escuela por uno de mis hijos, sí tenía margen de tiempo. Me subí a un Renault Clío de la empresa y enfilé hacia la cobertura. Eran las 2:05 de la tarde.

El problema en el Cereso se dio porque detuvieron a un grupo de funcionarios y custodios. Llegué al punto del conflicto. Ahí se dispuso de un cerco de seguridad muy grande: soldados, federales, policías estatales y municipales. Vi patrullas, ambulancias y vehículos militares. Más de 300 personas protestaban frente a la malla.

Todavía no empezaba a grabar. Apenas estaba sacando el equipo del carro. Volteé hacia atrás y en eso llegó Alejandro Hernández, colega de Televisa Laguna. Acompañaba a un reportero que venía de la Ciudad de México. “Mira Javier, él es Héctor Gordo, del programa *Punto de partida*. Trabaja con Denise Maerker”, dijo mi colega, a quien apodamos *El Cuerpo*, al hacer el intercambio de presentaciones.

Hacía un buen tiempo que no cubría nota policiaca, pero era necesario emplearse y así se fue prolongando mi cobertura en el Cereso. Todos los elementos de seguridad traían pasamontañas, portaban armas largas. Entraban y salían del penal. Capté imágenes de presos mostrando pancartas desde la azotea de la cárcel. Exigían reinstalar a la directora por considerarla una buena funcionaria. La gente de la manifestación que habló frente a cámara nunca dio la cara. Se cubrían el rostro con las cartulinas utilizadas para enviar los mensajes de protesta.

Uno de los manifestantes sostuvo el micrófono mientras grabé las declaraciones. Registré aspectos generales para ilustrar los testimonios y finalicé la cobertura. Me despedí de Héctor y Alejandro. Ellos siguieron con otras entrevistas. Llamé a la televisora diciéndoles que ya regresaba para editar y enviar el material. No llegué. Sobre un crucero ubicado al norte de Gómez Palacio, me tocó semáforo en rojo.

Esperaba el cambio de luz. Prendí un cigarro. Faltaban como 20 minutos para las 3:00 de la tarde. De repente se me cerró un carro blanco. Descendieron dos chavos armados. “¡Bájate, hijo de tu pinche madre!”. Se me borró el casete. No supe cómo reaccionar. Me

sacaron por el asiento del copiloto y me pasaron al asiento trasero del mismo vehículo que conducía. “¡Agáchate! ¡Y no te levantes, porque te pongo un plomazo!” Me pusieron el cañón de una pistola en la cabeza.

Por el brincoteo me di cuenta de que llegamos a un lugar de terracería. “Ya te traíamos desde antes. Te nos pasaste un semáforo”, dijeron. Enseguida ordenaron subirme la camiseta hasta la cara, y me pusieron en un baldío a cielo abierto. El sol pegaba durísimo. Fácilmente la temperatura superaba los 40 grados. Pasé un buen rato ahí. Unos minutos más tarde escuché las voces de Alejandro y de Héctor. Ellos se quedaron más tiempo en el perímetro del Cereso. A ellos los *levantaron* después que a mí.

Más tarde nos llevaron a la primera casa de seguridad. Solo escuchamos el ruido de una reja al entrar. Subimos por una escalera hasta un segundo piso. Se percibía, se sentía que había más gente. Y sí, posteriormente supimos que secuestraron también a unos oficiales de la AFI. Llegaron a la región para investigar la situación del Cereso. El cuarto donde nos encerraron era pequeño, con piso de tierra y muy caluroso, olía a puros orines y estaba lleno de moyotes.

Los seis permanecimos juntos en ese lugar. “Avisé a nuestros superiores, allá en México, que estamos aquí”, me dijo uno de los agentes. ¿Qué podía hacer yo? Volvimos a probar alimento hasta el martes 27. Lo único que comimos fue una gordita bien picosa. Hasta ahí. Eso y pura agua. Recuerdo que bajo esas condiciones para todo había que pedir permiso: si te querías sentar, levantarte, acostarte. Todo el tiempo nos mantuvieron con los ojos vendados, amarrados de pies y manos. Siempre fue así.

Aunque comimos tantito arroz y carne deshebrada, el frío nos amaneció el miércoles 28. “Los vamos a meter a bañar. Pero si abren los ojos, aquí se quedan. Aquí está el jabón”. Me imagino que juntaron el agua en un tanque de esos de 200 litros. Nos llevaron a un patio al aire libre. Cuando llegó mi turno dejé la ropa en el suelo. Era imposible ver a la persona que me daba las órdenes: “¡Aquí está el agua!”. Luego lanzó el primer *tinazo*. Sentí un golpe de hielo.

El jueves 29 liberaron a Héctor. Salió a cambio de transmitir unas grabaciones y unos videos por la noche en *Punto de partida*. Alejandro y yo supimos de la cancelación del programa hasta después, pero en ese momento seguíamos adentro. La gente que nos retuvo

andaba muy molesta. Quería que se proyectaran sus imágenes. Gracias a Dios no hubo represalias. Ese día nos dieron de comer una pierna de pollo.

El viernes 30 tuvimos una jornada muy difícil. No hubo agua ni alimento. Calculo que por ahí del mediodía ocurrió el incidente. Un helicóptero de la Policía Federal volaba en círculos sobre el techo de la casa de seguridad. Sentía que el rotor sonaba a muy baja altura. Seguíamos con venda en los ojos, atados de pies y manos. Quienes vigilaban se pusieron muy nerviosos: “¡Sí señor! ¡Están encima de nosotros!”, respondían por un radio.

Pensé en muchas cosas. Si se trataba de un rescate, los policías bajarían a rapel en la finca. Pero también surgía la opción de un enfrentamiento, ¿y si eso pasaba? Sin conocer nada de acciones militares, resultaba obvio que esa operación se encontraba comprometida. Dimos gracias a Dios porque no entraron. Pudo desatarse una balacera. El helicóptero se alejó. “¡Nos van a reventar, pero primero nos llevamos a éstos!”, habrían dicho los encargados de la guardia. Creo que al cruzar fuego y darse el tiroteo, ahí mismo nos hubieran matado.

La tarde de ese mismo día, después del sobrevuelo del *Blackhawk*, nos cambiaron de lugar. “No se muevan. Van a venir por ustedes”. Nos encerraron en una casa que tenía unas ventanitas con la manija sellada. En el cuarto no cabía más que una taza de baño y un lavabo. Llevábamos más de un día sin comer ni tomar agua. Nos sentíamos sofocados y débiles; además el dolor de cabeza nos descargaba unas punzadas bien fuertes.

Ya había oscurecido. No se oía ruido alguno. Intentamos escapar. Teníamos mucha sed. Como pudimos, botamos los clavos de una puerta para salir, pero había una más. De ahí provino el rechinido de unas llantas. Seis sujetos se bajaron de una camioneta. Nunca les vimos la cara, porque la luz de un arbotante les pegaba en la espalda. Nos golpearon con una tabla. “¡Qué no valoran su vida!”. A Alejandro le dieron con el filo de la madera en la cabeza.

La deshidratación se hizo insoportable. Terminó la primera serie de tablazos complementada con tubos de PVC y nos amarraron con alambre. Lo torcieron sobre las muñecas, manos hacia atrás. De nuevo al fondo. Sentíamos el dolor en los huesos. “¡No se salgan, porque si no hacen caso los vamos a matar!”. El castigo terminó con otro tablazo en la cabeza para cada quien. Seguíamos sin tomar agua.

Vino la peor parte. “Acabo de escucharlos, Javier. Ya nos van a matar”, me dijo Alejandro. Dimos paso a las bendiciones recíprocas finales y encomendamos a Dios nuestras

familias. Le pregunté a mi Padre Dios: “¿qué hice para estar aquí? ¿Qué hice mal?”. Jamás recibí respuesta. Vi la imagen de Jesucristo, su túnica, sus sandalias. Pero se siente feo sin agua ni alimento. Hasta le dije: “¡Ay Dios mío! Ahora sé lo que es tener sed. Tú que pediste agua en la cruz y te dimos vinagre”.

Noche del viernes 30. Nos cargaron otra vez. Volvieron a movernos de casa. Penúltimo encierro. Había sangre en el piso, sangre en las paredes y pedazos de piel. No había ventanas. Solo la puerta. “Por lo que más quieras, no hemos tomado agua ni probado alimento desde el jueves. Danos tantita agua por favor”, le supliqué a una de esas gentes. Aceptaron. Tuvieron piedad de nosotros y nos dieron botellas de a litro y medio, dos para cada uno. Así como iban, de un solo trago se acabaron. Todavía sufriendo los efectos del tablazo, a *El Cuerpo* le corría desde la cabeza un borbotón de sangre.

Sábado 31 antes del amanecer. “¡Ahorita venimos!” dijo una de las personas que nos metieron a esa casa de piso y paredes manchados de sangre. Dormimos un rato. Volvieron por nosotros. Despertamos cuando se oyó que metían la llave en la cerradura de la puerta. Nos cargaron de nueva cuenta y trasladaron a la última casa de seguridad.

Ahí el piso estaba cubierto de arena y cascajo. “¡No se levanten de ahí! ¡Ahorita vienen por ustedes!”. Salieron y abandonaron la guardia para luego esfumarse. Era el momento de correr y procurar ayuda en la calle. Así, en medio de ese trayecto sin dirección y a oscuras, nos topamos con el comando de policías federales designado para custodiar nuestro regreso a salvo.

Por cuestiones de seguridad mi familia y yo tuvimos que cambiar de domicilio en dos ocasiones. Nunca voy a olvidar lo que uno de mis hijos decía durante esa búsqueda. “A esta casa le falta una buena barrida, falta pintarla, está muy sucia. Pero lo que le falta es lo más importante. Lo más importante es mi papá”. Lo recuerdo siempre, porque el día que me secuestraron pasaría por él a la escuela. Ahora, cada vez que salgo de viaje se queda con pendiente. Es por el trauma. Vive preocupado y cree que no voy a regresar.

¿Por qué continuar? Porque debemos seguir adelante. Si Dios ya nos dio la oportunidad de seguir aquí, hay que seguir adelante, hay que continuar. Les comentaba a los psicólogos que me trataron en México y Torreón: “¿qué hago? ¿Me arrinconan? ¿Me olvido? ¿No tengo ningún trato con la gente que quiero, que me ama? Eso es peor”. Hay gente que se ha muerto de eso. Se olvida. Se seca.

Durante el secuestro llegué a pensar que ya no podría darle un beso a mi familia. Logré ver a mis hijos y a mi esposa hasta el martes 3 de agosto de 2010, cuatro días después de la liberación. Nos reencontramos en el aeropuerto de la Ciudad de México. Se me hizo un vacío en el pecho cuando los abracé y los besé. Lo primero que les dije fue que los quería mucho y que gracias a Dios estábamos bien, juntos de vuelta. Y aquí estoy. Aquí sigo. Siete años, tres meses y 26 días después.

## Joaquín

Al recordar el peor momento por el que ha transitado el periodismo regional, creo que la muerte de Eliseo representó un golpe demoledor para todos. Nos impactó no solo por el hecho en sí mismo, sino por la forma. Lo secuestraron delante de su familia minutos después de llegar a su casa. Haciendo un intento por rescatarlo, supe que la señora forcejeó con los sujetos del grupo armado. “¡No se lo lleven!”, les gritaba.

Horas más tarde, la crueldad del mensaje. Me pareció innecesaria la forma en que apareció el cuerpo. Si yo hubiera sido la víctima, qué más da, a mí con un tiro me habría bastado. No pasó así. Lo hicieron sufrir bastante. Y a pesar de la tortura, hubo evidencia de que *El Cheo* se defendió, aunque finalmente las armas, la fuerza y la superioridad numérica se impusieron.

Por si eso no hubiera sido suficiente, nos dieron un rejonazo más durante el sepelio. Al tiempo de que varios compañeros de la prensa estábamos velando en la funeraria, supimos que habían colgado una manta frente a lo que hoy son los antiguos estudios de Televisa Laguna. Lanzaron una nueva amenaza. “Nosotros no estamos jugando. Pregúntenle a Eliseo Barrón”. Vivíamos la consternación en ese momento y en medio de la pena nos restregaron el dolor.

A pesar de la adversidad, dos colegas de la vieja guardia convocaron a una marcha. Tengo muy presente que muchos de nosotros caminamos al lado de nuestros temores ese día. La manifestación estaba en riesgo, porque buenos y malos la vigilaban. Ese ambiente de intimidación nos hizo prever un posible ataque en algún punto del trayecto entre las instalaciones del periódico y el puente Nazas.

¿Qué factores detonaron este sencillo movimiento? Creo que la rabia y el coraje de ver lo sucedido. El peso de la impotencia te aplasta cuando entiendes que no hay recursos, ni a título personal ni como gremio, para combatir la agresión. No se usaron pancartas. No hubo consignas verbales a cielo abierto. Recurrimos al silencio de una simple leyenda impresa en las camisetas color naranja que se mandaron a hacer. “Esta guerra no es nuestra. Ni un reportero más”.

Una buena cantidad de reporteros se abstuvo de asistir y de tomar la calle para expresar la inconformidad. El miedo se implantó definitivamente dentro del gremio. En 2009

se fijó la línea entre un antes y un después. El homicidio de Eliseo significó el punto de quiebre de la violencia ejercida en contra de los periodistas de la Comarca Lagunera.

El cambio fue drástico pero necesario. La autocensura y la presión limitaron todo principio básico de indagación noticiosa. No investigar, no preguntar. Eso ya no se podía hacer. Mejor copiar y pegar el boletín; mejor publicar sin filtros cualquier información o comunicado oficial.

Nada mejor que hablar de un incidente que viví como ciudadano, pero que “no existió”, para darse cuenta del nivel represión que se ha gestado aquí en los últimos años. Con esa experiencia supe cuál era el tamaño del bloqueo a los accesos de información. Sobre todo respecto de los asuntos policíacos que implicaban enfrentamientos, víctimas y situaciones de riesgo para la población civil.

Un hecho durísimo ocurrió una tarde en que salí a pasear al parque junto a mi familia. De pronto entró a una llamada a mi celular. El número provenía de un colega. “¿Dónde estás?”, me preguntó. Es una persona de confianza y le di mi ubicación sin problema alguno. “No hagas mucho escándalo. Vete a tu casa, porque ahorita hay un ‘gran baile’ en varios puntos. Enciérrate. Es mejor que no salgas”.

Acababa de recibir la alerta de un Código Rojo. *Baile* o *fiesta* son términos que usábamos en ese tiempo delante de los niños para referirnos a balaceras, tiroteos o ejecuciones. Si la referencia indicaba “en grande”, eso quería decir mucho peligro. Vámonos para la casa.

En su fase final, cuentan que el combate se concentró en un sector del municipio, prolongándose nueve horas, según los datos que obtuve con el camarada que llamó para alertarme. Había terminado a eso de las cuatro de la mañana. “Aquello fue una verdadera carnicería”, me dijo.

Entonces, por la mañana fui a la Dirección de Seguridad. Me acerqué con el oficial de partes, diciéndole que iba a consultar información sobre la balacera ocurrida. “No hubo nada”, me respondió. Le dije que por la duración de la batalla, eso no era posible. “Aquí no tenemos reporte de nada. Si quieres, ve a preguntar a la Fiscalía”.

Al llegar con el Ministerio Público, la misma declaración. “No hubo nada. Nosotros no tenemos reporte”. Una señora me dijo que estuvo metida en el hueco del lavadero, porque en la cuadra donde vive se fijó una de las líneas de fuego. Ella no tenía más donde esconderse

que en ese lugar. Ahí metida se pasó la noche. Además, quedaron los impactos en las casas y los carros. Pues resulta que no fue “cierto”. Sin comunicado oficial, esa balacera “nunca existió”.

Luego escribí un texto que le dio vuelta al mundo por la red. La idea esencial fue confirmar lo que pasó esa ocasión, pero con la salvedad de que las autoridades no lo registraron. Y que entonces, ese acontecimiento de violencia solo había sido una maquinación mental. Ante la ausencia del comunicado oficial, se diluye la opción de publicar debido a que no hay manera de corroborar el suceso.

Así se fue conformando esta mecánica *boletín* de reportear: dejar de hacer preguntas y concretarse a reproducir íntegramente la versión oficial. Aquél que osaba preguntar un poquito más, teniendo como base alguna filtración por alguien del medio con un simple “creo que esto viene por aquí”, empezó a tener problemas. La autoridad recurrió cada vez más a la agresión verbal. “¿Y usted por qué anda de hocicón?”, es una de las distintas formas de presión psicológica a las que uno está expuesto.

Entiendo que desde el gobierno se origine esta clase de censura. Pero lo más triste es que hay ocasiones en que el hostigamiento surge de colegas que “pasan línea” a los funcionarios, o que incluso están trabajando “para Dios y para el diablo”. Puedo inferir que hubo una infiltración muy fuerte en el gremio, recién comenzó la disputa entre los grupos hace 10 años. Llegaron a crear sus propias áreas de “comunicación social”.

Normalmente operaban por la noche. La persona encargada de la “vocería” llamaba y soltaba las instrucciones. “Esto sí, esto no”. “A tal tema no le des, a éste otro sí”. “Esa nota ni la toques. No se publica nada”. Eran compañeros laborando en un medio, cumpliendo una doble función en otro frente informativo. Había que acatar la orden.

La infiltración fue el punto de partida de la desconfianza mutua dentro del gremio. Intercambiaba puntos de vista únicamente con un reducido círculo de amigos. De estar bajo sospecha las relaciones con otros colegas, no soltaba el hilo de la comunicación. Primero medía el terreno, dónde estaba pisando, dónde había riesgo, hasta dónde llegaba el límite de una conversación. Acopiaba información y datos, pero no los publicaba. Sabía que eso implicaría un riesgo extra.

En La Laguna el miedo nos agobió a todos. Las charlas en casa incorporaron la narrativa de la guerra como si se tratara de una normalidad. “¿Cuántos muertos hubo ayer?”

¿Sabes cuántas balas dispara una metralleta, y cuántas una pistola nueve milímetros? ¿Supiste que desapareció el vecino?”. Entre los años 2007 y 2013, hablar acerca del terror se volvió parte de la vida cotidiana en esta zona del país donde, debo admitirlo, la violencia se metió hasta la cocina.

## Jorge

El cruce frontal de mi vida con la violencia inició cuando desempeñaba un cargo público y veía un video por internet. La escena era una réplica de los interrogatorios bajo presión que suelen transmitir los islamistas radicales desde Medio Oriente. Lo hacen por sistema. Ya sea para reivindicar su rechazo a la intervención militar del ejército de Estados Unidos en Irak y Afganistán o, incluso, para dirimir las frecuentes rivalidades internas que surgen por alcanzar el poder y mantener el control de una de las zonas más inestables del mundo.

De rodillas, sobre el suelo terregoso de un paraje bordeado por árboles y hierba silvestre, aparecía un hombre identificado como policía municipal. Por detrás, en formación de pinza y portando capuchas negras, dos civiles armados lo encañonaban con rifles de alto rango y alcance.

El oficial presentaba las marcas dejadas por la golpiza que le propinaron en el rostro. Un hilito de sangre se le deslizaba por el oído izquierdo. Vestía uniforme en color azul marino. En la camisola, a la altura del corazón, resaltaban la estrella y el gafete metálico que lo acreditaba como agente de cargo.

A través de esas imágenes colgadas en el Blog del Narco, me fue posible reconocer y confirmar la reaparición del teniente García, haciendo confesiones propias de un testigo presencial. Finalmente, se trataba de un compañero asignado a labores de seguridad pública en un gobierno del que yo también formaba parte.

Él, una agente del escuadrón femenino y un cabo salieron de la comandancia un lunes por la mañana. Durante el día no habían reportado su ubicación. El ruido equivalente a un tallón de gis grueso era la única señal que retornaba desde la patrulla a la sala del radio operador. Jamás volvieron.

Mientras corría el video, una voz masculina lanzaba preguntas detrás de la cámara. Las respuestas revelaron una atrocidad. La declaración del teniente describía la forma en que una organización utilizaba el penal como centro de operaciones. Desde ahí, un grupo de internos salía por las noches para cumplir órdenes de ejecución.

Luego del estallido de la crisis, las fuerzas federales ocuparon la cárcel y detuvieron a directivos de la penitenciaría presuntamente involucrados. Desde mi posición como

funcionario se percibía la posibilidad real de un ataque contra la prensa. Las notas locales reiteraban referencias que podrían derivar en un alto riesgo.

Sobrevino la desgracia. Un comando secuestró a un amigo de muchos años, Alejandro Hernández, *El Cuerpo*, y a Héctor Gordo, un corresponsal de Televisa México. Los abordaron minutos después de registrar imágenes y testimonios en el perímetro del Cereso, acerca de un motín en curso. En otro punto de la ciudad, lo mismo le pasó a Javier Canales, otro buen camarada y periodista de Multimedia.

Lo que siguió fue una semana de contrastes y emociones opuestas. A cambio de liberarlos, la gente que retuvo a los muchachos exigió la transmisión por televisión local de unos videos en los que respondía a sus rivales. Se cumplieron sus exigencias, pero solo Gordo regresó en primera instancia el jueves.

Horas más tarde, ese mismo día, Denisse Maerker suspendió la emisión de *Punto de partida*. La pantalla del Canal 2 fue cubierta con un fondo negro rotulado con el nombre del programa. Reclamó falta de garantías y pidió por el regreso con vida de Alejandro y Javier.

Supe de ellos hasta el sábado 1 de agosto. Habían sobrevivido. Javier se retiró del reportaje por varios meses y finalmente dejó la actividad. Los efectos del secuestro mermaron mucho su salud. Decidió quedarse únicamente como camarógrafo de estudio en la empresa. Sigue trabajando. A *El Cuerpo* no lo he vuelto a ver en persona desde entonces. Él sacó a su familia de La Laguna, pidió y obtuvo el asilo en Estados Unidos.

En medio de una experiencia tan problemática finalizó mi gestión. Apenas tres días después estaba de regreso en la trinchera del periodismo radiofónico. En ese pequeño lapso se abrió una brecha muy amplia entre mi primera y segunda etapa como reportero: la dimensión de la autocensura. Ésta es muy marcada. En esta fase son más frecuentes las recomendaciones —entre sutiles y francamente burdas— sobre el tratamiento de los temas.

Cambió radicalmente el patrón tradicional de los métodos para reportear. Los asuntos se piensan una y otra vez al margen del ámbito, no únicamente el vinculado con la esfera policiaca. Hay una serie de elementos a considerar antes de avanzar un paso. Incluso es necesario visualizar un perfil previo de políticos y personajes públicos sobre quienes pega una ligera sombra de sospecha. El narcotráfico dejó de ser la preocupación única para el periodismo. Ese tipo de “industria” se diversificó y ahora abarca varias facetas.

Es indispensable estar al tanto de cómo se conforman las directivas de ciertos grupos económicos. Hay casos en que, en cuestión de horas, los integrantes de una empresa cambian por completo. En forma inesperada renuncian a su cargo una tarde y a la mañana siguiente la compañía tiene nuevo consejo de administración. Resulta que las personas se retiraron porque recibieron amenazas o presiones con pistola de por medio.

He tenido que evitar coberturas presenciales. Es preferible hacerlas a distancia cuando el entorno da señales de que la “plaza está caliente”. Ante la presencia de contingentes militares o policíacos en comunidades y ejidos aprendí que lo mejor es mantenerme alejado. Pienso en las reacciones latentes de agresión. De inicio pienso en que hoy los periodistas somos monedas de cambio frente a una situación que apremie al crimen organizado y nuestra vida, justo al centro, va y viene en forma de péndulo.

Resulta complicado percibir o detectar dónde opera una estructura de gobierno paralelo. Fui víctima de una detención injustificada. Un grupo de policías me agredió por el solo hecho de recabar un sondeo sobre las omisiones cometidas por un agente de tránsito en la vía pública. Me mantuvieron sometido a lo largo de dos cuadras hasta llegar al interior de la patrulla. Libré la situación con una llamada de emergencia.

Con todo, mi peor experiencia ocurrió mientras desahogaba pendientes como funcionario público en 2010. Un comando llegó hasta la Dirección de Seguridad Pública y abrió fuego en contra del edificio. Esa secuencia múltiple de balazos rebotando en las paredes traseras de la oficina representó un amargo despertar a la realidad. Supe, al abrir finalmente los ojos, que la exposición al peligro en esta región escaló a rango de muerte.

Esa balacera y el interrogatorio letal que explotó en la red hace más de siete años me marcaron para siempre. Tal y como pasó en el momento de la transmisión del video, aún tengo presente la mirada perdida de aquel agente, de aquel oficial de policía hincado en línea de ejecución. Un destello rayó el infrarrojo de la cámara al finalizar la secuencia. Imposible olvidar cómo un tiro a boca de jarro reventó la cabeza del teniente García.

## Leonor

El ciclo de formación en la universidad terminó y al poco tiempo me integré como reportera a un sistema radiofónico de noticiarios. Esa condición de novatez propició que buscara y consiguiera, sin medir el nivel de riesgo, una entrevista con el jefe de la Unidad Antisecuestros. Al final acordamos seguir en contacto, pero días después de su desaparición solo pude volverlo a ver en un video que colgaron en YouTube. “Esto se va a poner peor”, me advirtió.

A partir de 2007 La Laguna se convirtió en escenario de un fenómeno de violencia inédita. Fue el tiempo en que empezaron los ataques con explosivos a las corporaciones de seguridad y surgían enfrentamientos a balazos entre taxistas. A mediados de mayo la hostilidad escaló cuando un comando intentó ejecutar a uno de los empresarios más poderosos. La lucha por controlar la plaza se intensificaba.

La agenda de información policiaca determinada por el narcotráfico aún era muy confusa en aquel periodo. Aunque no había posibilidad de profundizar, en la estación sí existía un interés por tener un pulso más exacto de lo que ocurría. Buscábamos una referencia confiable. Así, *El Comandante* encabezaba una agrupación táctica formada en la década de los noventa para contener a las bandas de secuestradores que operaban dentro de la región.

En verdad no sabía ni quién era al momento de recibir la orden de conversar con él. Los antecedentes disponibles me indicaron que se trataba del titular de la Unidad Antisecuestros, una persona de difícil acceso, aunque muy respetada en los temas de seguridad. “Te encargas de conseguirme la entrevista y si no lo haces, mejor no regreses”, me dijo el jefe de información. Lo asumí como una especie de juego, como una broma para probar mi trabajo de reportera.

Acepto que me colocaron en una disyuntiva. La encomienda representaba un reto y también, por mi parte, implicaba una excesiva carga de inocencia al aceptar. Sin embargo, decidí cumplir con la instrucción. Salí de la oficina y llegué hasta la dirección del lugar. Frente al domicilio, una casa de seguridad, busqué la sombra de un árbol y ahí permanecí con gafete colgado al cuello. Tenía mucho miedo de tocar la puerta porque pensé que jamás la abrirían.

Esperé bastante. Pasaron más de dos horas. Mi apuesta fue muy sencilla: me presentaría y solicitaría acceso en el momento en que algún vehículo se asomara por el portón de la cochera. La llave sería poner por delante la identificación del medio y preguntar por *El Comandante*. “¿Quiere una entrevista con el jefe?”, preguntó el vigilante. Segundos más tarde: “Pásele, señorita”. Una voz por el intercomunicador autorizó la entrada.

Tengo que ser honesta. Siempre he creído que mi apariencia facilitó en gran medida el cruce de esa aduana. Apenas empezaba, entonces sí era posible proyectar la imagen de una chava inexperta, dando sus primeros pasos en la profesión. Este factor permitió, incluso, dar la impresión de ser alguien inocente, insignificante, por qué no decirlo. Eso pensaron, tal vez, quienes me abrieron paso. Al fin y al cabo, qué tanto podría preguntar alguien como yo.

Caminé por el pasillo que conducía a la oficina, pero *El Comandante* avanzó primero y salió a encontrarme. Su perfil no correspondía al de un alto mando policiaco especializado en la contención del secuestro. Calculo que tendría alrededor de 60 años, alto, canoso, de piel blanca y rostro amigable. Nunca lo olvidaré. Al tiempo de dirigirse a mí, ese agente corpulento y maduro sostenía en brazos a un perrito chihuahueño al que le acariciaba el lomo.

Al entrar a su oficina pude ver que tenía recortes de periódico y fotografías sobre el escritorio. Todo el material estaba relacionado con incidentes de violencia. Lo empecé a entrevistar. Le dije que realizaba un trabajo sobre el tema de la drogadicción en los jóvenes. Es decir, una temática escolar. Tenía que hacerlo así porque no podía llegar con alguien como él y preguntarle de golpe sobre asuntos de crimen organizado.

Hablábamos de que los chavos tendían a drogarse cada vez más. En ese punto de la conversación expresó un discurso bastante *moralino* acerca de las adicciones y de cómo influye el uso de sustancias en la salud de los jóvenes. Dijo estar muy preocupado. “El consumo va en aumento. La iniciación empieza a menor edad. Los muchachos y sus familias sufren demasiado”. Comentó que los orígenes de su grupo también tenían que ver con esa problemática.

Llegó la oportunidad de preguntarle si había una relación entre los cárteles y los niveles de inseguridad. El gobierno local insistía en la inexistencia del vínculo, por lo tanto el caos solo parecía una especie de generación espontánea, tal y como ocurre en el *Ensayo sobre la ceguera* de Saramago. Un día todos amanecieron ciegos y en la Comarca pasó que,

de súbito, la gente se mataba, ¿por qué? No se sabe, pero un día todos empezaron a matarse entre sí.

La declaración fue directa. No hubo rodeos. “Esto se va a poner peor. Va para más. Apenas estamos en el inicio. Se están enfrentando grupos criminales y no tenemos la fuerza pública necesaria para detenerlos. Hay una pelea por la plaza”. Obviamente se trataba de un tema muy delicado. Sugirió que no mencionara su nombre en la nota. “No quiero aparecer, señorita”. Nos despedimos. Acordamos mantener la comunicación. Percibí la escala del riesgo. Tenía que salir de ese lugar ya.

Regresé a la redacción. Al principio el jefe de información no creía que conseguí la entrevista. “Esto está muy fuerte, pero es valioso. Hay que sacarlo al aire”. Era la primera vez que un funcionario del área de seguridad confirmaba que la violencia criminal en la región procedía de una disputa por el territorio. “Un alto funcionario policiaco reconoce que hay una disputa por la región y que la situación de violencia se agudizará”, se escuchó en el noticiero. Por medio de un efecto de audio distorsionamos la voz de nuestra fuente.

Desconozco cuántos días pasaron, pero una mañana el coordinador de reporteros me dijo: “¿Ya viste? Creo que fuiste la última persona que lo entrevistó”. Luego de la desaparición del entonces jefe de la Unidad Antisecuestros solo se supo hasta que colgaron un video en la red. Tenía moretones en la cara; venda en los ojos.

Ver a esa persona en una condición tan vulnerable fue muy impactante para mí. Recordé aquel día en la casa donde lo entrevisté. “Usted llámeme. Cuente conmigo, yo le echo la mano cuando guste”. Volvieron a mi mente las escenas del trayecto entre el pasillo y la oficina: los hombres de negro, los guardaespaldas, la entrada-salida de camionetas, los sonidos entrecortados de las comunicaciones de ida y vuelta por los radios portátiles.

Él no ha regresado desde el lunes 14 de mayo de 2007, fecha en que un comando lo retuvo en el estacionamiento de un restaurante y se lo llevó. Mercedes, su esposa, publicó un desplegado el jueves 17 y el domingo 20. La señora dirigió el mensaje a la virgen de Guadalupe y a las personas que privaron de la libertad a su marido. “Les suplico, les ruego que me regresen a mi esposo. Por favor, no lo lastimen”. La búsqueda familiar prosigue.

Dicen que somos lo que decimos. Al saber que alguien como *El Comandante* dijo que la situación se pondría peor y ver que él mismo era ya una víctima, me di cuenta de que si al jefe de un grupo antisecuestros le habían pegado así, ¿qué nos podría pasar a nosotros? Ése

era el enfoque. Si una estructura criminal rapta y desaparece a un funcionario élite del área de seguridad, ¿qué podría esperar un ciudadano común?

Me alejé del medio periodístico hace unos años. Solo por ablandarme, alguna vez un ministerio público esparció sobre su escritorio las fotografías de una serie de homicidios. “¿Quieres dejar de preguntar? Porque si quieres saber más, ahí tienes la respuesta”. Mensajes de esta clase marcaron mis límites. Así recuerdo ahora aquella época, después de todo este tiempo. Entré en zona de fastidio. No más. Del miedo transité a la parálisis.

## Lizeth

Recuerdo perfectamente la forma en que nos pegó el secuestro de Alejandro Hernández y de Héctor Gordo a en julio de 2010. Entonces, al igual que Alejandro, trabajaba para Televisa Laguna. Hacía funciones de conducción que complementaba con un turno dedicado a reportear. Lo empezaba a las dos de la tarde y concluía a las nueve de la noche.

Esa jornada fue distinta a las demás. Desde que la inicié, percibí un ánimo muy tenso en el área de redacción. Dos reporteros de la empresa traían pintado el miedo hasta en la cara. Platicamos acerca del motín. Ellos hicieron la cobertura luego de los primeros minutos de haber transcurrido. Acababan de regresar al canal.

Tengo muy presente lo que comentaron. Al momento de reportear se sintieron acosados por algunas personas que se encontraban en el sitio. Les aplicaron marcaje personal. Estaban al pendiente de cada cosa que hacían o preguntaban. Incluso, quisieron imponer pauta en la nota. Para mí estaba claro: abstenerse de ir esa tarde. “El material ya está completo. Es mejor que no vayas. Esa onda está muy extraña”, me advirtieron.

Por medio de un video transmitido en internet días antes, se supo que dentro de la prisión operaba un grupo delictivo, presuntamente relacionado con ataques cometidos en bares y centros nocturnos. La PGR detuvo a funcionarios del penal. Varios de los reclusos lo tomaron, en protesta por las aprehensiones que se hicieron.

En eso estábamos cuando salió en la plática el hecho de que Alejandro tuvo que acompañar a Héctor Gordo, reportero del programa *Punto de partida*. El caso es que ocurrió así porque el camarógrafo enviado desde la Ciudad de México tuvo problemas con el horario del vuelo. No alcanzaría a llegar a tiempo al aeropuerto. Dentro de la emisión de esa semana, Denisse Maerker abordaría el tema a nivel nacional.

Llegó la hora de salir a trabajar. La primera orden indicaba justamente regresar al penal. Para ese momento ya se hablaba de la muerte de una celadora en el interior. Al principio me rehúse a cubrir la nota. Estaba consciente del grado de inseguridad en la zona. Había mucho peligro.

Terminé aceptando la instrucción que se me dio. *Charly* tomó la cámara y emprendimos el trayecto. Llegando al penal vi a Héctor y a Alejandro. Solo alcancé a saludarlos de lejos. En esos momentos ya iban de salida. Los vi arrancar en el vehículo y

pensé en pedirles las imágenes que traían. Es decir, hacer trampa y largarme de inmediato. No se pudo.

Vi salir del Cereso a una camioneta del Servicio Médico Forense. Le propuse a *Charly* que grabáramos esos aspectos. Y fue cuestión de minutos lo que nos tardamos en captar las imágenes, pensando en alcanzar a los compañeros. Era corta la distancia que había entre su carro y el nuestro. En la retirada, se me hizo raro que ya no los viéramos. Dejamos pendientes otras órdenes de información. Nos ordenaron, por teléfono, regresar a la televisora.

Ahí empezó la parte más dura de este drama. La primera noticia fue que un camarógrafo de Multimedia estaba desaparecido desde las dos de la tarde. Luego nos dimos cuenta de que ni Héctor ni *Alex* llegaron a la redacción. Empezamos a hacer las llamadas a sus radios y celulares. Jamás contestaron. Los secuestradores se comunicarían más tarde.

Por fortuna los chavos estaban vivos. Tuvieron la oportunidad de hablar con algunos de los jefes, entre ellos el director general. Supimos de la situación. Quienes llevaron a cabo el plagio pusieron las condiciones de lo que se debería hacer si es que pretendíamos el regreso de nuestros colegas.

Mi peor experiencia, y quizá lo más fuerte de todo esto, fue saber el peligro en que estuve. Y que por un tiro de suerte, azares del destino o bien cuestión de minutos, mi camarógrafo y yo nos encontrábamos a salvo. Al estar de regreso, hubiéramos enfrentado una encrucijada de terror: uno, de alcanzar a Héctor y a Alejandro en el carro, habríamos visto cómo se los llevaban. Dos: junto con ellos, la posibilidad de habernos convertido en víctimas del secuestro.

La exigencia del grupo es algo que nunca voy a olvidar. Era la conductora del noticiero de la tarde. Al día siguiente del rapto, me obligaron a transmitir videos bastante fuertes en contra de una organización. Encañonados en la cabeza, un hombre y una mujer dijeron que algunos funcionarios sostenían vínculos con el crimen organizado. Después de terminar el programa tuve que encerrarme en casa. La verdad, el miedo me impidió salir a la calle para reportear.

Saber que un amigo con quien compartí tardes de trabajo estaba ausente y pensar en su familia, me obligaba a considerar si valía la pena un trabajo como el de periodista. ¿Poner en riesgo mi propia vida y la de mi familia? La cabeza me daba vueltas. ¿Volverían o no a su casa los muchachos? ¿Los volveríamos a ver vivos? Creo que las esperanzas crecieron

después de haber visto llegar a Héctor Gordo a la redacción. Tomó un taxi que lo dejó frente a las instalaciones. El detalle es que dos reporteros continuaban en cautiverio.

Alejandro Hernández y Javier Canales regresaron con vida, luego de haber sido secuestrados entre los días 26 y 31 de julio de 2010. La controversia marcó este caso, debido a las dudas que surgieron por la forma en que se dio la liberación. Qué más da. Como haya sido, lo importante es que pudieron regresar con vida.

Cuando al fin terminó todo esto nada volvió a ser igual. Después del secuestro de los muchachos, al menos en mi caso, pude entender que uno como periodista tiende a perder su lado humano. Se nos olvida que no somos más que un mortal con familia que cuidar. Valoras más las cosas y decides no arriesgarte tanto, aplicar la autocensura cuando sabes que algo no debe decirse. A pesar de todo, seguí haciendo mi trabajo con el gusto de siempre. Aun así, me mantuve reportando durante más de un año.

Hacer periodismo en La Laguna resulta complicado cuando te das cuenta de que no solo tus jefes directos te dan órdenes para manejar la información. También debes desarrollar el criterio para medir qué le gustará o molestará a cada uno de los grupos rivales.

Creo que el periodismo no es cosa de héroes. Es una profesión en la que, como en todas, existen riesgos. En la situación de violencia actual es necesario aprender a cuidarte. Saber hasta dónde llegar. Construir al vuelo un instinto de supervivencia.

Hace cinco años me retiré del medio. Para ser sincera, haberme desempeñado como periodista de nota roja resultó frustrante. No siempre pude ser objetiva o no siempre publiqué los datos precisos. Ni modo. La intención era evitar complicaciones que pusieran en peligro mi integridad y la vida de mi familia.

## Lucrecia

Desempeñé mi actividad periodística desde finales de los noventa y la concluí hace tres años. Al recordar 2013, pienso que haber formado parte de un medio, cuyo personal e instalaciones fueron el blanco de ataques múltiples y recurrentes, te coloca en una situación límite. ¿Cómo pensar bajo esas condiciones? ¿De qué manera puedo crear contenidos? ¿Qué opciones me quedan para producir información? Llegué al punto en me daba miedo hasta de ir a trabajar.

La línea de inseguridad se extendió a partir del primer atentado en contra del edificio del periódico en 2009. En esa ocasión estrellaron una bomba molotov sobre la puerta de acceso del personal. El mensaje era claro: presionar el criterio editorial relacionado con las notas policíacas. En aquel tiempo, imposible imaginar que irían por cualquiera de nosotros. Cuatro años después éramos el objetivo de una cacería indiscriminada.

En la fecha que secuestraron a mis compañeros cubrí un descanso. Por ese motivo postergué el contacto con mis fuentes para una mejor oportunidad. No salí a reportear, aunque, de hecho, tampoco me tocaba permanecer en la redacción durante el turno nocturno. Fue una jornada que transcurrió dentro de lo normal.

Hice pausa por espacio de algunos minutos. Salí a comprar algo de comida a un Seven Eleven que recién inauguraron. Está a dos cuadras de la empresa. La calle, desierta. En general, así se encuentra esa parte del centro de la ciudad cuando oscurece. Ya en la tienda, me decidí por galletas, fruta y cafecito. Pagué. “¿No te da miedo andar aquí?”, le pregunté al muchacho que me atendió en caja. Sonrió. “Es parte de la chamba, señorita”.

De vuelta al trabajo sentí cómo el ambiente empezó a enrarecerse. Luego de haberme reinstalado en mi lugar surgió un movimiento inusual. La tensión se metió por debajo de la puerta. Alfredo, el reportero de la policíaca entraba y salía. Lo percibí muy nervioso, fuera de control. A la distancia me pareció muy extraño su comportamiento, “¿pues qué le pasa?”, pensé. Dejé de ponerle atención. Lo que quería era terminar ya.

“¿Dónde están los muchachos?”, preguntó por dos compañeros asignados a los departamentos de sistemas y de internet. Gerardo y Ramiro tenían por costumbre salirse un rato para “tomar aire” o irse al súper. Marcamos a sus celulares, pero timbraron en la oficina. Fue entonces que Alfredo confirmó el presentimiento: un grupo los abordó y se los llevó cuando se dirigían al Seven, el mismo establecimiento al que acudí minutos antes.

Decidimos llamar a los jefes. Sin embargo, no hubo manera de establecer comunicación. La tensión repuntó. Uno de los editores sugirió que apresuráramos el cierre. “Hay que acabar todo, pero ya”. En lo único que pensé fue en terminar como fuera y alejarme de inmediato del perímetro del periódico. Ahí mismo nos estaban cazando.

Pero ese reporte inicial representó solo eso, la versión previa de un múltiple secuestro. Alfredo mantenía conversación con sus fuentes policiacas. Antes de las 11, le notificaron el siguiente golpe. “Me comentan que *levantaron* a otro compañero”.

Se trataba de Manuel, un chavo de la empresa que tenía a su cargo el diseño de publicaciones especiales. La serie implicó a dos personas más, ambas de un área administrativa: Alberto y Paty. Sabíamos de antemano que éramos vulnerables, pero a ese grado no había modo de reaccionar. Entonces sí me pegó el susto.

La pregunta, para quienes permanecimos en la redacción durante el incidente, era obvia y a la vez incontestable: ¿qué vamos a hacer? No podíamos hacer nada. Únicamente esperar noticias. Entramos en fase de una psicosis grupal. ¿Qué nos quedaba por hacer si estábamos cercados? ¿Y si se comunican, que demandarán los secuestradores? ¿Y si iban por alguien más, quién sería la próxima víctima? Teníamos una certeza irrefutable: cualquiera de nosotros.

Por lo pronto, y aunque parecía un contrasentido, permanecer dentro del periódico era lo menos riesgoso. Uno de los directivos llegó antes de medianoche. Habló con el grupo y preguntó si nos quedaríamos. “Los pueden acompañar hasta su casa”. “¿Y quién nos va a llevar?”, le pregunté. “Un grupo de policías”. Entonces no. Me abstuve. La opción suponía un peligro, porque esa gente nos ubicaría fácilmente. La escolta implicaba algo peor.

La tensión era muy fuerte. Creíamos que a nuestros compañeros les podía pasar de todo. Alfredo se quebró. Ya no pudo soportar la presión y se puso a llorar. Estaba destrozado. “¡Es que ya me imagino lo que lo que les están haciendo!” Le sugerí que no lo decretara. Volví a la carga y remarqué el punto: “¡Pero no lo digas, güey!”. Él sabía cómo los podrían lesionar, yo no. La verdad es que ocurría algo muy grave, y al mismo tiempo quería creer que eso no estaba pasando. Al ver en tal situación al colega de la fuente policiaca, escalé del miedo al pánico.

Transcurrieron cinco horas desde que tuvimos la primera información relacionada con los cinco secuestros en fila. Al no haber noticia de nuestros compañeros la incertidumbre

iba creciendo. Estábamos muy cansados. El reloj de la oficina marcó la 1:45 de la mañana. Queríamos dormir. “¡Llegaron los muchachos!”, dijo un vigilante. Los recibimos en medio del contingente de policías que saturó el patio de servicio.

Por fin los vimos de nuevo. Los liberaron debajo de un puente. Como pudieron, se subieron a un taxi y regresaron al periódico. Durante los abrazos hubo emociones contradictorias. El ánimo de alegría se desbordó en lágrimas. También brotaron los lamentos originados por la agresión. “Anda, solo te pido que no me aprietes muy fuerte”, dijo Manuel cuando traté de ayudarlo a caminar.

Gerardo pidió que lo recostáramos en uno de los sillones del recibidor del área de redacción. “¿Saben qué? Mejor, no. Me duele mucho la espalda”. Alberto logró sentarse con cierta dificultad.

Paty, Manuel y Alberto renunciaron. De hecho, con ellos también se fueron otras personas que ocupaban puestos en ventas y comercialización. Surgió una gran inconformidad por parte de los trabajadores. Solo Ramiro y Gerardo continuaron, aunque nada más por unos meses. Así, el riesgo se extendió a todos los departamentos.

Era de suponerse que el trauma vivido entre la noche del jueves 7 y la madrugada del viernes 8 de febrero de aquel terrible 2013 sería suficiente. El respiro solo duró un fin de semana. Por la tarde de los días lunes 11, martes 12 y miércoles 13, comandos de una organización delictiva atacaron a balazos los flancos norte y sur del edificio. El último tiroteo impactó en cristales y paredes de la entrada principal.

A más cuatro años de los atentados y viviendo actualmente fuera de la región, puedo concluir que los periodistas estamos solos. La única defensa a la que aspiramos reside exclusivamente en nosotros. Me aterra saber que si me hubiera tardado más en ir al Seven Eleven habría sido una de las víctimas aquella noche del secuestro múltiple. A pesar de todo el tiempo que ha pasado, creo que permanecen las secuelas del estrés que impone todo cordón militar instalado en las afueras de tu centro de trabajo, el cual duró casi 90 días. En ese entorno, salir a reportear significaba una exposición letal. Cruzar la puerta de entrada al periódico alcanzó el nivel de un riesgo de muerte.

## Mariana

A mí me secuestraron a mediados del año 2007, mientras reporteaba imágenes y testimonios sobre el problema de la contaminación por basura en La Laguna. Dos horas estuve retenida. Recuerdo que era fin de semana, a un día de conmemorar la Libertad de Expresión. Una vez tras otra: “¿Quién eres tú? ¿Quién te mandó? ¿Qué chingaos andas haciendo aquí?”, preguntó durante el interrogatorio el líder del grupo que me raptó.

Para esa época, el número de ejecuciones era cada vez más frecuente y dejó de ser novedad dejar cadáveres en el lecho seco del río Nazas, la línea fronteriza entre Coahuila y Durango. Me encontraba al margen de las coberturas fijas de nota roja, pero ya era más palpable la sensación de inseguridad por el aumento en los niveles de violencia.

El día que me llevaron hice equipo con Ana, amiga y colega de la empresa. La acompañé en su recorrido por las fuentes que tenía asignadas en otro municipio. Debido a una falla su cámara dejó de funcionar y entonces usamos la mía para recopilar el material de archivo en conjunto. Ana traía cobertura policiaca; por razones obvias registramos rostros de personas detenidas.

De regreso al medio le comenté que necesitaba tomar más fotos, así que fuimos a una zona de la ciudad donde son constantes los reclamos por la presencia de basura a cielo abierto. Ninguna de las dos conocíamos bien el lugar. Ubicamos una parte que nos llamó la atención. Sin detener el carro, Ana bajó la ventanilla y captó algunos aspectos. “Me bajaré para que salgan mejor”. Ella hizo tomas generales del barrio.

Ni dos minutos pasaron cuando llegó un sujeto, delgado él. Portaba un gafete de identificación presuntamente expedido por la Presidencia Municipal, y lo acreditaba como trabajador de la empresa privada que se hace cargo del servicio de limpieza. Pensé que sería viable entrevistarlo y saber su opinión. Nada qué ver. Llegó gritándonos en un plan bien agresivo. “¡Por qué están tomando fotografías! ¡De dónde son!”.

De súbito apareció un grupo de entre ocho y 12 personas. A mi amiga le quitaron la cámara. Me bajé del vehículo intentando recuperarla y reclamándole al tipo que nos interceptó al principio: “¡y tú quién eres para portarte así!”; le grité. De nada sirvió, porque más gente empezó a llegar. Nos rodearon.

Uno de ellos traía pistola. Salir en reversa era imposible, porque nos entramparon en un callejón. Varios taxistas formaron otra línea de bloqueo. Un chavo de unos 25 años sostenía comunicación por radio con quien dictaba las órdenes desde otro punto de la colonia: “¡Vas pa’ arriba!”, me dijo.

Dos de los tipos que nos rodearon me agarraron de los brazos. Subimos por una pendiente. Me cargaron al vuelo. En ciertas partes del trayecto mis pies no tocaban el piso. En otras, por el arrastre, las rodillas rasparon la tierra. Era un sendero lleno de piedras con hierbas a cada lado. Iba forcejeando con ellos. A mi compañera Ana le aplicaron un cerco. “¡Suéltenla! ¡A dónde se la llevan!”, alcancé a escuchar que les gritó.

En el camino había dos casas. Vi a unas señoras que se asomaban por la ventana para ver el movimiento que se hizo. Entré en pánico y les gritaba: “¡ayúdenme! ¡Nada más vine por mi cámara! ¡No sé quiénes son estas personas!”. No me hicieron caso. Fue impresionante. A pesar de estar viendo la situación, ellas no reaccionaron. Se hicieron de la vista gorda y guardaron silencio.

Llegamos hasta un pasillo. A lo lejos vi que un hombre se asomó. En ese momento él ya tenía la cámara en su poder. Dio la señal para que yo subiera. Uno de los sujetos me empujó. Al otro lo tenía de frente y estaba armado. Ni para donde correr. De cualquier forman no sabía ni dónde estaba. Ni cómo decir que no.

El líder se encontraba dentro de un cuarto en obra negra, acompañado por una mujer. Al entrar, le ordenó que se fuera y nos dejara solos. Pensé en lo peor. Dijo que me sentara sobre una piedra. De inicio, no se portó agresivo. Tenía mi identificación del trabajo y el gafete de prensa. Comenzó a ver las fotografías y vino la ráfaga de preguntas.

“¿Quién eres tú? ¿Quién te mandó? ¿Qué chingaos andas haciendo aquí?”, le respondí lo mismo: “estoy trabajando en un reportaje sobre la basura y desconozco el lugar”. “¿Eres de aquí?”, siguió interrogándome. “Mire, la verdad no, y no quiero ni saber en dónde estoy”, le contesté. Insistí en que solo fuimos a tomar fotografías para un tema de contaminación.

El tipo estaba revisando los archivos. Lamentablemente, vio las imágenes de los detenidos que había captado en la cobertura del día. Eso le molestó bastante. Pensó que no le dije la verdad. “¿Quiénes son esos güeyes? ¿De dónde son?”. Entonces volví a explicar los detalles de todo el material.

La mujer que lo acompañaba irrumpió en el cuarto. “Aquella *ruca* está haciendo un chingo de escándalo. No deja de gritar”. Él también mandó traer a Anita. Traté de evitar que eso sucediera y por fortuna así fue. “¡Está gritando porque no sabe dónde estoy! ¡No sabe si estoy bien!”. Empezaron los jalones, reclamos y empujones. “¿Y a ti quién chingaos te dio permiso de hablar?”, recriminó mi atrevimiento.

Al final ordenó que me fuera. “Te vas a ir por el mismo lado que llegaste. Pobre de ti si te vas por otra parte. Te llevas a tu compañera”. Aventó mi cámara, la recogí y me la colgué al cuello. “¡Ya lárgate a la chingada de aquí! ¡Te vas, pero les dices a los güeyes del periódico que le paren a su pinche pedo!”. El recado iba dirigido para otro medio de la región, al que le recriminaba su forma de presentar las noticias.

Recuerdo el semblante de las personas que me vieron bajar, asombradas al ver que había salido con vida. Pudimos regresar a la redacción solo hasta rebasar el punto que nos marcaron para quedar libres. Mi jefa se comunicó por teléfono en ese lapso. “¿Qué pasó? ¿Cómo estás?”. Permanecía en estado de shock. Apenas contesté por medio de un sí o un no a sus demás preguntas.

Ya en la oficina, Ana y yo descargamos la segunda parte de la crisis nerviosa, llorando, sacando el estrés. Llamaron a un grupo de socorristas de la Cruz Roja. Nos atendieron y revisaron signos vitales. Mi jefa seguía con la duda. “¿Qué te preguntaron? ¿Qué te pasó? ¿Qué te hicieron? ¿Te dijeron algo? ¿Algún mensaje?”. No me quedó claro.

“Mañana no se presentan a trabajar. Descansen”, dijo el encargado de personal. Al día siguiente nos llamaron. Pensamos que tal vez sería una convocatoria para tratar el tema. Llegamos con esa idea, pero nos topamos con un banquete por el día de la Libertad de Expresión. ¿Un brindis? De nuestro asunto jamás se habló después. Fue como darle vuelta a la página. Ni la jefa ni el director volvieron a preguntar sobre nuestro incidente.

Dejé ese periódico. Luego cubrí fuente policiaca para otra empresa, donde también tuve dificultades. En una ocasión tuve que llegar a mi casa escoltada por policías. Poco después atacaron las instalaciones de la fuente cuando reportaba el parte del día. De redacción me llamaron para preguntar si tenía los datos. Todavía a ras de suelo contesté que sí. “Ahí te encargo porque tu nota va de portada”. No me quejo. Era mi trabajo.

Ahora estoy en otra etapa de vida profesional y retirada del medio. Siento que nos faltó mucha preparación. No nos entrenaron para trabajar en medio de esa guerra y mi mayor

lección fue aprender a guardar silencio. Después de 10 años, pienso en eso cada vez que recuerdo mi secuestro. Sobre todo, el momento en que me liberaron, cuando di vuelta y empecé a retornar. La verdad, nada más contaba los pasos. Creí que me iban a disparar por la espalda. Sirvieron las súplicas de mi madre a San Benito, un santo que ayuda a las personas cuando éstas corren peligro. En aquel instante, en realidad solo esperaba escuchar el tiro, cerrar los ojos y desplomarme en el suelo.

## Rodolfo

Aprendí una gran lección en la época en que me desempeñé como reportero y estalló la guerra por La Laguna en 2007: uno sabe que puede perder la vida cuando asimila el tipo intimidación al que está expuesto. Primero aparece el mensaje de las armas. Así empieza. Luego viene la violencia desmedida y finalmente llega la inyección personal del miedo. “¿Quieres un pedacito de panteón?”, me dijo alguna vez un sujeto vestido de policía.

En esa ocasión vi que una patrulla atropelló a una señora. El camarógrafo y yo nos bajamos del carro para grabar y hacer la nota del accidente. Parecía una cobertura de rutina. Nada. Resulta que los agentes que la atropellaron trabajaban para un cártel y viajaban en una unidad clonada, un vehículo pintado como patrulla. No hubo gafetes, no hubo identificaciones. “¡Vas a morirte, güey! ¡Te vamos a matar!”, escuché por el intercomunicador de radio.

Jamás volví a seguir en campo un vehículo perteneciente a una corporación de seguridad. Aquel día, por hacerlo, recibí dos amenazas de muerte en menos de un minuto. La oferta inicial directa me prometía un terreno en el cementerio. Después a control remoto vino la reiteración de la sentencia. Para el caso daba igual. Esas personas se especializan en sembrar el terror por consigna.

Hasta eso. Tuve suerte. La peor experiencia que me ocurrió durante ese periodo tan triste y violento subió solo al grado de advertencia verbal. Sin embargo, hubo incidentes muy graves que tampoco se hicieron públicos. Se sabe de colegas que enfrentaron situaciones mucho más difíciles. Los ablandaron a golpes, los madrearon a tablazos. Y hasta fueron víctimas de secuestro durante horas y días.

La inseguridad llegó a tal extremo, que nos forzó a un repliegue total a principios de 2013. El medio canceló coberturas presenciales por cinco meses. Reiniciamos gradualmente, porque las circunstancias se volvieron sumamente hostiles. Tuvimos casos de municipios en que el ejército asumió funciones de seguridad pública: sin policías, sin tránsitos, sin cárcel. La ley y la autoridad locales desaparecieron.

Por tal razón, fue que desde febrero ocurrió algo insólito en la zona conurbada. Debido a la falta de condiciones para reportear, cruzar de un Estado a otro representó la única opción para distintos actores sociales y funcionarios públicos. Solo así se pudo pactar la

atención de los medios. El mundo de cabeza. La problemática obligó a las fuentes a ir al sitio determinado por el reportero, como si el reportero se asumiera como fuente y viceversa.

La forma de reportear cambió. Antes llegaba a la Fiscalía y había acceso al área de servicios forenses, platicaba con los peritos, entrevistaba a los agentes del Ministerio Público. Luego, imposible, porque esas prácticas elevaron la condición de riesgo. Las procuradurías se transformaron en búnkeres, en edificios blindados donde se levantaron murallas. Los militares agregaron costales de arena para contener los ataques cuando les pegaban por el frente. ¿Cómo entrar ahí?

Solía aplicar la regla de llegar antes que nadie a situaciones o eventos de crisis para “ganar” la nota. Tomaba fotos, video, declaraciones, lo que fuera necesario. Después de activarse la atmósfera de terror, el trabajo de reportero, cualquiera que fuese el tema, ya no pudo ser así. Porque incluso en la cobertura de denuncias sociales enfrenté peligros. Visitaba lotes baldíos para grabar imágenes sobre broncas de basura y escombros. ¿Qué me pasó? Pues que ahí también me agredieron personas que aparecían de quién sabe dónde. Tuve que extremar precauciones.

Dejé de usar ropa con logotipos del medio. Preferí guardar la *charola* de prensa. Prescindi del automóvil rotulado, porque de esa manera me ubicaban con menor facilidad. Traté de generar un perfil de presencia mucho más bajo, y obviamente, hay sitios que es preferible evitar. A todos los reporteros, desde el corporativo, nos dieron la instrucción de hacer coberturas de acuerdo con mapas de riesgo. Me movía en unidades de transporte diferentes durante la semana. Eliminé rutinas de traslado, alternando trayectos. Modificaba a diario mis movimientos predecibles.

En fin. Con todo y lo mal que nos fue en el gremio periodístico, creo que seguimos teniendo libertad de expresión, seguimos ejerciéndola, pero con miedo. La autocensura emerge como una manifestación del temor y una forma de protección. Si para cubrir algún tema contaba con cierta investigación previa y surgían posibles relaciones que complicarían el trabajo, omitía contenidos. Preferible ceñirse al punto y coma del boletín oficial. De hecho, había información que la propia autoridad no proporcionaba, y no por acatar reservas de ley, sino por una decisión premeditada.

De igual forma, en las fuentes se expandió la censura. Algunos funcionarios accedían a emitir declaraciones, sin embargo, enfrentaban las restricciones impuestas por el miedo.

Las fuentes del sector empresarial también replegaron sus puntos de vista, pues corrían el riesgo de ser secuestrados. Insistían en que al salir en televisión quedaban expuestos, es decir, transitaban a un escaparate indeseable.

En lo general, me decían que aparecer a cuadro aumentaba sus posibilidades de alcanzar categoría de objetivos. Fijaron como alternativa dar información a cambio de suprimir sus nombres. En suma, ejercía labor periodística en medio de mayores limitaciones que obligan a desarrollar más tacto, y por supuesto, más precaución.

La violenta realidad de esos años en la región lanzó al periodismo hacia las dimensiones ocupadas por los oficios de alto riesgo. Por ejemplo, al redactar una nota en la que aparentemente no hay relación alguna con el crimen organizado, y sin embargo, la incertidumbre prevalecía. Me podía meter en problemas tan solo por descuidar la referencia del entorno.

Sin exagerar, bajo las condiciones de presión que surgieron, hasta con la semblanza de una banda musical había que ampliar los círculos preventivos, porque, ¿y qué tal si el grupo se encontraba en una situación comprometida? Increíble. Cubría en la zona comercial de la ciudad, registraba aspectos en ciertos negocios y me *brincaban*. En cualquier situación, en cualquier punto, pisaba terrenos cargados de potencial peligro y agresión latente.

Para mí lo más complicado derivó en manejar la situación del estrés en casa. Mis familiares sabían de antemano que desarrollaba una profesión difícil, riesgosa. Procuraba mantenerlos aislados, pero fracasé. Imposible. Vivían con la inquietud. La información invariablemente llegaba a fluir, puesto que aparecía en otros medios. No existía el modo de zafarse. Los contenidos que decidí suprimir de cualquier manera se daban a conocer en forma notoria y muy pública en la prensa o en redes sociales.

En las reuniones procuraba evitar el tema de la violencia y las agresiones contra periodistas. Eso distorsionaba mi círculo de relaciones. Odiaba hablar del tema. Luego entonces, apostaba por la distracción y conversar de todo, excepto sobre el trabajo. Al final apliqué esas técnicas en mis intentos por disminuir la tensión inducida por el entorno.

Después del rapto de varios trabajadores de *El Siglo* cualquier tipo de ataque transitó al rango de las máximas probabilidades. Ese atentado demostró que desempeñar o no alguna función periodística, el solo hecho de formar parte de un medio de comunicación te colocaba en la mira. Y, en paralelo, las formas de agresión se radicalizaron mediante el

secuestro, la desaparición o el homicidio. Hacer confianza o pensar que te encontrabas a salvo podría significar un descuido letal. Seguí manteniéndome en alerta. Al igual que un conductor precavido, cada vez que salía a reportear *espejeaba* en todas direcciones. Apliqué la técnica del manejo a la defensiva.

Los efectos de la violencia en La Laguna impactaron a todas las personas, no únicamente al gremio de periodistas. El temor irradió las acciones más elementales y cotidianas: ir al cine, salir a comer con tu familia o tus amigos. Recuerdo que me daba miedo, incluso, acudir al supermercado para surtir la despensa. Pienso que el efecto provenía del trauma implantado por las balaceras y los ataques a la población civil en bares y centros nocturnos. Mientras las calles se iban transformando en auténticas zonas de combate, nosotros dejábamos atrás la costumbre de vivir con tranquilidad.

Terminé por retirarme del oficio para emprender un nuevo régimen de vida. Colgué grabadora y libreta desde mediados de 2015. Y a pesar de todo, fui optimista. Nunca perdí la esperanza de una mejora en nuestro ambiente social. Por lo menos entre 2014 y 2017 observamos que los niveles de inseguridad declinaron en la Comarca y eso me conforta. Salimos del toque de queda, volvimos a recorrer el espacio público y resurgieron las actividades nocturnas. Solo deseo que continuemos así por mucho tiempo.

No obstante, mantengo la indignación que alimenté durante ese pasado reciente y convulso que se prolongó desde principios de 2007 hasta que cerramos el 2013. Me sigue retumbando en la mente aquel mes de agosto en 2011. El enfrentamiento con armas de fuego en el exterior del estadio cuando transcurría el partido Santos-Morelia me produjo una de las sensaciones más lamentables y desalentadoras que he experimentado.

Duele la manera en que la región decayó en esos años. A veces lloro de coraje y asumo una posición de repliegue. Lloro por la impotencia de saber que, aunque hubiera aplicado un esfuerzo personal y en conjunto para evitar lo que nos pasó, de cualquier modo, no habría podido hacer absolutamente nada.

## Rosario

Un cártel forzó la cobertura que hice a cambio de liberar a una compañera que mantenían secuestrada. Exigían tomar imágenes y declaraciones sobre el bloqueo en curso que impedía el tránsito en un puente vehicular. “Te toca ir”, fue la instrucción que me dieron.

La medida de presión provino de una reacción de inconformidad por el cierre definitivo del penal. Previamente, un grupo de policías intervino para frenar de golpe un motín que desencadenó la muerte de 15 reos y nueve custodios. La manifestación transcurría sobre campo minado.

Recuerdo que un día antes agentes de la Federal mantenían un cerco alrededor de las instalaciones del medio. Regresaba a la redacción sin saber lo que estaba pasando. Llamé a una amiga reportera que cubría fuentes policiacas. “Tronó una crisis; ayer se llevaron a una chava de la empresa”, me dijo.

La verdad sí me alteré. Del coraje me puse a llorar. Me sentía muy mal a causa de todo lo que estábamos pasando. Por segunda vez, alguien al margen de la redacción era víctima de la presión contra el medio. Ni un año había pasado desde que un comando irrumpió en la planta de transmisiones y asesinó al ingeniero de guardia.

Los integrantes del grupo retuvieron a una de las integrantes del personal de apoyo para imponer información, contenidos y publicaciones. Amenazaron con matarla si no se redactaba la nota a su gusto.

Ya no se conformaron con publicar por internet y en el impreso. En este caso, exigían registrar en video los testimonios de protesta por el cierre de la cárcel. La inconformidad aumentó porque trasladaron a los internos a otros centros de reclusión. Sabían que las coberturas presenciales estaban suspendidas de tiempo atrás, porque el riesgo era muy grande para cualquier periodista. Ningún medio regional envió gente a reportear los eventos posteriores a la clausura. Al final, fijaron la liberación de nuestra compañera a cambio de cubrir el bloqueo y transmitir la nota por televisión.

A la mañana siguiente, bajo esas condiciones, me mandaron. Llevaría agentes de seguridad como medida de protección. A los chavos de la sección policiaca les prohibieron salir a la calle durante esa crisis; solamente yo permanecía en la redacción. El trabajo se alternó por días para quien estuviera disponible, a pesar de cubrir fuentes de otro tipo.

Ya con escolta solo nos acercamos a la prisión. El camarógrafo grabó aspectos y yo entrevisté a algunas personas que vivían en las inmediaciones. Eso fue todo. Volvimos a la oficina, pero me rebotaron. El grupo exigía tomas de la gente que estaba protestando, a más de un kilómetro de distancia. Más miedo y frustración para llevar; para repartir.

Desde el principio supe que debía conservar la calma, a pesar de encontrarme en una situación límite, la más cabrona que había tenido como reportera. La vida de una persona dependía del informe que hiciera, a la medida de las exigencias. Debido al nivel de peligro, la protección fue obligatoria. De cometerse algún error mortal, sabrían por lo menos dónde íbamos a quedar.

Después del revés inicial, llegué al sitio de la protesta acompañada por dos reporteros gráficos del periódico y una guardia compuesta por 20 policías, transportados en dos camionetas. Todos portaban pasamontañas, chaleco antibalas y rifles de alto calibre. La presión dentro del globo en que nos metieron llegó a ese grado, a punto de reventar.

Alrededor de 150 personas obstruían la circulación en el crucero donde transcurría la manifestación. Entrevistamos a señoras que traían el rostro cubierto. Estaban encapuchadas, presentándose como familiares de los internos que desalojaron. Se repartían las tareas de acuerdo a funciones específicas. Algunas hablaron frente a la cámara, otras nos grababan y el resto informó por celular detalles de la cobertura. También, con desesperación e incertidumbre, se acercaron los padres de varios reclusos que nos pedían ayuda para ubicarlos, debido a que las autoridades cerraron todos los canales de información.

El ambiente se fue cargando de hostilidad y todo se complicó. El momento más culero se dio cuando un grupo de agentes federales apareció en el encuadre. Ellos intentaron deshacer el bloqueo. Quitaron las piedras y las mallas de plástico que impedían el paso de los vehículos por uno de los carriles. Sin embargo, solo fue por unos minutos. Algunos de los que formaron parte de la manifestación volvieron a poner los obstáculos.

Subió la tensión. Estaban pasando cosas muy extrañas. Los federales se retiraron, pero en ese momento arribó un pelotón de soldados que no permaneció más de tres minutos en el lugar. Así como llegaron, los miembros del ejército se fueron. Luego irrumpió un convoy que desplegaba una fila de varias camionetas. Pudo ocurrir algo muy grave. “Es mejor que nos vayamos, señorita. Este lugar ya no es seguro”, me dijo el policía a cargo de nuestra

protección. Instantes después confirmé que nuestra compañera había regresado a salvo. Solo así pude largarme de ese pinche infierno.

A raíz de la guerra que se suscitó entre los cárteles, me preocupó mucho la actitud social que confería a esa violencia un perfil de “normalidad”. Fuimos perdiendo capacidad de asombro mientras se multiplicaban secuestros, balaceras y homicidios. También perdimos gente en el camino: amigos, familiares, reporteros, funcionarios, conocidos. En cierta ocasión, hablé con un agente del Ministerio Público. Media hora después lo ejecutaron. Cubrí con Rafael Ortiz Martínez la explosión en la mina de Pasta de Conchos, Coahuila. Desapareció meses más tarde. De él no hemos vuelto a saber nada.

Pienso que todo este desmadre estuvo motivado por el narcotráfico y la corrupción de las autoridades. La colusión entre unos y otros fue el combustible que lo hizo explotar. Emocionalmente nos tumbó de una forma espantosa. Pasado el huracán que alteró nuestras vidas en esos años, creo que cada uno de nosotros en la Comarca acumuló una historia propia de inseguridad o violencia. Estoy convencida de que nadie se pudo escapar de esa pinche psicosis. Estoy plenamente convencida de que a todos nos fue de la chingada.

## Valentina

Soy periodista desde principios de los años 1990. A través de medios de prensa escrita, me he especializado en la producción de información relacionada con política y gobierno, educación, salud, problemáticas sociales y asuntos de interés público de coyuntura. Pienso que durante aquellos años, en un entorno tan inseguro y violento, el periodismo se volvió una función inoperante. Se volvió poco factible ejercer el periodismo como debe ser.

En esas circunstancias, se tendía a vivir en el encierro, es decir, la gente se encerraba en sí misma. Por la pérdida de confianza, los horizontes y las relaciones no iban más allá de la familia y de unos cuantos amigos. Creo que es de esa manera como se vive una situación así. Encerrarse en el espacio vital propio, en lo que se tiene que hacer a diario, en lo que se tiene que trabajar, en sacar adelante a la familia, y nada más.

La noción del miedo fue parte de la cotidianidad. El miedo se convirtió en una constante. Teníamos que partir del miedo para saber qué haríamos el día que amanecía. Se tuvo que aprender a pensar con miedo, porque cualquier descuido podría ser motivo, o la diferencia, al correr o no un determinado riesgo. Vamos, hasta para fijar la hora de una simple salida a las 10 de la noche. Había que partir del miedo para tomar decisiones.

Tuve que prescindir de coberturas presenciales en etapas críticas de presión. A principios de 2013 pasamos por una situación muy complicada en el periódico. Un grupo de compañeros de trabajo fue víctima de un secuestro múltiple. Gracias a Dios regresaron con vida, pero uno de ellos permaneció hospitalizado un buen tiempo, porque a causa de los golpes que le dieron perdió un riñón, y tuvieron que someterlo a una cirugía de trasplante.

Unas horas después de que se los llevaron, recibí una llamada en mi celular: “Cinco compañeros están desaparecidos. Te recomiendo que no salgas de tu casa”. ¿Qué pasa por tu mente cuando enfrentas una situación así? Quieres que la pinche tierra te trague. Quisieras tener un pinche avión a la mano para escaparte. Y te da tanto miedo, que hasta te duelen los huesos. ¿Tú has sentido que te duelen los huesos por el miedo?

Ante una condición tan vulnerable, tan frágil, ¿cómo voy a estar pensando en reportear? ¿Cómo voy a estar pensando en buscar la verdad? ¿Para qué? Para que luego algún directivo del medio te diga: “es que no sé por qué nos pegaron a nosotros. No tengo ni idea”. ¿Para eso? Entonces claro, se deja de reportear. A los tres días del ataque al personal, recibí

otra llamada: “Te recomiendo que no estés en la calle, porque volvieron las amenazas”. ¿Se puede vivir así?

Dos meses atrás ocurrió una situación parecida con trabajadores de otro medio. Por ese motivo, un grupo de reporteros prescindió de las coberturas interestatales. Esa cancelación ocurrió en un periodo en que tomé vacaciones. Cuando me reincorporé, fui a reportear como si nada. Sabía de la existencia del problema, pero no así de la medida de emergencia que se tomó.

Una mañana de lunes llegué a la fuente oficial que tengo a mi cargo. En ese momento era la única reportera procedente de otro municipio y estado. Alguien se acercó y me dijo: “¿Y tú qué estás haciendo aquí?”. “¿Por qué?”, le respondí. “Pues porque la gente de allá no está viniendo a reportear de este lado”. No lo sabía. Al terminar la rueda de prensa regresé de inmediato. Me ausenté durante varios días.

El asunto es que trabajo en forma individual. Siempre ando sola. No cuento con la asignación de un fotógrafo. No me quedaba de otra. Retorné del periodo vacacional sin estar al tanto del nivel de riesgo. Ni siquiera hubo, en tal sentido, una comunicación directa hacia mi persona por parte del medio en que laboro. Luego vinieron los ataques a las instalaciones y todo el entorno empeoró.

Por seguridad me vi obligada a modificar toda la mecánica de trabajo, todo el esquema de aproximación a las fuentes. En esa época de dificultades extraordinarias, reporté por teléfono y evité desplazamientos. Por otra parte, dejé de firmar mis notas. Tomé esa iniciativa y me convertí en la primera que solicitó eliminar la rúbrica en sus contenidos. Luego, igual procedieron más compañeros.

En definitiva, descarté la agenda de seguridad. De origen, ese terreno está muy problematizado, pero al mismo tiempo no hay flujos de información continua para tomar el pulso de manera precisa. Me sucedió unas semanas después, en un contexto donde seguía pendiente la reactivación de la policía. El abordaje del tema, cuestionando al alcalde, se reiteró de manera constante por motivos de la agenda propia del periódico.

El punto era que estaba por cumplirse un año de que disolvieron la Dirección de Seguridad Pública, y ésta no había podido conformarse de nueva cuenta. Un contingente militar asumió esas funciones.

La realidad le impuso nuevas reglas a la cobertura periodística. Tienes que ser muy radical en el cuidado de las preguntas, en las palabras que utilizas. Ante todo, extremar la cautela al momento de escribir. Es indispensable hacer la lectura entre líneas de los temas, incluso, detectar a tiempo la procedencia o el origen de la gente con que tratas. En el ámbito político, realmente no sabías con quién estabas hablando en esa etapa.

El efecto de la inseguridad se exacerbó. Digamos, en una época anterior, la manifestación que encabezara una organización política o civil no pasaba de ahí. No había más trasfondo. Un grupo de personas que protesta y toma las calles con la idea de posicionar un planteamiento, una demanda. Ahora es distinto. Pienso que hasta ese tipo de movimientos se deben de sopesar. No sabes quién opera detrás.

En 2013 se realizaron muchas manifestaciones de gente y familiares de internos afectados por el cierre del Cereso. Cubrí algunas de las movilizaciones y realmente no era posible identificar con claridad a la persona que generaba la declaración. Cada vez resultaba más complicado tener la certeza sobre quién es aquel ciudadano con el que cruzas palabra. En las estructuras de gobierno ocurría un fenómeno similar.

La situación nos sobrepasó y no supimos cómo reaccionar ante el miedo. Hubo ocasiones en que ni los representantes de la autoridad querían aparecer en medios. Se dio el caso de sesiones de cabildo que se realizaron en secreto. Las propias autoridades de la presidencia optaban por el mínimo de información: ¿quién o quiénes estuvieron? ¿Qué temas trataron? Y eso, aunque la reunión de los regidores no haya tenido nada que ver con asuntos de seguridad.

A lo largo de este proceso se acentuó mi desconfianza hacia los demás. Me aislé. Ante cualquier situación de riesgo me exaltaba, subía la guardia. Es irónico, porque mi trabajo es producir noticias, es de lo que vivo. Sin embargo, a veces las noticias me ponían mal. Siento que se estuvo deteriorando mi condición de vida. Me afectaba mucho la difusión de la violencia, porque también lesionaba mi salud emocional.

Mi familia es la única motivación que tengo para sacar fuerza y seguir adelante. Solo así enfrenté la presión a la que nos sometieron. La crisis de febrero del cada vez más lejano 2013 nos mandó a un punto de locura. Acudiera o no a la empresa el peligro era el mismo. “No salgas de tu casa”, me decían. Pero ahí mismo fue donde secuestraron a dos de mis compañeros.

¿Hay libertad de expresión cuando te conviertes en un incógnito? En la medida de lo posible omitía mi profesión de periodista en esa etapa de oscuridad que se prolongó por seis años. Y durante y después de la crisis que vivimos en el periódico en el cada vez más lejano 2013, era mejor que nadie supiera lo que hacía para ganarme la vida. Tenía que esconderme, como si en lugar de estar haciendo un trabajo, estuviera cometiendo un delito.

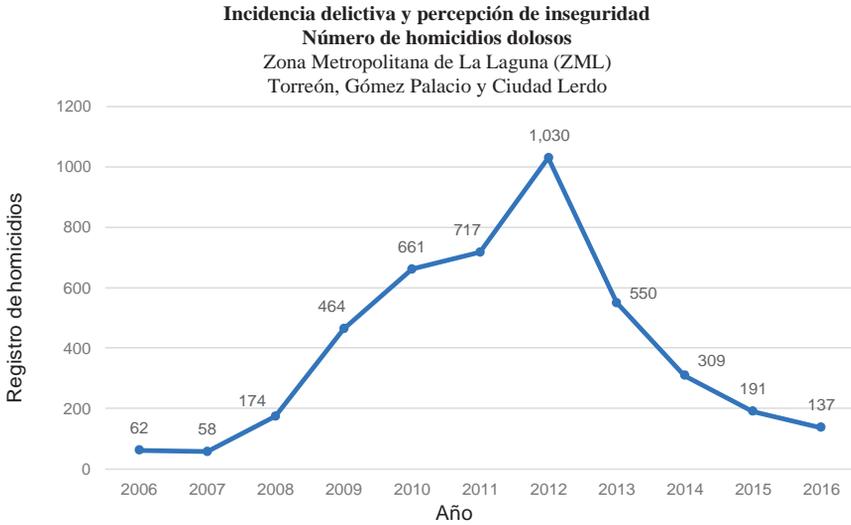
## Fuentes consultadas

- Artículo 19 (20 de marzo de 2012). Recuperado el 12 de noviembre de 2017 de IFEX Red Global [www.ifex.org/mexico/2012/03/20/article19informe2011.pdf](http://www.ifex.org/mexico/2012/03/20/article19informe2011.pdf).
- \_\_\_\_\_ (Marzo de 2018). Recuperado el 18 de septiembre de 2018 de [https://articulo19.org/wp-content/uploads/2018/03/INFORME-A19-2017\\_v04.pdf](https://articulo19.org/wp-content/uploads/2018/03/INFORME-A19-2017_v04.pdf)
- Carabza, J. y Ewald, I. (1992). *Historia de los medios de comunicación en Coahuila*. Saltillo, Coahuila, México: Universidad Autónoma de Coahuila. Coordinación General de Estudios de Postgrado e Investigación, Escuela de Ciencias de la Comunicación.
- Conapo (2017). *Proyección de la población de los municipios a mitad de año por sexo y grupos de edad, 2010-2030*. Recuperado el 29 de octubre de 2017 de [www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Proyecciones\\_Datos](http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Proyecciones_Datos).
- El Universal* (1 de diciembre de 2006). “Elecciones”. Recuperado el 12 de noviembre de 2017 de <http://archivo.eluniversal.com.mx/notas/391513.html>.
- González, E. (22 de junio de 2018). “Artículo 19 emite alerta por hostigamiento a periodistas de El Siglo”. Recuperado el 19 de septiembre de 2018 de <https://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/1473298.articulo-19-emite-alerta-por-hostigamiento-a-periodistas-de-el-siglo.html>
- Hernández, R.; Fernández Collado, C. y Baptista Lucio, P. (2010). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.
- Inegi (2017). *Defunciones por homicidios. Mortalidad por entidad y municipio de ocurrencia*. Recuperado el 29 de octubre de 2017 de [www.inegi.org.mx/lib/olap/consulta/general\\_ver4/MDXQueryDatos.asp?#Regreso&c=](http://www.inegi.org.mx/lib/olap/consulta/general_ver4/MDXQueryDatos.asp?#Regreso&c=).
- \_\_\_\_\_ (30 de septiembre de 2017). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre la Seguridad Pública (ENVIPE) 2017. Coahuila*. Recuperado el 29 de octubre de 2017 de [www.beta.inegi.org.mx/contenidos/proyectos/enchogares/regulares/envipe/2017/doc/envipe2017\\_coah.pdf](http://www.beta.inegi.org.mx/contenidos/proyectos/enchogares/regulares/envipe/2017/doc/envipe2017_coah.pdf).

- \_\_\_\_\_ (30 de septiembre de 2017). *Encuesta Nacional sobre Victimización y Percepción de Seguridad Pública (ENVIPE) 2017. Durango*. Recuperado el 29 de octubre de 2017 de [www.beta.inegi.org.mx/contenidos/proyectos/enchogares/regulares/envipe/2017/doc/envipe2017\\_dgo.pdf](http://www.beta.inegi.org.mx/contenidos/proyectos/enchogares/regulares/envipe/2017/doc/envipe2017_dgo.pdf).
- Inei (2013). *Homicidios en Latinoamérica y el mundo 2012*. Recuperado el 6 de noviembre de 2017 de [www.inei.gov.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones\\_digitales/Est/Lib1193/cap08.pdf](http://www.inei.gov.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1193/cap08.pdf).
- IPI (2 de noviembre de 2017). *Death Watch*. Recuperado el 12 de noviembre de 2017 de International Press Institute <https://ipi.media/programmes/death-watch/>.
- \_\_\_\_\_ (2 de noviembre de 2017). *International Day to End Impunity for Crimes Against Journalists*. Recuperado el 12 de noviembre de 2017 de International Press Institute <https://ipi.media/idei-71-journalist-deaths-so-far-this-year/>.
- Lozano, J. C. (2007). *Teoría e investigación de la comunicación de masas*. México: McGraw-Hill.
- McQuail, D. (2000). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. España: Paidós.
- Milenio Laguna* (31 de marzo de 2015). Recuperado el 13 de noviembre de 2017 de [www.milenio.com/region/Golpean\\_a\\_reportero\\_de\\_Milenio-Golpean\\_a\\_reportero\\_de\\_Multimedios-Policia\\_de\\_Torreón\\_0\\_491351024.html](http://www.milenio.com/region/Golpean_a_reportero_de_Milenio-Golpean_a_reportero_de_Multimedios-Policia_de_Torreón_0_491351024.html).
- Nava, J. C. (2014). *Desde la agresión centrada en el reportero al atentado corporativo-organizacional. El caso de la Comarca Lagunera en Coahuila y Durango*. Tesina, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México.
- Noticias de Puerto Vallarta* (18 de enero de 2013). Recuperado el 21 de noviembre de 2017 de [www.noticiaspv.com/caen-158-policias-de-comarca-lagunera-los-ligan-con-narco/](http://www.noticiaspv.com/caen-158-policias-de-comarca-lagunera-los-ligan-con-narco/).
- Presidencia de la República (11 de diciembre de 2006). “Anuncio sobre la Operación Conjunta Michoacán”. Recuperado el 12 de noviembre de 2017 de <http://calderon.presidencia.gob.mx/2006/12/anuncio-sobre-la-operacion-conjunta-michoacan/>.

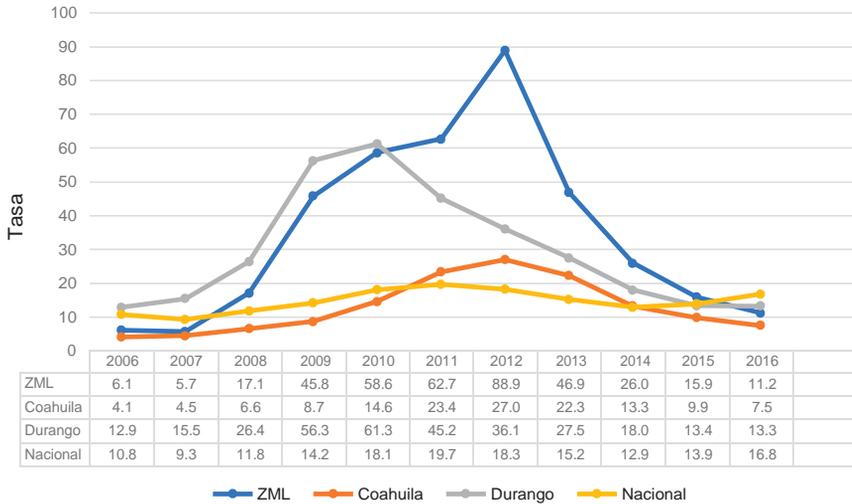
- Reed, J. (1914). *México insurgente*. (I. N. AC, Ed.). Recuperado el 6 de noviembre de 2017 de Memoria Política de México [www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1913MIS.pdf](http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1913MIS.pdf).
- Rizo, M. (junio de 2007). “Intersubjetividad, comunicación e interacción. Los aportes de Alfred Schütz a la comunicología”. En *Razón y Palabra*. Recuperado el 12 de noviembre de 2017 de [www.razonypalabra.org.mx/antiores/n57/mrizo.html](http://www.razonypalabra.org.mx/antiores/n57/mrizo.html).
- Ruiz Olabuénaga, J. I. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. Deusto, España.
- Sánchez de Armas, M. Á. (2008). *Razón y palabra*. Recuperado el 7 de noviembre de 2017 de [www.razonypalabra.org.mx/jojos/2008/nov06.html](http://www.razonypalabra.org.mx/jojos/2008/nov06.html).
- Semarnat (2012). *Informe sobre la Calidad del Aire de la Comarca Lagunera 2010-2015. Informe de Evaluación 2010-2011*. Recuperado el 21 de noviembre de 2017 [www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/69347/Anexo\\_1\\_I\\_Informe\\_ProAire\\_Co marca\\_Lagunera\\_E11.pdf](http://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/69347/Anexo_1_I_Informe_ProAire_Co marca_Lagunera_E11.pdf).
- SESNSP (20 de octubre de 2017). *Incidencia delictiva. Tasas por cada 100 mil habitantes 1997-2017*. Recuperado el 29 de octubre de 2017 de <http://secretariadodejecutivo.gob.mx/incidencia-delictiva/incidencia-delictiva-datos-abiertos.php>.
- Tuchman, G. (1983). *La producción de la noticia. Estudio sobre la construcción de la realidad*. España: Gustavo Gili (GG).

## Anexo 1. Contexto de incidencia delictiva y percepción de inseguridad (2006-2016)



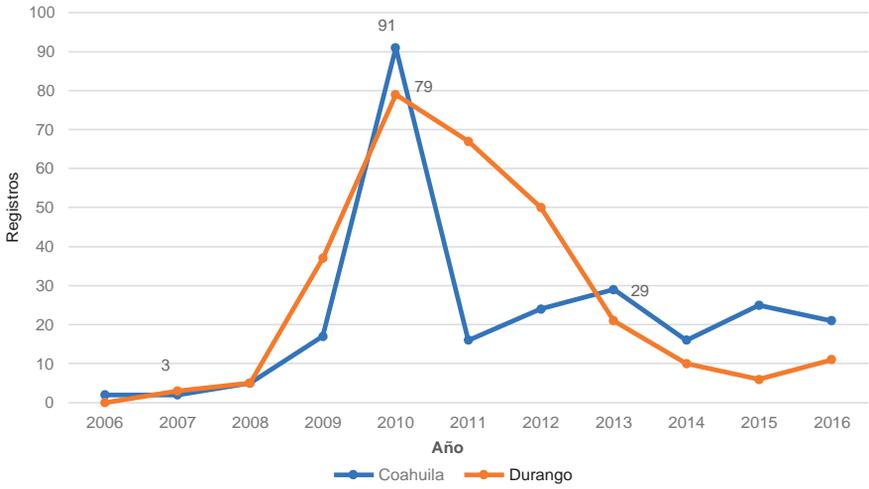
*Fuente: Inegi, 2017*  
*Defunciones por homicidios. Mortalidad por entidad y municipio de ocurrencia*  
*(fecha de consulta: 19 de octubre de 2017)*

**Tasa de homicidios dolosos por cada 100 mil habitantes**  
 Zona Metropolitana de La Laguna (ZML)  
 Torreón, Gómez Palacio y Ciudad Lerdo



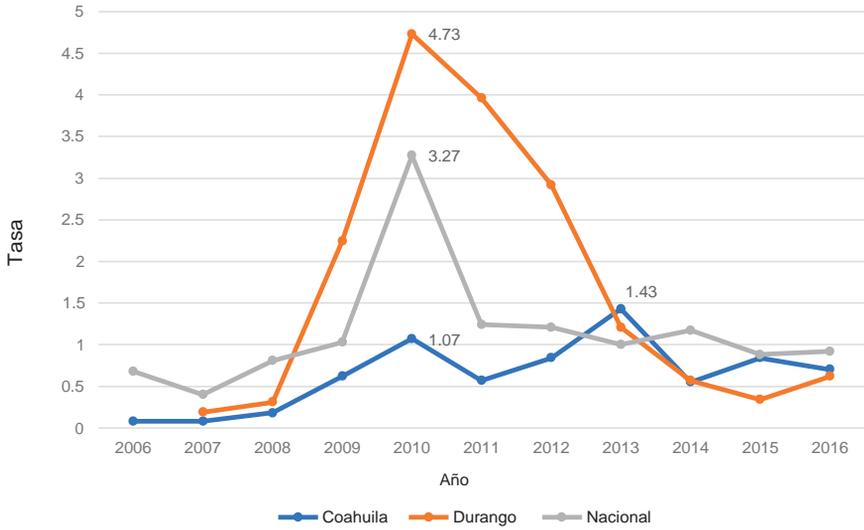
*Fuentes: Inegi. II Censo de población y vivienda (2005) y Defunciones por homicidios. Mortalidad por entidad y municipio de ocurrencia (Inegi, 2017); Proyecciones de población 2010-20130 por municipios y localidades (Conapo, 2017); Segob, Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP). Incidencia delictiva. Tasas por cada 100 mil habitantes 1997-2017 (fecha de publicación: 20 de octubre de 2017)*

### Número de secuestros Coahuila-Durango



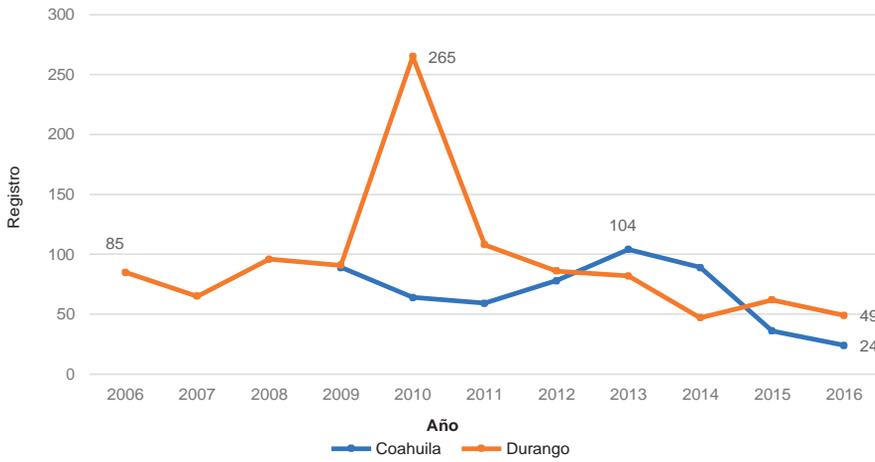
*Fuente: Segob, Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP).  
Incidencia delictiva. Tasas por cada 100 mil habitantes 1997-2017 (fecha de publicación: 20 de  
octubre de 2017)*

**Tasa de secuestro por cada 100 mil habitantes**  
Coahuila-Durango



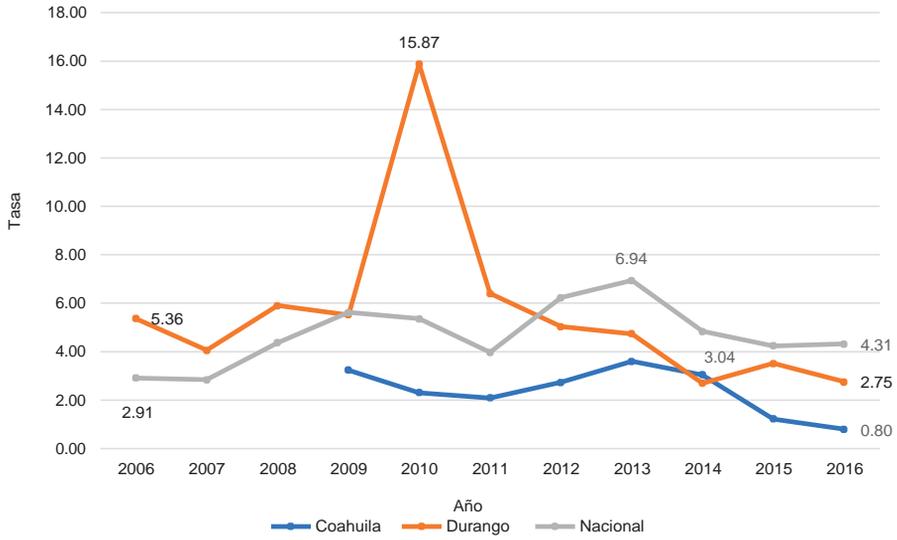
*Fuente: Segob, Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP). Incidencia delictiva. Tasas por cada 100 mil habitantes 1997-2017 (fecha de publicación: 20 de octubre de 2017)*

### Casos de extorsión Coahuila-Durango



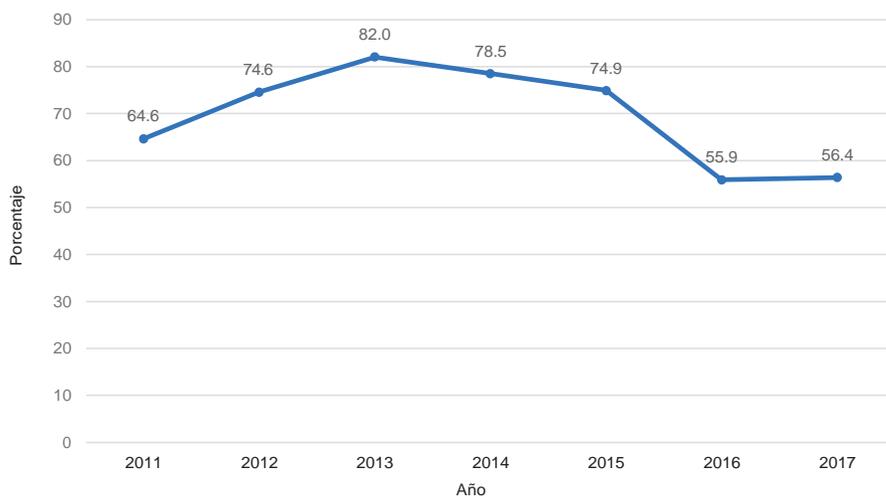
Fuente: Segob, Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP). Incidencia delictiva. Tasas por cada 100 mil habitantes 1997-2017 (fecha de publicación: 20 de octubre de 2017)

**Tasa de extorsión por cada 100 mil habitantes**  
Coahuila-Durango



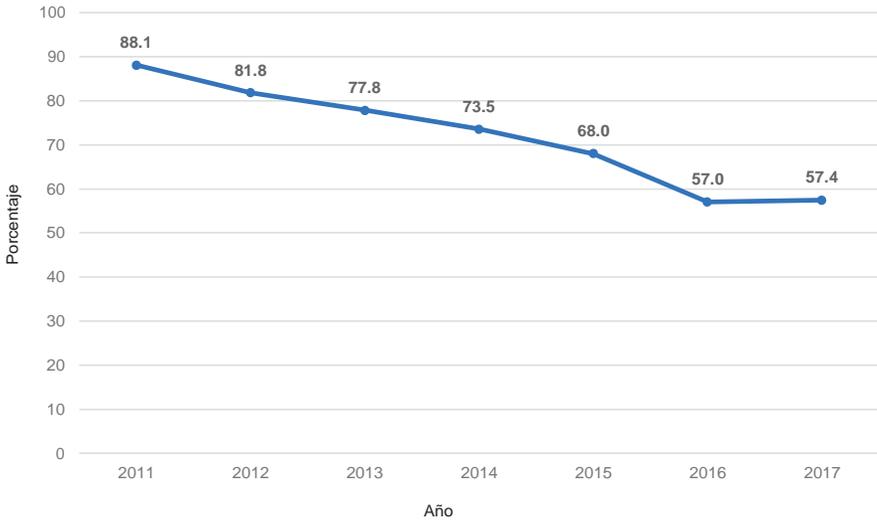
*Fuente: Segob, Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP). Incidencia delictiva. Tasas por cada 100 mil habitantes 1997-2017 (fecha de publicación: 20 de octubre de 2017)*

**Coahuila**  
Percepción de inseguridad



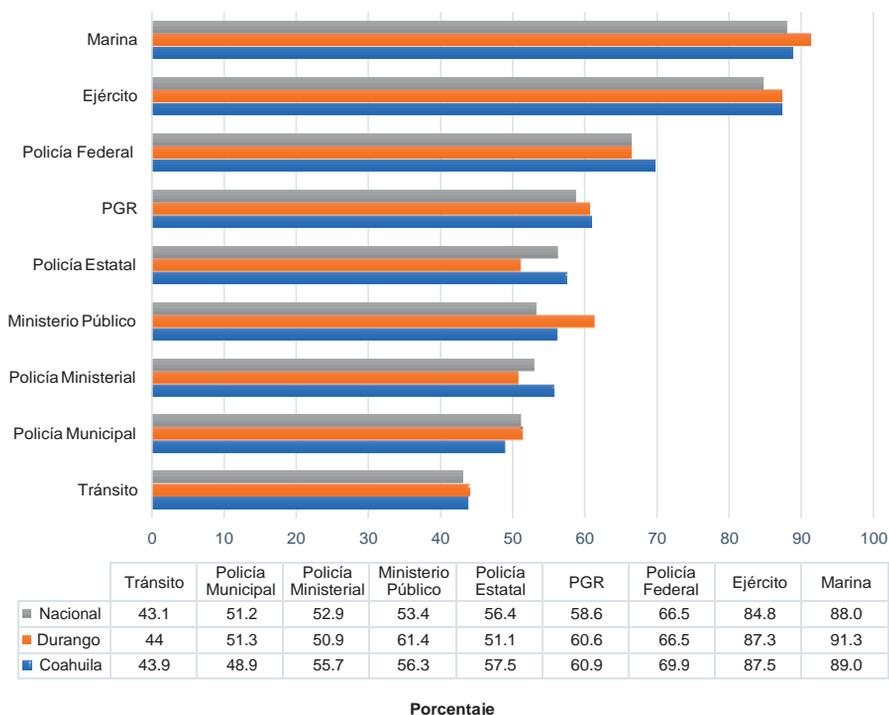
*Fuente: Inegi. Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2015 y 2017 (fecha de consulta: 29 de octubre de 2017)*

**Durango**  
Percepción de inseguridad



Fuente: Inegi. Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2015 y 2017 (fecha de consulta: 29 de octubre de 2017)

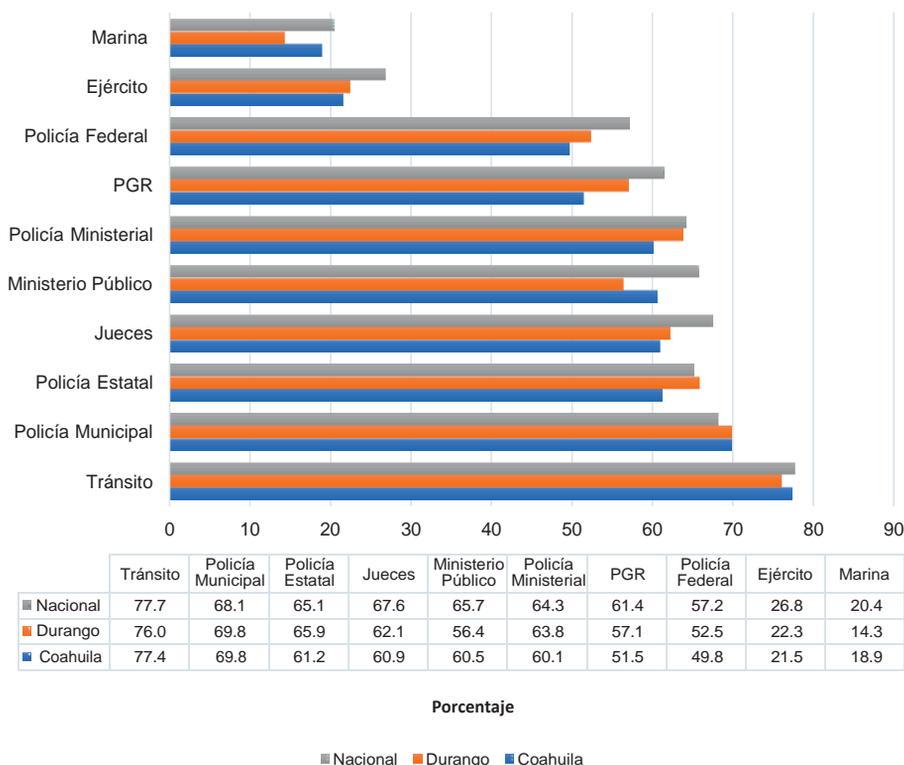
**Nivel de percepción sobre la confianza que la sociedad manifiesta respecto de autoridades:  
mucho o algo de confianza**  
(marzo-abril del 2017)



*Fuente: Inegi. Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2017 (fecha de consulta: 29 de octubre de 2017)*

Desde 2011, la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) del Inegi muestra un comportamiento de opinión muy estable. Y en 2017, en lo general, la valoración se mantiene: la mayor parte de la población confiere los más bajos niveles de confianza institucional a las corporaciones locales de seguridad y a la estructura del poder judicial en el Estado.

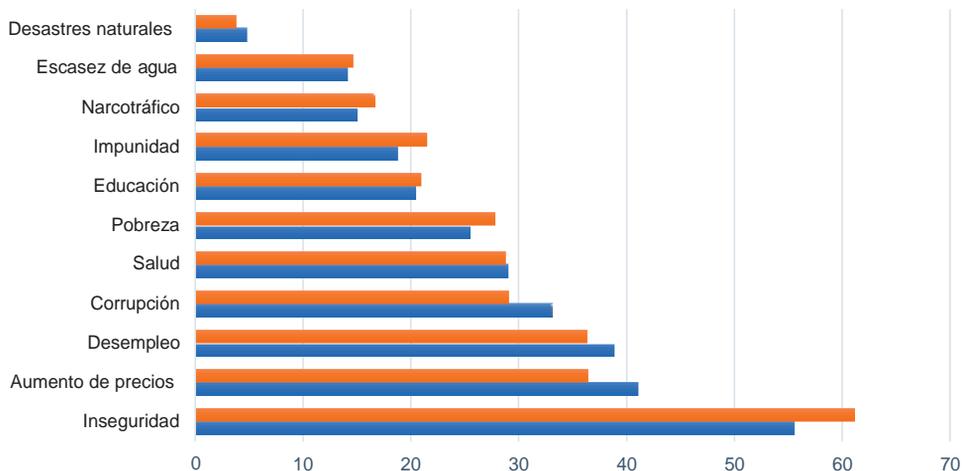
**Nivel de percepción sobre la corrupción de las autoridades de seguridad y justicia**  
(marzo-abril del 2017)



*Fuente: Inegi. Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2017 (fecha de consulta: 29 de octubre de 2017)*

En esta gráfica es posible apreciar cómo el nivel de confianza institucional es impactado por la percepción de corrupción. En este sentido prevalece una correlación directa e inversamente proporcional: a mayor corrupción percibida, menor confianza institucional. El caso replica la tendencia de opinión registrada por la ENVIPE 2017, en que a las estructuras locales de seguridad y justicia se les considera más corruptas. Así, mientras que 18.9% de los entrevistados en Coahuila percibe corrupción en la Secretaría de Marina, 77.4% considera a las corporaciones de tránsito como las más autoridades más corruptas de la entidad.

**Distribución porcentual de las principales preocupaciones sobre la seguridad pública  
Coahuila**



	Inseguridad	Aumento de precios	Desempleo	Corrupción	Salud	Pobreza	Educación	Impunidad	Narcotráfico	Escasez de agua	Desastres naturales
Nacional	61.1	36.5	36.3	29.1	28.8	27.9	21.0	21.5	16.7	14.6	3.7
Coahuila	55.5	41.1	38.9	33.1	29.1	25.5	20.5	18.7	15.0	14.1	4.8

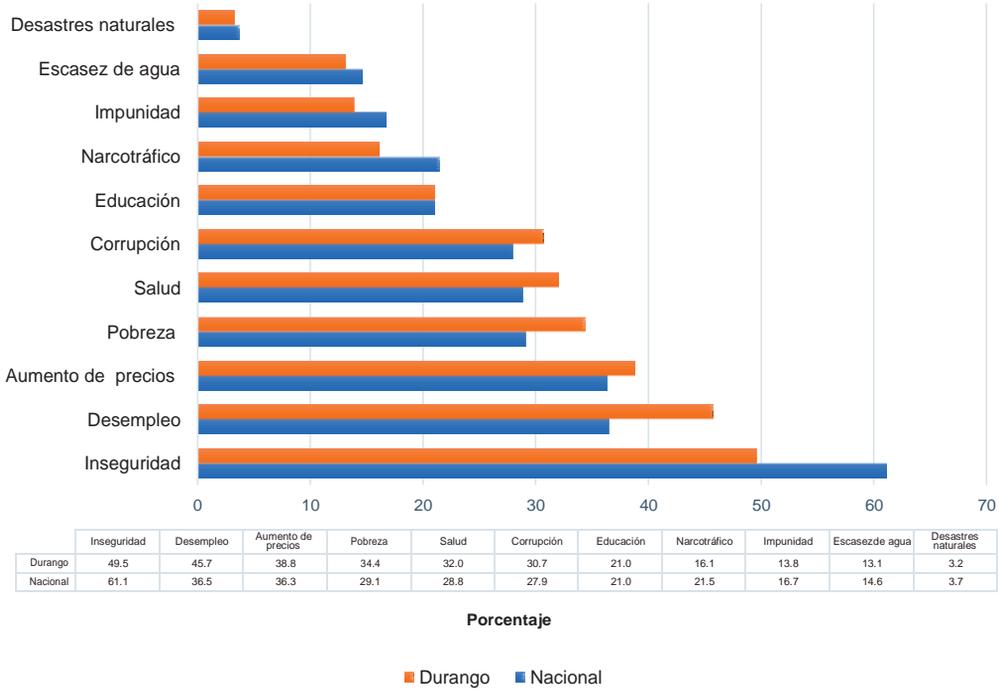
**Porcentaje**

■ Nacional ■ Coahuila

*Fuente: Inegi. Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2017 (fecha de consulta: 29 de octubre de 2017)*

Según los resultados de la ENVIPE 2017, la inseguridad prevalece como la principal preocupación de los ciudadanos coahuilenses. En este sentido expresó su opinión 55.5% de los entrevistados. Esta tendencia permanece prácticamente igual respecto del periodo 2010-2011, tiempo en que el Inegi empezó a aplicar dicho instrumento. El nivel de preocupación en relación con la inseguridad se conserva en la actualidad, no obstante la disminución de los delitos de alto impacto y la percepción de inseguridad desde 2014.

**Distribución porcentual de las principales preocupaciones sobre la seguridad pública**  
Durango



*Fuente: Inegi. Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2017 (fecha de consulta: 29 de octubre de 2017)*

Al igual que en Coahuila, los resultados de la ENVIPE 2017 para el estado de Durango muestran una tendencia similar. La inseguridad prevalece como la principal preocupación de los ciudadanos. Si bien la generalidad percibe una mejoría sustancial en las condiciones, persiste una valoración contraria frente a la inseguridad, toda vez que para 50% de los entrevistados éste continúa siendo el principal problema y la mayor preocupación en la entidad.

## Anexo 2. Secuencia fotográfica sobre aspectos de inseguridad (Torreón-Matamoros-Gómez Palacio-Ciudad Lerdo)

2007



Utilizando explosivos, un comando atacó la entrada principal de la Vicefiscalía en el municipio de Lerdo, Durango. Foto: *El Siglo de Torreón*



Resguardo militar en accesos a la Dirección de Seguridad Pública Municipal de Torreón. Foto: *El Siglo de Torreón*



Atentado, en Torreón, contra el convoy que transportaba a Carlos Herrera Araluce, exalcalde de Gómez Palacio y propietario de la compañía lechera Chilchota. El empresario sobrevivió a la agresión. Foto: *El Siglo de Torreón*

2008



Militares estableciendo vigilancia en la Academia de Policía de Matamoros, Coahuila. Foto: A. Arias

2009



Marcha de periodistas en protesta por el homicidio de Eliseo Barrón Hernández, reportero de *Multimedios-Milenio*. Foto: JC Nava



Motín de reos en el Cereso Número 2 de Gómez Palacio, Durango. Foto: *El Informador*



Ataque con armas de fuego a las instalaciones de *El Siglo de Torreón*. Foto: *El Siglo de Torreón*

## 2010



Ataques armados contra asistentes de bares en Torreón. Foto: *Vanguardia*, Saltillo



Policías municipales se declararon en huelga. Posteriormente, el Ayuntamiento de Torreón dio de baja a 400 oficiales por reprobado los controles de confianza



De nueva cuenta, un motín de reos en el Cereso Número 2 de Gómez Palacio. Foto: *esmas.com*



El lunes 26 de julio, después de cubrir el motín en el Cereso 2, Alejandro Hernández, Héctor Gordo y Javier Canales fueron secuestrados. Gordo fue liberado el jueves. A Canales y a Hernández los liberaron el sábado 31 por la madrugada. Previamente, al gestarse la liberación de Héctor Gordo, reportero de *Punto de partida*, y ante la permanencia en cautiverio de los dos periodistas de la región, Denise Maerker suspendió la emisión del jueves 29. En un hecho inédito en la historia de la televisión mexicana, la pantalla fue cubierta durante 50 minutos con un fondo negro que mostraba únicamente el rótulo del programa. Fotos: *mexico.cnn.com / YouTube*

## 2011



El sábado 20 de agosto, un enfrentamiento a balazos en el perímetro norte del Estadio Corona propició una reacción de crisis colectiva entre los 18 mil espectadores que presenciaban el partido Santos-Morelia. Foto: A. Domínguez



Debido a una serie de ataques en contra de las instalaciones, los mandos de la Dirección de Seguridad Pública Municipal de Torreón ordenaron la instalación de sacos de arena y pichadores en la parte exterior del acceso. Foto: *El Siglo de Torreón*



En el mes de noviembre, un comando atacó el edificio de *El Siglo de Torreón*. Éste fue el segundo atentado. Una acción similar se ejecutó contra este medio en agosto de 2009. Foto: *animalpolitico.com*

---

## 2012



A fin de contener ataques armados, la Policía Federal instaló barricadas con sacos de arena para cubrir el acceso del Hotel Palacio Real, ubicado frente a la Plaza de Armas y habilitado en ese tiempo como lugar de alojamiento para los agentes en Torreón. Foto: A. Arias



El 10 de mayo en la Ciudad de México, integrantes de la Fundación por Nuestros Desaparecidos de Coahuila (FUNNDEC) formó parte en una marcha junto a contingentes de todo el país. Esta organización ha documentado la desaparición de 53 personas, tan solo en el municipio de Torreón entre 2008 y el primer semestre de 2012. Foto: J.C. Nava



A mediados de diciembre, y a causa de un motín en que murieron 21 personas, el Gobierno del Estado de Durango clausura en definitiva el Cereso 2 de Gómez Palacio. Foto: *El Siglo de Torreón*

---

## 2013



Aspectos del acceso principal de la Vicefiscalía del Estado de Durango en Ciudad Lerdo. Debido a los frecuentes ataques a las instalaciones, se implementaron barricadas y se recurrió a la vigilancia militar. Fotos: *El Siglo de Torreón*



Tercero de tres ataques consecutivos contra las instalaciones de *El Siglo de Torreón* el 26 de febrero. Foto: A. Arias



Robo e incineración de unidades de autotransporte público que cubren la ruta interestatal de Torreón-Gómez Palacio y Lerdo. Foto: *Excélsior*

## Epílogo

Después de la turbulencia soplan rachas de viento moderado. Al conocer las historias e interpretar la información de contexto reflejada en los gráficos estadísticos y la secuencia de fotografías que se presentan en la sección anterior, observamos que al descender el grado de conflictividad en la zona entre 2014 y 2016 mejoraron las condiciones generales de seguridad pública en las franjas regionales de Coahuila y Durango. Asimismo, hubo una reducción significativa de las condiciones de riesgo para la población y el ejercicio periodístico.

El escenario actual de seguridad hizo posible una reactivación de grupos de la sociedad civil para converger en políticas locales centradas en la recuperación de los espacios públicos. Las propias autoridades emprendieron acciones tendientes a reconfigurar el llamado “tejido social” y recubrir vacíos institucionales en zonas urbanas y rurales. Estas condiciones implicaron reducir significativamente la percepción de inseguridad y, con ello, reiniciar también la economía nocturna en ramas de comercio y servicios.

Sin embargo, la población ha tomado con reservas esa circunstancia en ambas entidades. Hacia el tercer trimestre de 2017 entre 50 y 60% de los ciudadanos identificaba a la inseguridad como el principal problema en sus respectivos estados, muy a pesar de la ostensible reducción de los delitos de alto impacto. Al mismo tiempo, la ciudadanía sigue pensando que los aparatos locales de procuración de justicia y seguridad pública son los más corruptos y de menor nivel de confianza (Inegi, 2017).

Esta condición, sin duda, refiere a prácticas de bajo desempeño policial que articularon circuitos de corrupción, colusión e impunidad; variables determinantes en la expansión de la violencia criminal durante el periodo del estudio.

Y es que las reservas con respecto a la mejora en seguridad pública también se reproducen en el ámbito periodístico regional. La experiencia de caso en La Laguna refleja que al término de un lapso en que la presión sobre la prensa emergía de poderosas corporaciones delictivas, surge una etapa donde es posible registrar una nueva fase de agresiones impulsadas por otro tipo de actores.

Ahora, dentro de una línea de tiempo en curso que inicia en 2018, se observa cómo el espacio que ocupó el crimen organizado ha sido gradualmente cubierto por grupos políticos pertenecientes a estructuras de poder local. El perfil de los atentados transita mediante un despliegue de tácticas de intimidación más sofisticadas: acoso cibernético, campañas de

desprestigio en plataformas de Internet y viralización de contenidos audiovisuales por redes de *Facebook* y *WhatsApp*. Se trata de “producciones” dirigidas a denostar el trabajo periodístico elaborado al margen del punto de vista “oficial” de la información. En suma, estamos ante la aparición de una modalidad de agresión que nos coloca ya en la era del acoso “en línea” contra la prensa regional y la libertad de expresión.

Tres años después de la última agresión registrada públicamente en la Comarca Lagunera contra un reportero y en un contexto de renovación-reelección en la alcaldía, paralelo a los comicios presidenciales, el viernes 22 de junio de 2018 Artículo 19 emitió una alerta nacional por los ataques dirigidos en contra de cuatro periodistas de *El Siglo de Torreón* (González, 2018).

El mensaje responsabiliza a partidos, grupos políticos y al Ayuntamiento de Torreón. “ARTICLE19 hace un llamado (...) para que detengan las amenazas, intimidaciones, campañas de desprestigio y cualquier práctica contras las y los periodistas de Coahuila, debido a que incurren en violación tanto de su libertad como de su privacidad e integridad” (González, 2018). De acuerdo con la organización, el hecho implicó una agresión premeditada que daña el prestigio de las personas y vulnera sus derechos fundamentales. Al margen de que sus publicaciones en redes sean de acceso amplio, dice, persiste una difusión de información personal sin consentimiento a terceros.

Así, a diferencia del ciclo regional anterior, esta nueva lógica reubica al periodista en el plano de la agresión dirigida y excluye a trabajadores de medios. Visto así, se entiende que la fuente del ataque personaliza la coerción sobre la autoría del producto informativo específico, al tener como premisa un tratamiento periodístico que “trastoca” sus cálculos de imagen y renta política ante la opinión pública.

En conclusión y, a partir de esta breve revisión histórica, el caso de La Laguna refleja con sus propias particularidades y contrastes el fenómeno que tiene lugar en nuestro país, el cual mantuvo en 2017 el más alto grado de peligro en el mundo para la prensa. El registro actual de Artículo 19 (2018) contabiliza 111 asesinatos y 24 desapariciones de periodistas desde el año 2000 a febrero de 2018, y una cifra de 1986 atentados contra la prensa, la más elevada en un sexenio presidencial (2012-2018) desde el año 2000.

Entretanto, ya sea por presencia del crimen organizado, golpes autoritarios lanzados desde el poder político formal o intervenciones de los diversos aparatos de seguridad pública, las fuentes de agresión se diversifican. La evaluación previa del riesgo fija las pautas para reportear en México y la región lagunera. Peligros latentes en contextos de estabilidad muy relativa. Es el mundo del periodismo basado en la autogestión preventiva: ante todo, la activación del miedo para afrontar la hostilidad y hacer el mejor periodismo posible en el peor de los mundos posibles; una acción fundamental de supervivencia para cualquier informador de infantería que sea parte de la tropa del silencio.

José Carlos Nava Vargas

Torreón, Coahuila

Marzo de 2019

## **Acerca de quienes colaboraron en la primera edición de esta obra:**

### **Lucina Melesio Friedman (Ciudad de México, 1986)**

Galardonada periodista y productora multimedia. Ha reportado y producido historias en México, Estados Unidos y Reino Unido. Su trabajo ha aparecido en *Al Jazeera English*, *FiveThirtyEight*, *Scientific American*, *Physics World*, *BBC*, entre otros.

Becaria *Fulbright*, *Chevening* y *Bloomberg*. Integrante del equipo ganador de un premio *Emmy* en 2016 por su trabajo de producción del programa de TV *219West*. Maestra en periodismo por la *CUNY Graduate School of Journalism*, maestra en Producción de Ciencia en los Medios por *Imperial College London*, y es Física por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Correo electrónico: [wayak productions@gmail.com](mailto:wayak productions@gmail.com)

### **José Luz Ornelas López (Copándaro, Michoacán, 1941)**

Doctor en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestro en Historia Regional por la Universidad Autónoma de Sinaloa. Licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.

Autor de cuantiosos artículos y capítulos de libros. Se desempeña como profesor investigador de tiempo completo de la Licenciatura en Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Autónoma de Coahuila, Unidad Torreón. Integrante del Cuerpo Académico Sociedad, Comunicación y Cultura. Correo electrónico: [jlornelas10@yahoo.com.mx](mailto:jlornelas10@yahoo.com.mx)

### **Julián Parra Ibarra (Gómez Palacio, Durango, 1961)**

Periodista desde hace cuatro décadas. Reportero y editor en *La Opinión* de Torreón, *El Norte* de Monterrey, *Esto* de la Ciudad de México y *a.m.* de León, Guanajuato. Subdirector Editorial de *El Centro* de Irapuato.

Analista y conductor de programas de radio y televisión. Director de noticiarios en el grupo *Medios de Comunicación Coahuilteca*. Ganador de tres Premios Estatales de Periodismo en las categorías de Noticiero Radiofónico, Editorial y Entrevista. Actualmente es director de la revista *Metrópolis* y del diario digital *La Otra Plana*. Columnista en diversos medios de comunicación. Correo electrónico: [parrai.julian@gmail.com](mailto:parrai.julian@gmail.com)

**José Francisco Rocha Cervantes (Matamoros, Coahuila, 1971)**

Licenciado en Ciencias de la Comunicación. Egresado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila, Unidad Torreón. Docente hasta el año 2002 de Español, Literatura y Diseño Gráfico.

Diseñador en el Diario *La Opinión*. Desde el año 2006, se ha desempeñado como editor y coordinador del Área de Diseño Editorial en *Milenio-La Opinión Laguna*. Diseñador responsable de suplementos editoriales especiales de Grupo Milenio: *ADN Laguna* y *M Laguna*. Correo electrónico: [franeditorial@gmail.com](mailto:franeditorial@gmail.com)

\*\*\*

*La tropa del silencio. Memorias periodísticas desde un campo de batalla*

se terminó de imprimir el día 12 de abril de 2019  
en Carmona Impresores.

Boulevard Paseo del Sol número 115, colonia Jardines del Sol  
C.P. 27014. Torreón, Coahuila, México.

Esta primera edición consta de 1, 000 ejemplares

